

ALEJANDRO ORTIZ RESCANIERE

(editor)

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS

recuerdos de una amistad

Presentación y notas de Carmen María Pinilla



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1996

Un epistolario de 1938 a 1969, recuerdos personales, documentos, reviven una amistad. José María Arguedas, el amigo. La época, las penas y los amores se muestran en una correspondencia sencilla y privada. Desde los mensajes en arrugados papelitos que Arguedas escribe a su compañero en prisión, hasta las confidencias del escritor a su amigo y las del antropólogo al hijo de aquel. En estas cartas que intercambian, en los testimonios de los Ortiz, el lector encontrará a un José María Arguedas entrañable, fiel a los suyos, a un joven escritor y sus proyectos, a un antropólogo con sus dudas y entusiasmos. La pobreza y la incompreensión los persiguen pero la amistad los hace fuertes.

Alejandro Ortiz Rescaniere buscó y seleccionó entre sus archivos los documentos que publicamos. José Ortiz Reyes encontró sus breves cuentos que tanto entusiasmo despertaran en su amigo. Los Ortiz evocaron sus relaciones con Arguedas. Carmen María Pinilla alentó la publicación, ordenó archivos, transcribió cartas, elaboró notas y la presentación de este libro. Alejandro Ortiz R. dirigió su edición.

José Ortiz Reyes fue abogado de Arguedas. Publicó la novela corta *Simache* (1940), los relatos *Espectros* (1941), *Sosa*, (1940), entre otros.

Alejandro Ortiz Rescaniere es antropólogo y profesor principal de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es director y editor del anuario *Anthropologica* (P. U. Católica). Entre otros libros, es autor de *El quechua y el aymara* (1992), *La pareja y el mito* (1993).

Carmen María Pinilla es socióloga, graduada en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Estudia de la obra de Arguedas; ha publicado *Arguedas: conocimiento y vida* (1994).

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, recuerdos de una amistad

ALEJANDRO ORTIZ RESCANIERE
(editor)

JOSÉ
MARÍA
ARGUEDAS,
recuerdos de una amistad

Presentación y notas de Carmen María Pinilla



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1996

Primera edición, noviembre de 1996

Portada: Celaje de Andahuaylas, foto de Jorge Yamamoto
Diagramación: Yoryina León M.

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, recuerdos de una amistad

Copyright © 1996 por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú.

Av. Universitaria, cuadra 18. San Miguel
Telfs.: 462-6390, 462-2540, anexo 220.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-056-6

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Mis padres y yo conservamos una correspondencia con José María Arguedas. El uno en prisión recibe el aliento del amigo recién liberado. Uno en Piura, el otro desde Lima, de Sicuani, se hablan de sus amores y ambiciones literarias. Las cartas empiezan en 1938. Con el correr del tiempo, van cambiando de tenor y de carácter, pero son siempre fraternas. A partir del 65 se desarrolla otro epistolario, entre Arguedas y el hijo de su amigo. La correspondencia acaba con la muerte del escritor en 1969. Considerábamos tales cartas y recuerdos como personales e íntimos, un patrimonio que debíamos conservar en familia. Sin embargo, también sabíamos que alguna vez habría que romper el círculo de lo personal en aras de un mejor conocimiento de Arguedas y su obra. La ocasión se presentó hace un año. Por entonces asistí a un simposio sobre Arguedas; lo hice para verme con un colega que estaba de paso, Fermín del Piño. Fue entonces que tuve el deslizo vanidoso de decir a Carmen María Pinilla que poseía una correspondencia entre mi familia y Arguedas. Con tesón y esmero, logró vencer nuestra reserva y desidia: hizo que desempolvara estas cartas que ahora publico. Las leyó y elaboró notas. Puso a mi padre y a mí ante una vieja grabadora y pudimos revivir, para otros, los entrañables recuerdos de aquella amistad. Si no fuera por Carmen María estas cartas y semblanzas seguirían siendo el pequeño tesoro que una familia no quería compartir con otros. Este libro es tanto de ella como de mi padre.

Ha sido una decisión difícil publicar estas cartas y recuerdos. Pero cedo a un viejo proyecto, violento lo privado para que el lector conozca el clima de una amistad, de la época y las circunstancias en que se dio; para que así disfrute de un Arguedas amigo de los suyos, de un José María pleno de esperanza. Arguedas era una persona diáfana pero también compleja. Luego de su muerte su figura ha sido mistificada por políticos e intelectuales. Espero contribuir a un conocimiento más cabal y menos mistificado del escritor. Porque la verdad nos hace libres.

Alejandro Ortiz Rescaniere

PRESENTACIÓN

En 1994, durante un homenaje internacional a José María Arguedas, tuve la oportunidad de conversar largamente con Alejandro Ortiz Rescaniere. Me confió, algo indeciso aún, que tenía en su poder dos portafolios conteniendo su correspondencia con Arguedas y ofreció mostrármelos.

Como estudiosa de Arguedas, yo conocía la relación entre el escritor y Alejandro Ortiz, vinculación evidenciada en muchas de las entrevistas que yo había realizado anteriormente a personas que lo conocieron; asimismo en alguna que otra carta de éste a Ortiz publicada hacía muchos años.

En 1988, cuando Alberto Flores Galindo dictó dos seminarios sobre la obra arguediana, en el post-grado de la Universidad Católica, tuve la suerte de escuchar el testimonio de Alejandro Ortiz al respecto. Era la primera vez que aceptaba hablar sobre su amigo y maestro —aún no vislumbraba yo el dolor que le ocasionaría la evocación de tales recuerdos.

En otra oportunidad, cuando yo preparaba un trabajo sobre el conocimiento en la obra de Arguedas, necesité entrevistarlo. Respondió muy amablemente a todas mis preguntas, pero siempre distante, sin mostrar lo entrañable de su vínculo con el escritor.

Por eso fue tan grande mi sorpresa cuando una vez en su oficina de la Universidad Católica, di una primera lectura al contenido de las cartas guardadas en los dos voluminosos y antiguos portafolios. Ninguno de los indicios anteriores podía señalar el grado de intimidad y la profundidad del afecto que Arguedas le profesó.

Mi asombro crecía a medida que avanzaba la lectura y encontraba, no sólo cartas cursadas entre ambos —de una carga afectiva y de un valor docu-

mental extraordinarios— sino que los mismos rasgos se repetían en cartas anteriores a éstas, en la correspondencia entre Arguedas y José Ortiz Reyes, el padre de Alejandro. Cartas, las últimas, que datan de la época en que estuvieron presos en el Sexto.

Fue precisamente esta común experiencia la que posibilitó tan profunda amistad permitiendo el descubrimiento de aquello que Arguedas llama en una de sus cartas “comunidad de espíritu”, factor indispensable, en su concepto, para el florecimiento de una auténtica amistad. Este epistolario hace palpable el culto que rindió Arguedas a la amistad. Los esfuerzos que realizó a lo largo de su vida para cumplir con los encargos que ella demanda, los cuidados que dedicó para alimentarla, involucrando a todos los miembros de la familia Ortiz: padre, madre, hijo, empleada y amigos.

Este primer grupo de cartas cursadas entre Arguedas y José Ortiz Reyes, datan de 1938. Fueron escritas —como dije— cuando Arguedas sale del Sexto y le escribe a su amigo, ex-compañero de celda quien seguiría recluso dos meses más. Hablan de pormenores de la vida de ambos en una época crucial en la que aun perfilaban las metas hacia las que orientarían su futuro; tema preferido de interminables conversaciones durante las horas en que los reclusos matan el tiempo. De esta manera ellas aportan datos valiosos relativos a los proyectos de vida. Develan también el tipo de relación que existió entre Arguedas y algunos de los líderes políticos que encontró en el Sexto. Estos datos fueron totalmente desconocidos hasta el momento, pues de esa época sólo se conocía lo que podía inferirse de la novela *El Sexto*. Las cartas revelan, asimismo, la manera como Arguedas entiende y vive el amor, aspecto fundamental en su vida. Expresan además, las inseguridades propias del joven enamorado.

Al lado de las cartas escritas por Arguedas, aparecen también en el archivo algunas de las respuestas de José Ortiz Reyes; están además las numerosas cartas de Arguedas a Alejandro Ortiz escritas en ocasión del viaje de éste último a París, entre 1965 y 1969. Las últimas, reflejan a un Arguedas tierno, paternal, generoso y desprendido, como sólo puede serlo un verdadero padre y amigo.

Pero en estos viejos portafolios aparecen también cartas de Arguedas a terceras personas. Esto se debe probablemente a que Ortiz Reyes fue no sólo amigo y confidente de Arguedas, sino su abogado; la persona a quien confió todos sus asuntos legales.

Ante la riqueza del archivo que Alejandro me permitió leer, ofrecí espontáneamente mi ayuda para ordenarlo.

Desde el primer momento pude constatar la invalorable calidad de estos documentos tan celosamente guardados. Por su parte, Alejandro y su padre consideraron entonces que aquello que habían preservado merecía ser compartido con todo el público interesado en conocer aspectos inéditos del escritor peruano. Consideraron que las cartas mostraban al hombre en la hondura de sus sentimientos, en posesión de altas cualidades morales que lo engrandecían. Revelaban su compromiso apasionado con esos valores, su esfuerzo constante por alcanzarlos. Tuvieron en cuenta, asimismo, su riqueza indiscutible como testimonio de una época histórica crucial del Perú.

Así, animados por el propósito de contribuir con la tarea de difundir aspectos poco conocidos de la personalidad del amigo, padre e hijo se contagiaron de entusiasmo y se volcaron a la tarea de ordenar recuerdos y de buscar más documentos. De esta manera, fueron apareciendo nuevas cartas y tarjetas. Un día pude presenciar hallazgos importantes de Alejandro en su "baúl de recuerdos". Junto a cartas, juguetes y otros objetos de la infancia de su hijo, o de la suya, junto a cartas de su madre y de otros seres queridos, aparecieron nuevas cartas de Arguedas, tarjetas y notas.

Criterio de la edición

Publicar la correspondencia de una persona entraña una serie de problemas, de tipo ético sobre todo. Siempre existe la duda de si es válido hacer público algo escrito con una intención de intimidad. El tono y los temas que alguien confía a un amigo cercano son diferentes a aquellos que se escriben para ser publicados. Ante un amigo se vuelcan sentimientos que pueden corresponder a determinadas circunstancias o a arranques emocionales, los que, en una actitud serena tal vez jamás se expresarían.

Todos conocemos la bondad, generosidad y la actitud comprensiva de Arguedas para juzgar a terceras personas. Si en algunos párrafos de estas cartas él juzga negativamente a alguien, debe ser comprendido y evaluado de acuerdo a las circunstancias específicas que vivía; de acuerdo al estado emocional y, sobre todo, al tipo de relación existente con su interlocutor, al mensaje central que intentaba transmitirle.

En las cartas de Arguedas a José y a Alejandro Ortiz abundan las confidencias sobre hechos vividos con una emotividad tal que habría inspirado en algunos casos los juicios negativos sobre terceras personas. Según José y

Alejandro Ortiz, la mayoría de las veces estaban en contradicción con los sentimientos y conceptos que realmente tenía Arguedas sobre las personas aludidas.

Espero que el lector tenga en cuenta los elementos señalados pues al publicar esta correspondencia nuestra intención es la de dar a conocer al hombre excepcional que fue Arguedas, al hombre que es necesario —y justo— que todos aprecien en los diferentes aspectos y circunstancias de su vida.

Criterio de presentación

En esta obra se presenta no sólo cartas sino un conglomerado de documentos escritos por Arguedas y por personas vinculadas a su vida en diferentes momentos. Además de la correspondencia, hay relatos, comentarios, notas, discursos y testamentos.

De todo ello, naturalmente lo más importante de la publicación son las cartas de Arguedas escritas a José Ortiz Reyes y a Alejandro Ortiz Rescaniere, así como algunas de las respuestas a tales cartas. Considero que los relatos que se han incluido complementan el contenido de la publicación. Fueron escritos a instancias de Arguedas en los años de 1940. Pertenecen a José Ortiz Reyes y versan sobre su experiencia en el Sexto. Es interesante apreciar en las cartas de este último a Ortiz Reyes, los comentarios a cada uno de los mencionados relatos. Ellos ponen de manifiesto muy claramente el perfil del escritor ideal que por entonces Arguedas trata de ofrecer a su amigo como derrotero. Le señala las cualidades que observa en sus relatos, fundamentales según Arguedas para realizar dicha empresa. Considera que su amigo no sólo puede sino que debe dedicarse al cumplimiento de la misión que ha de significar “un cauce noble y suficiente para tu vida”.

Además de los relatos de Ortiz Reyes, se presenta la interesante polémica —casi desconocida— que dichos relatos provocaron entre Cesar Falcón y Arguedas. Por tal motivo, a continuación de los textos, aparece el artículo de Cesar Falcón sobre los trabajos de Ortiz Reyes, así como el artículo de Arguedas, en respuesta al de Falcón, seguido de fragmentos de unas cartas que Arguedas escribió a Moreno Jimeno en las que comenta su desacuerdo con Cesar Falcón.

Por cuestiones metodológicas reparto los documentos en dos capítu-

los, tratando de seguir un orden cronológico, de manera que el lector pueda reconstruir la secuencia biográfica del escritor. La enumeración de las cartas obedece a ese mismo criterio.

En el primer capítulo aparece el testimonio de José Ortiz Reyes sobre su amistad con Arguedas. Considero que, tanto este testimonio como el de Alejandro Ortiz Rescaniere, son lectura obligada para entender el contenido de las cartas y el contexto en el que fueron escritas; luego, las cartas de Arguedas dirigidas a José Ortiz Reyes —con sus respuestas, cuando las hay— hasta 1940; sólo hasta 1940, porque corresponden a una época precisa sobre la cual versan las narraciones de José Ortiz que se presentan inmediatamente después de estas cartas. Enseguida, como dije, se ofrecen algunos párrafos de cartas ya publicadas de Arguedas a Manuel Moreno Jimeno comentando las narraciones de Ortiz Reyes. A continuación, el presunto prólogo que Cesar Falcón escribió para ser publicado con la novela de Ortiz Reyes titulada *Simache*. La novela apareció sin dicho prólogo, pero éste fue finalmente publicado como artículo en la revista *Garcilaso*, en Abril de 1940.

De igual manera se presenta la carta-protesta de Arguedas por el artículo de Falcón (mayo de 1941), seguida de un comentario de Arguedas a Moreno Jimeno en carta de la misma fecha.

Finaliza este capítulo con un testimonio de autenticidad que el escritor expide a un grupo folklórico, y un discurso pronunciado en Radio Nacional, en 1962. Por último, dos cartas más de Arguedas a José Ortiz Reyes fechadas en 1965.

El segundo capítulo empieza con el testimonio de Alejandro Ortiz Rescaniere sobre su amistad con Arguedas. Luego, una simpática nota de Arguedas a Ortiz Rescaniere, fechada en 1965, cuando Arguedas se aloja por unos meses en su casa. Siguen las cartas de Arguedas escritas periódicamente a Alejandro cuando éste estudiaba en París, entre agosto de 1965 hasta agosto de 1969. Se incluye también el contenido de la cinta magnetofónica que Arguedas grabó para Ortiz Rescaniere, la cual envió a París con la madre de éste, Aleja Rescaniere. Luego vienen las cartas de Alejandro a Arguedas. Ellas enriquecen notablemente la comprensión de las del escritor y permiten revivir el diálogo. De igual manera se incluye en este capítulo algunas cartas y documentos de Arguedas escritas a terceras personas como parte del apoyo que le brindaba a Alejandro; todo ello, con el objetivo de lograr para éste, una sólida formación profesional. Es el caso de las cartas de Arguedas a Lévi-Straus, a Alberto Escobar, a Pablo Willstater, al rector de la Universidad de Huamanga, al Decano de la Universidad Agraria La

Molina. También se incluyen dos cartas de John Murra a Alejandro Ortiz escritas a instancias de Arguedas, apreciándose en este caso una sugerente triangulación que descubre las intenciones e intereses del escritor así como las maneras de las que se servía para expresarlos. Se presenta además en este capítulo, la correspondencia entre Arguedas y la Editorial Einaudi, guardada cuidadosamente por los Ortiz. Tal correspondencia pone en evidencia las preocupaciones del escritor en los últimos meses de su vida. Luego, una carta de José Ortiz Reyes a Arguedas fechada en 1968; más cartas de Arguedas a Alejandro Ortiz, incluyendo la carta de despedida que le deja antes de morir. Aparecen también en esta parte dos testamentos de Arguedas escritos casi al final de su vida, un proyecto de investigación de Ortiz Rescaniere y de Arguedas sobre recopilación y estudios folklóricos, y un memorándum sobre el mismo tema.

He transcrito las cartas lo más fielmente posible, haciendo únicamente correcciones a los errores mecanográficos, y sólo en algunos casos, ortográficos. Incluso he tratado de reproducir la forma peculiar de los encabezamientos o de ciertas notas añadidas en los extremos de las hojas. Cuando se trata de cartas hológrafas, en las que encontré algunas palabras ilegibles, he puesto entre corchetes la palabra "ilegible", o bien la palabra que podría corresponder, entre signos de interrogación, a fin de recordar su carácter tentativo.

La mayoría de estas cartas son inéditas. He intentado hacer la menor cantidad posible de notas aclaratorias, las cuales —considero— siempre perturban la atención del lector. Sólo las utilizo en casos absolutamente necesarios, cuando información adicional aporta sobre situaciones o personajes.

Agradezco a Mercedes Lopez-Baralt ya que su trabajo *"Las cartas de Arguedas"* (correspondencia de José María Arguedas con: John Murra y Lola Hoffmann), ha servido de gran apoyo en el ordenamiento del presente epistolario. Lo mismo digo del trabajo de Roland Forgues *"José María Arguedas: La letra inmortal. Correspondencia con Manuel Moreno Jimeno"*. Debo agradecer también al personal de la Biblioteca Nacional por su ayuda en la búsqueda de documentos, de igual manera, al de la Biblioteca de la Universidad Autónoma de México. Finalmente, mi gratitud al entonces Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica, Gonzalo Portocarrero, por su apoyo decidido a la publicación de este libro.

CARMEN MARÍA PINILLA

CAPÍTULO PRIMERO

Recuerdos, cartas y documentos:
José María Arguedas y José Ortiz Reyes
(1938?-1965)

*«En el pesimismo de esos días,
nuestra amistad fue una fortuna»*

Arguedas (carta 5)



Foto: Ricardo Tenaud

José María Arguedas y Celia Bustamante.

I. Testimonio de José Ortiz Reyes

Conocí a José María Arguedas aproximadamente en el año de 1935, en la Peña Pancho Fierro, y desde entonces fuimos grandes amigos.

José María era un dechado de bondad, de los hombres más buenos y fraternales que he conocido; además, de una honestidad que pocas personas pueden ostentar.

Nuestra amistad se forjó en circunstancias en que yo llegue a Lima. Acababa de trasladarme de Arequipa para concluir mis estudios de Derecho pues, a pesar de que mi familia y yo vivíamos en Piura, inicié mis estudios universitarios en Arequipa.

Nací en Catacaos, Piura, de donde es oriunda toda mi familia, en 1912. La Escuela Primaria la hice, primeramente, en la escuelita municipal de Catacaos dirigida por un patriarca de 80 años, don Ciro Tito Andrade. Luego, en el colegio de los Salesianos, en dicha ciudad. En mala hora mi madre me puso interno dos años en este último colegio, porque entonces yo sólo tenía nueve años de edad y no sabía defenderme de los mayores. Vivía, además, en eterna nostalgia de mi hogar y de mi pueblo. Donde los salesianos me enseñaron muy bien el catecismo, el cual memoricé por entero; además, me familiarizaron con las notas musicales en un pianito de sólo cincuenta centímetros de largo. Al cabo de un tiempo, logré que mi madre me sacara del internado a fuerza de llantos y súplicas. Ella era la que decidía los asuntos de la educación de los hijos. Con el correr del tiempo he llegado a apreciar que todos estos esfuerzos suyos se debían a que tenía altas expectativas respecto a mi futuro, puesto que era el varón mayor de la familia.

Luego, la secundaria la estudié en el colegio San Miguel de Piura. Tuve allí grandes profesores como Hildebrando Castro Pozo, en cuarto y quinto de media. Por entonces él recién venía del exilio. La mayoría de profesores en esta época no tenía formación docente. El de Historia Universal, por ejemplo, quien nos parecía una maravilla, era un dentista; sin

embargo se las ingeniaba para reproducirnos al pie de la letra los textos de Mallet, transmitiéndonos así interesantes conocimientos. Aún conservo algunos de esos textos de la secundaria.

Durante mis estudios escolares no tuve necesidad de trabajar, pero al terminar el quinto, en 1929, mi padre me llevó con él a la hacienda Simbilá. Dicha hacienda, y otra más, habían sido arrendadas por mi padre y un tío, así que con ellos tuve que enfrentarme al trabajo, seriamente, inclusive me pagaban un jornal. Pasé un año formidable en el fundo y siempre que podía llevaba algún libro debajo del brazo, para aprovecharlo en los tiempos libres. No muy fácilmente, pero encontraba este tiempo, a pesar de las duras jornadas de trabajo.

Mis lecturas en esta época consistían principalmente en novelas tomadas de mi casa, pues a mi madre le gustaban y siempre compraba literatura de folletín. Venía el vendedor de puerta en puerta a ofrecer folletines a cambio de una suma muy modesta; de esta manera iba completando novelas larguísimas que luego mandaba a empastar. Así pude leer a Víctor Hugo, Dumas, Eugenio Sue, Carlota Bramé, etcétera.

En realidad yo tuve siempre afición por la lectura pero nunca por el estudio. En consecuencia fui un alumno mediocre que pasaba raspando todos los años. Hace un tiempo me encontré con un compañero de la secundaria: Juan Francisco Velasco Gallo. Todavía recordaba mi forma ingeniosa de leer novelas durante las horas de clase. Como me aburría tanto en el colegio, siempre llevaba alguna novela, la cual colocaba sobre mis rodillas, por debajo del pupitre. Este amigo mío, que sacaba las mejores notas, llegó a ser Miembro de la Corte Suprema además de destacado profesor en la Universidad Católica. En el encuentro conmigo me dijo que últimamente se acordaba de mí pues él, recién ahora, ya jubilado, estaba leyendo todas esas novelas famosas que yo llevaba al colegio para entretenerme durante las clases.

Pero en esta época también inicié lecturas más serias, lecturas de tipo político, visto que el tema ya me interesaba. Había leído por ejemplo, los "7 ensayos" de Mariátegui, de principio a fin. Y no solo leído sino discutido el texto con otros amigos tan motivados como yo. Recuerdo entre ellos a Ricardo Delgado y a Joaquín Ramos. También estaba bastante familiarizado con la revista *Amauta* que llegaba a Piura. Mariátegui era bien conocido y mentado por esta época. Igualmente, Haya de la Torre, de quien leíamos sus discursos. Incluso llegamos a escribir al Partido Aprista de Piura, el que inmediatamente nos mandó una serie de revistas conteniendo los discursos de su líder.

A Haya de la Torre lo conocí años más tarde en Arequipa, cuando iniciaba mis estudios universitarios.

La primera vez que vine a Lima fue en 1931. Vine sólo por unos días en un barco italiano, el "Orcoma". Me recibió un amigo piurano: el "gringo" Trelles (de verdad era gringo), y estuve tres días aquí. Lima me pareció fascinante. Recuerdo que mi amigo me llevó a la Escuela Militar de Chorrillos, porque yo estaba buscando a un excompañero mío que allí estudiaba, se trataba de Enrique López Velazco, hijo de Enrique López Albújar.

Cuando terminé la secundaria y trabajé en el campo con mi padre, la situación económica de mi casa iba bastante mal. Las siembras se malograban con la plaga del "arrebiatado", a tal punto que ello prácticamente nos arruinó. Mi padre tuvo que dejar las dos haciendas y trabajar una chacra pequeña. Por entonces yo insistía en estudiar una carrera universitaria. Mi padre, por el contrario, quería que fuese agricultor como él. Pero con la ayuda de mi madre —que logró juntar dinero para mi pasaje— decidí marchar hacia Arequipa.

En estos años, la Universidad de San Marcos estaba cerrada y en Lima no tenía ningún pariente cercano donde poder alojarme. En cambio, en Arequipa, mi madre tenía un primo, casado con una ecuatoriana, a quien escribió para que me recibiera.

Y así fue. Partí de Paita en 1931 rumbo a Mollendo. Cuando llegué a Arequipa ya había pasado la época de los exámenes de ingreso a la Universidad y tuve, por tal motivo, que acudir donde cada uno de los miembros del jurado calificador para que me tomaran el examen correspondiente. Se apiadaron de mí, probablemente porque venía de tan lejos, y se reunieron nuevamente, sólo por mi caso. Pasé con las justas, pues recuerdo bien que mi examen de matemáticas, que era un curso de mucho peso, fue deplorable.

El jurado estuvo integrado por los doctores Alberto Rey de Castro y Francisco Mostajo, entre otros. Francisco Gómez de La Torre ejercía el rectorado en la Universidad San Agustín.

Cuando me fui a matricular, no sabía aún en qué cursos inscribirme ni qué carrera seguir. En esta época no había, en Arequipa, una Facultad de Medicina, por lo tanto, quienes se orientaban a esa carrera debían estudiar Ciencias y luego, en Lima, Medicina. De la misma manera, Letras era el conducto para entrar luego a Derecho. Yo me matriculé en Letras y por eso terminé siendo abogado.

En Arequipa estudié los dos años de Letras y el primero de Derecho, el segundo año lo perdí porque tuve que salir corriendo de esta ciudad.

De Arequipa guardo un recuerdo estupendo, tanto por lo que aprendí de mis profesores universitarios como por los grandes amigos que hice desde el primer momento.

Abdón Valdés, Isaac Torres, Eduardo Glave, Teodoro Núñez Ureta, los hermanos Núñez Valdivia, Ricardo Cáceres, José Toribio Ruiz Soliz, fueron mis mejores amigos. Este último me permitió compartir su habitación cuando dejé la casa de mis parientes. Entonces comencé a vivir en diferentes pensiones y de manera muy ajustada, pues no siempre encontraba algún trabajo con qué ayudarme, ni contaba con que mi familia me enviara dinero regularmente.

Recuerdo que una vez tuve gran éxito trabajando de cobrador de luz, para lo cual debía ir de puerta en puerta; otra vez trabajé de interventor. Estos trabajos me permitían ponerme al día con el pago de alquiler de las pensiones, que siempre debía.

En otra oportunidad trabajé en el diario *El Pueblo*, dirigido por Edilberto Zegarra Ballón; era uno de los más importantes. Yo me desempeñaba como corrector de pruebas. Me gustaba y aprendía mucho. Requería de mi parte un constante esfuerzo con mi ortografía, pues yo tenía una serie de defectos inculcados por la gramática que estudié en el colegio. Tuvimos como texto oficial, la "Gramática y Ortografía", de José Manuel Cossío, un cuzqueño, que había decidido suprimir el uso de la "y griega", de tal manera que incluso palabras como "ayer", debían ser escritas con i latina; estos defectos se aprecian en mis cartas a José María, ya que las escribía con total espontaneidad y casi sin corregir. Lo único malo de este cargo fue su carácter ad honorem, pero debo reconocer que fue una experiencia provechosa.

A parte de estos trabajos que desempeñaba por necesidad, vivía intensamente el mundo universitario, disfrutando de mi primera aproximación seria a la cultura, pues debo confesar que era bastante ignorante por entonces.

En la Universidad San Agustín fui deslumbrado por profesores como don Juan Manuel Polar, quien dictaba el curso de Filosofía y literatura. Creo que no tenía ningún título, sin embargo era un patriarca de la cultura. Yo lo respeté y quise mucho, a tal extremo, que cuando regresé a Arequipa, veinticinco años después, lo primero que hice fue visitar su casa. Desgraciadamente ya no existía; vi sólo una placa alusiva, en la fachada; frente al convento de Santa Catalina. Este profesor despertó en mí un interés profundo por las grandes obras literarias, las cuales nos narraba y explicaba pacientemente los argumentos. Por él conocí a Shakespeare: "Julio Cesar",

“Romeo y Julieta”, “Hamlet”; los poemas homéricos, etcétera. Tenía un don especial para narrar. Se sentaba en una silla, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, y nos narraba las obras como el mejor de los actores. Nos subyugaba. A veces, venían algunos alumnos de otros cursos a escuchar las clases desde las ventanas.

Recuerdo que en el tercer año, me inscribí en un curso de filosofía que él dictaba. El primer día de clase se encontró con la sorpresa de que sólo éramos cuatro alumnos (mi amigo Ruiz entre ellos). “¿Cómo —nos dijo—, sólo por ustedes cuatro voy a venir hasta la Universidad? Eso sí que no, ustedes vendrán a mi casa y allá les dictaré el curso”. La Universidad sólo quedaba a tres cuadras de su casa.

Así, en su escritorio particular nos dictó las clases más estimulantes. No sólo nos permitía fumar, lo cual estaba prohibido hacer en la Universidad, sino que nos invitaba deliciosas meriendas. Sus clases nos parecían brillantes por doble motivo. En primer lugar, porque lo hacía estupendamente bien debido a su vasta cultura y a sus condiciones excepcionales de narrador. Y en segundo lugar, porque nosotros éramos de una ignorancia supina y todo era nuevo, para los cuatro alumnos, y para mí en particular, que no había oído sino a duras penas el nombre de Shakespeare o del filósofo Kant.

En una ocasión nos dijo: “la próxima clase vamos a ir a la chacra de mi hermano Jorge, allí les voy a dictar la clase”. Fuimos en la tarde a una chacra que quedaba en las afueras de Arequipa. Fue una experiencia maravillosa. Nos invitó picantes, refrescos etcétera. Viendo entonces el cielo arequipeño, tan límpido, nos preguntó si conocíamos las estrellas. Como respondiéramos negativamente, se enfadó un poco y empezó entonces a señalarnos y a hacernos distinguir los diferentes astros, Alfa y Beta del Centauro, Júpiter, Marte, Orión, etcétera. Desde entonces nunca me las he olvidado. Terminamos, y nos pusimos a cantar y a bailar. Don Juan Manuel nos animaba a que cada uno bailara lo que supiera. Como yo expresé mi desconocimiento del huayno me hizo bailar marinera; eso correspondía, según él, a todo buen piurano. Tuve que improvisar lo que pude con la ayuda de un pañuelo, para no desairar al maestro.

Ocurrió entonces que cada vez me interesaba más, no sólo por la cultura, sino también por la política. Con unos cuantos amigos, entre ellos Medina Osorio y Dámaso González, intentamos leer a Marx, al cual llegamos vía los “7 ensayos” de Mariátegui; pero no podíamos entender nada. Intentamos con Engels; el mismo impedimento. Aceptamos nuestra igno-

rancia y decidimos remediarla con paciencia. Comenzamos a estudiar filosofía por nuestra cuenta, pensando que así podríamos luego entender lo que nos interesaba. Empezamos con Hegel, peor aún, es fácil suponer nuestra frustración.

Mientras tanto yo era delegado estudiantil y estábamos al tanto de la vida nacional, vinculándola con nuestra situación universitaria. Es así que, en una oportunidad, me apresaron por estar repartiendo unos volantes en contra del Prefecto de Arequipa, un señor Saco Arenas. En la Comisaría nos tomaron las Generales de Ley. Dimos nuestros datos personales y al preguntárenos por la religión respondimos que no teníamos religión. El juez consideró que muchachos sin religión y sin patria debían estar presos y nos encerró en la cárcel por quince días. Felizmente otro juez consideró excesivo el castigo y nos dejó en libertad.

Por esta época tenía cierto prestigio de revoltoso. Era simpatizante del Partido Comunista, aunque no militante. Dicho Partido me había encargado de lo que se llamaba el "Socorro Rojo", entidad que debía recabar fondos para auxiliar a los estudiantes más necesitados. Recuerdo que mientras estuve en ese cargo el poco dinero que logré reunir lo destinamos a tratar de mitigar la enfermedad, muy avanzada, que padecía Carlos Oquendo de Amat. Su situación económica era precaria, mucho más precaria que la mía. En una oportunidad que se presentó a mi cuarto, débil y sin haber desayunado, me vi obligado a vender el único bien de que disponía para socorrerlo. Llevé al mercado un baúl de palo de rosa, del siglo pasado, que mi madre me había dado al partir de Piura. Por él me pagaron cinco soles, suma que repartimos por partes iguales.

A pesar de estas actividades estudiantiles, desde el tercer año de mi estadía en Arequipa, empecé a alejarme cada vez más de la política. Mi amigo Dámaso González y yo conversábamos respecto a las posiciones antirrevolucionarias del Apra, línea que dominaba en la Federación de Estudiantes. Llegamos a hacer público nuestro alejamiento de la política en una Asamblea que terminó cuando los apristas nos tildaron de tráfugas y traidores.

Al poco tiempo ocurrió el escándalo en la Universidad que ocasionó mi salida intempestiva. Sucedió que los estudiantes hicimos algo que fue interpretado como una injuria grave por las autoridades, tanto de la Universidad, como de la ciudad. En la sala donde sesionaba la Federación de Estudiantes, estaban colgados una serie de retratos correspondientes a todos los personajes que ejercieron el Rectorado, desde la fundación de la

Universidad. Nosotros decidimos sacarlos de allí. Empezaron a correrse las voces y el incidente se convirtió en un escándalo que ocupó las primeras planas de todos los periódicos. Nosotros llegamos a cerrar las puertas de la Universidad "a lodo y piedra" de manera que nadie pudiese entrar. Así resistimos por unos días.

Cuando las cosas se tornaban bastante mal para los estudiantes, se presentó mi amigo Teodoro Nuñez Ureta. Había trepado por unos techos para convencerme de la necesidad de salir del recinto y esconderme en su casa.

Así lo hice, me cobijó durante quince días; hasta que el padre de mi amigo, me tomó de la mano y me depositó en el tren que me llevaría a Mollendo. De ahí debía seguir viaje a Lima y luego a Piura. Me dijo que procedía así conmigo, únicamente por consideración a mis padres y por la amistad que me unía a sus hijos.

Antes de partir, mis amigos mas íntimos me hicieron una despedida en Sabandía a la que asistieron: Teodoro Núñez Ureta, Ricardo Cáceres, Guillermo Burgos, Manuel Fitzgerald, Luis Fernández, Salas. De este evento conservo con cariño dos fotografías.

Me embarqué en el "Oropesa", navío que también pertenecía a una compañía italiana y me quedé unos días en Lima, sólo de paso, donde los Urteaga Ballón, mis antiguos compañeros del colegio San Miguel de Piura y también de la Universidad de Arequipa.

En Piura permanecí aproximadamente un año. El año de 1934. Casi de inmediato conseguí trabajo en un diario, *Ecos y Noticias*, relativamente nuevo, donde me tomaron para el cargo de corrector de pruebas.

Mi afortunada ubicación en ese puesto fue increíble. Ocurrió que un buen día salí de mi casa decidido a encontrar el trabajo que fuere, porque le había prometido a mi hermana Olga que ella nunca más regresaría al suyo. Cuando hice tal promesa, yo aún no tenía trabajo, por lo tanto, tenía que conseguirme uno y suplir el ingreso que para la familia significaba el sueldo de mi hermana. Su jefe la había tratado mal, estaba triste, y yo, lógicamente, indignado. Le prometí que no tendría que ver nunca más a ese sujeto. En estas circunstancias salí temprano de mi casa y pasé ante este diario de reciente aparición. Lleno de determinación entré y pedí hablar con el director. Me condujeron donde los señores Moscol y Chávez Sánchez. Una vez ante ellos, les dije enfáticamente que me tenían que dar trabajo, que no los defraudaría, que tenía suficiente experiencia por haber trabajado en el diario *El Pueblo* de Arequipa, etcétera. No sé si les impresionó mi firme actitud o si les hizo gracia mi desparpajo, lo cierto es que ese mismo día me

dieron el puesto. Cuando regresé a casa, en la noche, tenía un trabajo de treinta soles mensuales y mi hermana podía renunciar tranquilamente al suyo.

Moscol y Chávez Sánchez eran magníficas personas, serias, honestas, de ideas socialistas. Aunque yo no escribía sino de vez en cuando y sobre asuntos intrascendentes, estuve muy contento y permanecí cerca de un año en aquel puesto.

Pero mi verdadero interés por aquel entonces era terminar los estudios universitarios. Felizmente mantenía una fluida correspondencia con Clorinda Caller Iberico, una amiga que vivía en Lima. A ella acudí para que me hiciera el favor de matricularme en San Marcos, en el segundo año de Derecho. Tuve éxito, pues, al parecer, resultó ser una gestión no muy complicada que no requería presentar certificado alguno. Probablemente se trató de una matrícula provisional en espera del postulante y de los certificados.

No me costó mucho seguir el ritmo de los estudios en San Marcos. Y debo decir que aquí tuve también, como en Arequipa, excelentes profesores, verdaderos personajes.

Para comenzar fui alumno de un gran maestro del Derecho, Don Manuel Augusto Olachea. Este abogado tenía una vasta cultura por eso sus clases eran tan versadas en filosofía y ciencias jurídicas. Hablaba extraordinariamente bien el idioma, tenía, además, una especial capacidad histriónica, pues acompañaba sus discursos con ademanes y gestos elocuentes. Ya graduado de abogado, fui varias veces a la Corte para escucharlo porque era espectacular. Desde su vestimenta. Usaba corbata lastrón muy ancha, y zapatos tipo botines, con botoncitos, unos vestidos de esos anticuados que ya nadie usaba. Siempre con sombrero. Y en el Tribunal, mientras el abogado contrario hablaba, él permanecía sumamente atento. Entonces, creo que por los nervios, o quien sabe si por ensimismamiento, iba subiendo la basta de sus pantalones. Luego, cuando le tocaba hacer uso de la palabra, era un deleite. Llevaba un montón de libros y mientras hablaba, empezaba a dar de golpes sobre ellos hasta que se caían, pero él, imperturbable, seguía argumentando. En una ocasión, en que fui a verlo, el abogado de la parte contraria era el doctor De la Jara y Ureta, de quien, al parecer, era Olachea amigo, porque terminado el juicio se saludaron cordialmente.

También el Doctor Abastos fue mi profesor de Derecho Penal. El me tuvo especial consideración. Lo mismo ocurrió con don Ángel Gustavo Cornejo, un hombre excepcional por su calidad humana y por sus conocimientos.

Otro famoso catedrático fue Don Juan Bautista de Lavalle, persona sumamente conocida en Lima.

También fui alumno del Doctor José León Barandiarán gran jurista y hombre realmente apreciado por los estudiantes; además de distraído como pocos. En una oportunidad que bajaba las escaleras del patio principal de la Casona, un alumno se le acercó para hacerle una consulta. Finalizada ésta, el Doctor Barandiarán pidió al alumno le hiciera recordar si, cuando lo detuvo, estaba subiendo o bajando las escaleras. En el Palacio de Justicia, era frecuente verlo dando vueltas por el estacionamiento en busca del sitio donde había estacionado su carro.

Jorge Basadre me enseñó el curso de Derecho Peruano, en el que se ocupaba de la época pre-hispánica.

Si bien me iba empapando de conocimientos propios de mi profesión, no dejé de interesarme por la política; y es que, en realidad, ser ajeno a lo que ocurría en la vida nacional era prácticamente imposible siendo estudiante de San Marcos. La mayoría de los alumnos discutíamos y vivíamos pendientes de la situación nacional e internacional. Desde el primer momento en que llegué a la Universidad, hice amigos que me introdujeron en este quehacer.

Genaro Carnero Checa fue uno de mis primeros amigos. Piurano como yo, fue quien me vinculó con gente de izquierda y quien me presentó en la Peña Pancho Fierro fundada por Alicia y Celia Bustamante, en 1936. Él estaba enamorado de Alicia.

Si bien nunca milité en el Partido Comunista, asistía a las reuniones obrero-estudiantiles que realizaban en San Marcos, pues se intentaba profundizar en la problemática laboral y social del país. Mi amigo Genaro Carnero y muchos otros sí militaban en aquel partido. Debo decir además, que la mayoría de la gente que asistía a la Peña y que provenía de Bellas Artes era de ideas socialistas.

Socialismo e indigenismo parecían corrientes bastante unidas en aquella época. Las personas que ostentaban ideas socialistas coincidían en su aprecio y valoración por la cultura andina.

A la Peña asistía mucha gente de Bellas Artes, gente que de esta manera podía verse y conversar. Hay que recordar que Alicia Bustamante fue alumna de esa Escuela.

No sólo se exponían constantemente hermosas piezas de arte popular, que entonces Alicia empezaba a coleccionar, sino que allí se podía escuchar auténtica música andina y establecer amistad con personajes directamente

vinculados a esa cultura. José María Arguedas, a quien precisamente allí conocí e intimamos, era el gran animador de esta Peña; quien conseguía a los cantantes, bailaba y cantaba. En otras oportunidades contaba chistes o anécdotas del mundo andino.

Iba el grupo de los indigenistas, con Sabogal a la cabeza; Julia Codesido, María Wiese, Leonor Vinatea, las Insúa, Cota Carvallo, Elvira Luza, Carmen Saco, Fernando de Szyszlo, Ricardo Tenaud, las Pizarro, Federico Schwab, Aleja Rescaniere, (alumna de Bellas artes, más tarde, mi esposa y la madre de mi hijo Alejandro).

Allí también conocí a Emilio Adolfo Wesphalen, (quien luego se casaría con mi hermana Judith), e intimé con Alberto Tauro y con José María Quimper.

José María Arguedas se enamoró entonces de Celia Bustamante. En la Peña nos encontrábamos casi todos días.

Desde 1934, en que llegué a San Marcos, hasta 1937, estudié el segundo, tercero y cuarto año de Derecho. Cuando cursaba este cuarto año es que sucedieron los acontecimientos que me llevaron a mí, a José María, y a otros amigos a la prisión.

En esta época gobernaba el General Benavides, en tanto dictador. Había llegado al poder cuando mataron a Sánchez Cerro, en 1933, correspondiéndole quedarse sólo hasta el término del mandato del ex-presidente, es decir hasta 1936. Pero permaneció en el poder hasta el 39. Existía, por lo tanto, un descontento generalizado. Pero Benavides tenía agallas, don de mando y autoridad, nunca le faltó autoridad. En esta situación es que ocurre el incidente en San Marcos que nos llevó a la prisión.

En Junio de 1937 el General italiano Camarotta fue invitado por José de la Riva Agüero a la Universidad de San Marcos.

Como dije, los estudiantes estábamos al tanto de los acontecimientos mundiales y tomábamos partido. Había entre los estudiantes verdadera identificación con la causa de la República Española y total aversión al fascismo. Vimos en el personaje que nos visitaba a un representante de aquel fascismo que alentaba los bombardeos contra pueblos españoles. Naturalmente, comenzamos a protestar contra su presencia, hasta que ocurrió lo que todos saben: Camarotta recibió una sonora y humillante silbatina.

El gobierno italiano reaccionó enérgicamente por tal agravio y se desató una intensa represión.

A mí me apresaron luego de unos días de ocurrido el incidente. Estaba

caminando por la plaza San Martín y me llamaron por la espalda. En esa época había cambiado varias veces de pensión, no por cuestiones de camuflaje, sino por razones meramente económicas. Residía entonces en un cuarto que quedaba en la calle Mercaderes. No me permitieron ni sacar mis cosas de allí. Me llevaron directamente a la Intendencia.

También detuvieron a José María, a quien sacaron de su cuarto. Igualmente a Alberto Tauro, Manuel Moreno Jimeno, Genaro Carnero Checa, Carlos Rivera Polar y José Antonio Encinas Pando.

La Intendencia quedaba en la Avenida España y se comunicaba internamente —por una gran explanada— con El Sexto, allí nos encontramos los detenidos. Pero no todos pasamos al Sexto. Carnero fue deportado antes de que esto ocurriera, y Tauro fue liberado luego de permanecer un cierto tiempo en la Intendencia; Moreno fue trasladado al Frontón. Sólo José María y yo pasamos al Sexto. Llegamos allí en Junio de 1937. Yo estuve preso durante quince meses, porque salí en setiembre de 1938. José María salió cuatro meses antes, en junio o mayo.

Toda esta experiencia del incidente en San Marcos y de la prisión la he narrado en una serie de cuentos que precisamente José María conoció y me animó a publicar, como se aprecia en nuestra correspondencia de esos años.

En realidad, el Sexto fue una experiencia que nos enriqueció, porque nos obligó a reflexionar sobre una serie de cuestiones, no sólo concernientes a nuestros proyectos existenciales, en una época en que comenzábamos a vivir, sino porque, además, nos permitió entrar en relación con gente increíble; nos mostró un mundo inimaginado, que de otra manera quien sabe nunca hubiésemos llegado a conocer.

Luego de la depresión, y de la desesperación propia de los primeros días de encierro, tratamos de mantenernos ocupados aprovechando el tiempo en labores útiles, en leer, estudiar, etcétera, pero también en ayudar con nuestros conocimientos a los demás.

Tuvimos la suerte de que en esta misma época estuviera recluso en el Sexto un líder de vasta trayectoria política como lo fue Julio Portocarrero, obrero textil que llegó a ser secretario General de la C.G.T.P.. Portocarrero era bastante mayor que nosotros y desde el primero momento nos infundió respeto. Era además un hombre disciplinado, nos trataba como a alumnos. Jugaba ajedrez estupendamente; nunca nadie lo pudo ganar. Con él decidimos estudiar francés, y obtuvimos sorprendentes resultados pues llegamos a dominar un vocabulario más o menos extenso —lo que permitía el librito en el que estudiábamos— y a conjugar buen número de verbos; aunque

nuestro acento era francamente deplorable. Cada uno debía estudiar y hacer tareas en su celda; luego, reunidos, nos tomábamos mutuamente la lección. José María era burlón; le hacía mucha gracia cuando uno de nosotros se equivocaba y decía algún mamarracho.

Julio Portocarrero también nos organizó en una especie de escuela destinada a enseñar a los presos más ignorantes. Había muchos analfabetos o con una instrucción incipiente. Recuerdo que yo debía dictar el curso de gramática y castellano; me parece que José María, el de literatura.

Volví a ver a Portocarrero muchos años después, cuando me nombraron miembro del Consejo Nacional de Justicia, por el año 1971. El me buscó para que lo ayudara a que hospitalizaran a su esposa. Traté de hacerlo a través de mi antiguo amigo Óscar Urteaga Ballón, hermano de Aníbal, quien hizo los trámites para que ingresara al Hospital Santo Toribio de Mogrovejo. Una ambulancia trasladó a la señora a dicho hospital. Incluso fui yo una vez a visitarla. Sin embargo Julio quedó bastante descontento de la atención brindada a su esposa. Él habría preferido que fuese intervenida en el Hospital Loayza que era el centro hospitalario donde, por entonces, se trataba a las mujeres.

Julio Portocarrero sintió la influencia de Eudocio Ravines, quien, en realidad, fue el organizador del Partido Comunista. En esta época la izquierda casi no tenía fuerza pero Ravines tenía una gran influencia entre todos los simpatizantes y militantes. En Julio Portocarrero fue decisiva. Esa es mi impresión.

Paz era otro de los presos del Sexto. Había sido detenido por comunista. Allí conocimos también a Leopoldo Cuentas quien llegó a ser otro buen amigo, tanto de José María, como mío. Era puneño y más tarde se recibió de abogado. Ocupaba una celda contigua a la mía y recuerdo que en la pared medianera —de ladrillo, creo—, abrimos un pequeño orificio por el cual conversábamos o nos “cantábamos” las jugadas de ajedrez. Cada uno tenía en su celda un tablero de este juego con sus respectivas fichas. Estas últimas habían sido confeccionadas por Vargas, joven aprista, ayacuchano, que tenía una habilidad extraordinaria para hacer figuritas con migas de pan. Todos les proporcionábamos este elemento, guardándolo del pan que nos repartían en el almuerzo. Vargas remojava las migas, las amasaba y las convertía luego en preciosas piezas de ajedrez representando a diferentes personajes de Disney: el pato Donald, Mickey etcétera. De esta manera podíamos jugar moviendo, cada uno, las fichas de acuerdo a lo que cantaba el adversario. Este juego fue nuestro mejor entretenimiento.

José María también jugaba y era muy bueno, pero tampoco pudo nunca ganar a Julio Portocarrero.

En una ocasión, Cuentas y su compañero de celda prepararon café. Pudieron convidarme una taza pasándome el líquido a través de la pared, por medio de un embudo hecho de cartón. Naturalmente que nos cuidábamos de mantener tapado aquel conducto con recortes de figuras decorativas.

Otras veces nos entreteníamos organizando competencias sobre habilidades comunes; como, por ejemplo, tratar de adivinar la hora sin mirar el reloj. Casi siempre era José María quien ganaba, no sé por qué.

En ocasiones también cantábamos y bailábamos. Recuerdo que una vez lo hicimos acompañados de una especie de guitarra de lata confeccionada por un preso del primer piso, el “negro Sosa”². Este sujeto tocó un huayno muy alegre; en ese momento salió a bailar el punecño Cuentas Zavala. Cuando terminó, José María dijo: “Ese huayno es mestizo”, y comenzó a bailar y a cantar un huayno cuzqueño, en quechua, que, según él, era auténtico.

Se acompañaba bien con la guitarra; hasta me enseñó a hacerlo a mí, aunque sólo el “túndete” del vals porque soy muy descoordinado para esas artes. Es más, cuando recién salí de la prisión y me hospedó en su cuarto, toqué ese mismo acompañamiento en una guitarra verdadera hallada casualmente allí; entonces José María tomó de la mano a Celia, que estaba de visita, y se pusieron a bailar vals al son de mi “túndete”.

José María siempre ganaba en las competencias artísticas porque ninguno de nosotros cantaba o bailaba tan bien como él. Pero ese hecho le molestaba un poco; le molestaba que no supiésemos ningún huayno, que fuésemos los costefños tan limitados en cultura artística.

A José María y a mí nos visitaban Celia y Alicia Bustamante. Nadie más lo hizo salvo una pariente hidalga y fraternal que nunca olvidaré. Las Bustamante nos traían revistas y libros.

José María contó con una cama desde el primer momento; creo que ellas se la llevaron. También me trajeron una a mí, cuando se enteraron que dormía en el suelo y que sufría de los pulmones.

En esta época, Aleja Rescaniere, una alumna de Bellas Artes a quien aún no conocía, se enteró de nuestra detención por medio de Celia y Alicia;

2 Hay un relato de José Ortiz Reyes: *Sosa*, sobre este personaje, que incluimos en la parte final del presente capítulo.

en la Peña Pancho Fierro, seguramente. Interesándose vivamente por nosotros, nos enviaba, con Celia, la revista argentina *Neoplant*, que traía extractos de novelas bien hechos. Cuando salí de prisión fui a la Peña. Al verme llegar, Alicia le dijo a Aleja: "Aquí tienes, pues, a tu protegido". Así la conocí y me enamoré inmediatamente. Meses más tarde nos casamos; tal como le conté, con lujo de detalles, a José María, en una carta que le escribí a Sicuani.

Tanto Aleja como yo fuimos muy amigos de Celia y de José María.

En prisión aprovechábamos para leer. Yo leía mucho. Pero no sólo libros y novelas sino revistas y periódicos. En esto último, José María flojecía un poco; sobre todo cuando se trataba de discutir artículos acerca de la situación mundial. Él prefería escuchar la exposición que alguno hacía. Lo que sí le gustaba era escribir. No sé exactamente sobre qué contenidos, pero siempre estaba con lápiz en mano y me decía "verás como todo se convertirá en mi obra". Y así fue.

También nos contaba hermosas historias y anécdotas de su experiencia en el mundo andino. Lo hacía con un orgullo legítimo, hasta nos contagiaba. Cuando se presentaba la ocasión, se ponía a hablar en quechua —muy fluidamente— con otros presos. Dominaba esa lengua.

José María fue un autodidacta. Se formó solo, no estuvo guiado por nadie. Además tenía una sensibilidad casi enfermiza, y un amor auténtico por los indios. A mí me contaba sobre el origen de este sentimiento. Se debía a que al lado de ellos recibió mucho cariño cuando estaba solo, pues su padre se ausentaba constantemente. Estos indios lo protegían, lo querían, lo cuidaban; y, como José María era un niño, contaban libremente todas sus cosas delante de él, quien escuchaba atentamente. Así iba grabando esas historias en su memoria y en su corazón. Tenía un franco entusiasmo por la vida, por sus proyectos. Nunca, ni en esta época, ni después, lo vi angustiado o atormentado. Se mostraba generalmente alegre; a veces decía cosas desconcertantes pero ello no iba acompañado de una actitud depresiva. Siempre se mostró entusiasta con los proyectos de los demás, aunque quien sabe, no tanto con los suyos propios.

Era ingenioso para poner apodos. Los escogía, no sólo guiándose por la apariencia física de la persona sino porque le sonaban armoniosas las palabras. A Alberto Tauro del Pino, por ejemplo, le puso "J. Alberto Flaco del Pino", y lo repetía todo el tiempo, sin parar. A Alberto no le molestaba esta cantaleta, más bien nos decía: "Déjenlo que, como criatura, se cansará de fastidiar". Pero no se cansaba y, por el contrario, nos contagiaba la musicalidad del apo-

do de manera que lo interiorizábamos y hasta lo usábamos inconscientemente. A mí me decía "Torcuato" o "Gallinazo", era inútil impedirselo.

Una noche José María tuvo un cólico severo, ya no teníamos celda común sino contiguas. Lo llevaron de emergencia al Hospital Dos de Mayo donde lo operaron. El me contó luego, en una de sus cartas, que esta operación no fue bien hecha pues le trajo una serie de problemas. No me extrañaría que así hubiese sido porque llegó como preso al Hospital. Como tal lo trataron; lo tuvieron en una sala enrejada, especialmente destinada a este tipo de pacientes.

Después de la operación quedó en libertad. Me parece que Celia había intercedido ante Moisés Sáenz, embajador de México en el Perú y amigo de José María y de las Bustamante, para que hablara con el entonces Ministro del Interior, Antonio Rodríguez. No estoy seguro, lo cierto es que no volvió al Sexto. Del hospital se fue a su casa.

Pero no dejó de preocuparse por los que quedábamos presos. Nos hacía recados, nos escribía cartas con regularidad. Cuando yo salí, tres meses después, él me brindó hospedaje, con la generosidad y bondad que lo caracterizaron siempre. Seguíamos frecuentando la Peña con Alicia, Celia y Aleja. Al mismo tiempo, yo trataba de conseguir algún trabajo, pero me fue imposible; entonces decidí regresar a Piura donde mi familia.

Estando yo en el norte, José María seguía realizando algunas gestiones para encontrarme puesto en Lima; pero era sumamente difícil. Fue difícil, hasta para él mismo, conseguirlo. De ahí su alegría cuando me escribe contándome que obtuvo el nombramiento de maestro en Sicuani.

Yo regresé a Piura en un pequeño barco llamado "Monserate". José María me fue a despedir al Callao. Me escribía constantemente poniéndome al tanto de su vida, de su romance con Celia, de sus impresiones respecto a mi novia, Aleja Rescaniere, a quien yo extrañaba mucho. Esas confidencias son hermosa prueba de la absoluta sinceridad que reinó entre nosotros, base de nuestra amistad.

Aleja tenía una personalidad especial. Era independiente y sumamente generosa, daba todo por las personas a las que quería. De una ingenuidad casi infantil, confiaba mucho en la gente. Cuando nos separamos, ella siguió siendo amiga de Celia y también de José María. Años después, lo hospedó por un tiempo en su casa, cuando se acababa de separar de Celia.

En las cartas que me escribe, primero al Sexto, luego a Piura, y, por último a Lima, cuando él parte a Sicuani, se aprecia el interés que ponía José

María respecto a mis proyectos literarios. Me instaba a escribir, a volcar mis experiencias de la prisión. Me hacía sentir que era casi un deber hacerlo. Yo apreciaba su opinión porque siempre fue sincera y desinteresada. En ocasiones, se entusiasmaba cuando encontraba elementos valiosos en los trabajos; pero también criticaba sin tapujos lo que consideraba artificioso o irreal. Llegué a romper algunos relatos que a él no le gustaron.

Creo que para José María, el elemento más importante en un relato era la autenticidad. En una oportunidad, leyó mi cuento *Espectros* ante sus alumnos del colegio Pumacahua, de Sicuani, y esto le valió un lío tremendo con el director. Lo acusó de difundir literatura inconveniente, cargada de "palabras gruesas". El me defendió con sus mejores argumentos; apelando a la autenticidad. Lo mismo hizo más tarde con los ataques de Cesar Falcón a mis relatos.

Aquello ocurrió cuando en el año de 1940 la Universidad de San Marcos convocó a un concurso de juegos florales, al cual presenté mi cuento *Espectros*, y gané. Pero presenté también, al lado de *Espectros*, mi pequeña novela *Simache*, que versa sobre experiencias de mi infancia en una hacienda piurana. Aunque también salió ganadora, me arrepentí en el alma de haberla presentado y, más aún, de haberla luego publicado. Llegó a tal punto mi arrepentimiento que, al cabo de unos años, recabé los ejemplares que estaban a mi alcance —los de familiares y amigos— y los destruí, todos. Cuando hace algún tiempo coincidí con Alberto Tauro en un almuerzo realizado en el Club Arequipa, nos sentamos juntos y me dijo que le gustaría reeditar *Simache*. Se lo prohibí enfáticamente. Insistía él, no sé si por fastidiarme. Felizmente no lo hizo.

En realidad considero que *Simache* no es, en absoluto, un buen trabajo. José María me lo dijo cuando terminé de escribirlo, pero no lo escuché; quien sabe porque en esta época él estaba en Sicuani, lejos de aquí.

Por el contrario, Cesar Falcón, que, como dije, integraba el jurado del concurso organizado por San Marcos, al lado de Jorge Basadre, me animó no sólo a publicar *Simache* sino que se ofreció a escribir el prólogo. Este interés suyo fue interpretado por mí como una expresión de aprecio o valoración de mi trabajo. Pero no fue así.

Cuando Falcón me entregó el texto que había escrito para prologar mi trabajo, decidí omitirlo en la publicación porque lo consideré perjudicial. Me pareció que estaba usando el momento para hacer una serie de críticas, muchas de las cuales no guardaban relación con mi trabajo. Esto, obvia-

mente, lo disgustó sobremanera. Decidió entonces publicarlo como artículo, en la revista *Garcilaso*.

Para esto, José María, que estaba por entonces de profesor en Sicuani, leyó el artículo (Manuel Moreno Jimeno le envió la revista), y se indignó a tal punto que escribió una enérgica carta de protesta y la hizo publicar en dos diarios del Cuzco y uno de Lima.

Antes de este incidente, Falcón me había llamado a colaborar en el nuevo diario, *Nuestra Voz*, del cual era director (y Ricardo Martínez de La Torre, gerente). Fue este último quien me contactó con Falcón. Martínez me conoció por intermedio de unos vecinos. Intimamos y me invitó, luego, a colaborar en *Nuestra Voz*.

Falcón nunca fue amigo mío. Me conocía apenas; se sintió molesto cuando publiqué *Simache* sin su prólogo, pero nadie hubiese podido aceptar tantos improperios. José María me defendió como amigo, así era él. Se jugaba íntegro.

Este periódico desapareció luego de publicar su primer y único número, el 11 de enero de 1941. Según Martínez, el Presidente Prado —amigo de Falcón—, le pidió especialmente a este último suspender el proyecto pues consideraba que podía traerle problemas a su gobierno. En ese único número se publicó mi cuento *Espectros*.

Me casé con Aleja en 1938, en las circunstancias en que conté por carta a José María. En aquel entonces yo había venido a Lima a terminar mi carrera, interrumpida por la prisión. En 1940 recién cursaba el quinto año de Derecho. Me gradué de Bachiller y de abogado en 1942, con una tesis que motivó las felicitaciones del jurado; en realidad, innmerecidas.

En esta época nació mi hijo Alejandro y luego Aleja partió con él a Venezuela para que lo conociera el padre de ella, que allí vivía. Fue un período bastante triste para mí, no sólo por su ausencia, sino porque pasé las más graves dificultades económicas de mi vida. Aún no me graduaba ni tenía trabajo fijo. Me vi obligado a vender la vitrola de Aleja para poder vivir (la misma vitrola a la que se refiere José María en una de sus cartas).

Estando ellos allá, dejé el departamento que teníamos en la avenida Arequipa y alquilé un cuarto en la calle Filipinas, frente al edificio Wiese, en el centro de Lima. Cuando volvieron, ya era abogado. Pero no ejercí mi profesión durante varios años porque antes conseguí un trabajo en la Oficina de Coordinación de Asuntos Interamericanos.

Esta oficina estaba patrocinada por los americanos, para hacer propa-

ganda en favor de los aliados; era, por lo tanto, antifascista. Mi jefe, Mr. Ears, me puso al frente del departamento de radiodifusión. Tenía que ocuparme de toda la publicidad que llegaba de los Estados Unidos destacando las acciones del ejército aliado. Recibíamos gran cantidad de discos que nosotros repartíamos a las distintas emisoras radiales de Lima y provincias. Algunos de ellos contenían radionovelas; otros, la mayoría, música selecta.

A mi cargo estuvo también un programa radial que consistía en poner una grabación; luego, entre uno y otro fragmento musical, debía hablar en favor de los aliados.

El atractivo mayor lo constituía la alta calidad musical de los discos; por eso algunos amigos míos, amantes de la música selecta, pudieron escucharlos en privado. Una vez invité a Fernando de Szyszlo, y a algunos otros aficionados, a que vinieran a escuchar los discos que acabábamos de recibir.

Lo más difícil en este trabajo era comunicarme con mi jefe, que no sabía castellano, y yo, ni pizca de inglés. Mi compañero en el trabajo era Alfredo Matheus, un abogado que conocí en Arequipa. Joven, inteligente, escribía rápidamente a máquina y dominaba este idioma; se entendió muy bien conmigo facilitándome la comunicación con mi jefe.

Llegué a dirigir una revista, *La hora radial*, que circulaba en todas las estaciones de radio del Perú. Al mismo tiempo, tuve otro programa —exclusivamente literario— en Radio Nacional. Se llamaba *Reflexiones de un viejo filósofo*; duró más de un año, entre 1941 y 1942, y se emitía todos los domingos por las mañanas. En ese espacio invité como conferencistas a distinguidos escritores peruanos, entre ellos a José María, que ya estaba de vuelta en Lima; también a Emilio Adolfo, que habló sobre surrealismo.

En la Oficina de Coordinación de Asuntos Americanos permanecí tres años.

Yo escribí todas mis relatos hasta 1946. Luego no volví a escribir más. Sólo una radionovela para Radio Nacional que llamó la atención entre la gente del gremio, pues se apreciaba un cierto dominio de las claves y las indicaciones propias del radioteatro (el momento en que debe entrar un fondo musical, diálogos, ruidos, etcétera).

Luego entré de profesor al Colegio Alfonso Ugarte, después al Melitón Carbajal.

Durante varios años me desempeñé en la docencia, paralelamente a mi profesión de abogado; y ello fue siempre gratificante. A menudo me encuentro con antiguos alumnos del colegio Melitón Carbajal, del Alfonso

Ugarte o del Liceo de Lima, que me reconocen en las calles y me siento feliz.

Tres años después de acabar la Universidad y de graduarme, me incorporé al Colegio de Abogados. A partir de entonces ejercería como tal durante más de treinta años.

Un amigo mío, Augusto Linares, ex-compañero de Arequipa y también de San Marcos, me llevó a su estudio que quedaba en el Palacio de Justicia; allí trabajé diez años, aproximadamente. Linares ganaba bastante bien, su estudio era sobrio y ofreció compartirlo conmigo. Al final cada uno se fue por su lado, cuando la Corte Suprema nos comunicó que debíamos desocupar la oficina.

Ya en ejercicio de la profesión, seguí viendo a José María; continuábamos siendo grandes amigos; y él me confiaba todos sus asuntos pues me tenía confianza absoluta.

Sin embargo, meditando pacientemente acerca de nuestras relaciones, debo decir que, a pesar del afecto y de la amistad que siempre existió entre nosotros, se produjo un alejamiento cuando Aleja y yo nos separamos. Tanto José María como Celia desaprobaron nuestra ruptura, porque, como parejas, fuimos los cuatro muy unidos. Ellos vieron con frecuencia a Aleja, a quien querían tanto como a mí. Pero, en realidad, nunca dejé de ver a José María.

En 1942 ó 43 me invitó a Supe, a la casita de playa de Alicia y Celia. Pasé con ellos unos días inolvidables. También había invitado al poeta Eielson. Recuerdo que me dio una erisipela tan espantosa que, a mi regreso, estuve en cama tres días, con fiebre. Las Bustamante eran excelentes anfitrionas. También estuvo presente la madre de ellas, aunque ya enferma y ciega. La señora tenía una buena relación con todos, y le gustaba que le contaran historias y anécdotas.

El puerto de Supe era entonces muy acogedor. Nos bañábamos en el mar todos los días y hacíamos unas largas caminatas por la noche.

En esta época aún vivía con Aleja de quien me separé en el año 45.

En 1960, José María tuvo un accidente en la carretera hacia Supe. No sólo resultó maltratado él sino que el carro quedó destrozado. Como el carro estaba asegurado en la Compañía Fénix, hizo el reclamo respectivo, pero se dio con la ingrata sorpresa de que no quisieron cumplir con el contrato. Vino entonces a buscarme decidido a escribirles una carta expresándoles toda su indignación. Y así fue, logrando que le pagaran, luego.

En 1965, se presentó nuevamente a mi estudio, esta vez se trataba de

algo más serio. Quería iniciar los trámites de su divorcio. Aquello significó un asunto delicado y hasta molesto para mí porque era amigo tanto de él como de Celia.

La primera vez que habló del asunto me negué rotundamente a mover un sólo dedo al respecto, hasta que vino entonces Celia a rogarme que me ocupara personalmente del divorcio; de otro modo, argumentaba, tendría que hacerlo un abogado cualquiera y, quien sabe, sería peor para ella.

Traté nuevamente de exhortarla a que desistiera, pero se puso a llorar —como sólo se hace delante de un amigo—, en seguida me contó una serie de incidentes de su vida con José María. Asuntos concernientes al estado psicológico en que él se encontraba; no dormía, y no la dejaba dormir, le proponía conversación o juego de cartas a cualquier hora de la noche. Decidió poner entonces una división muy sutil, de madera, para separar los ambientes de la habitación, y tener posibilidad de descanso. No fue así, porque a las dos o tres de la mañana, José María le tocaba el tabique divisorio pidiéndole que lo acompañara, cosa que nunca pudo rehusar. Todas estas razones me dio Celia para convencerme a que procediera con los trámites de divorcio. Intenté negarme nuevamente. Pero entonces vinieron ambos e insistieron. Tuve que aceptar.

Todo este asunto no lo conté a Alicia, a quien visitaba de vez en cuando. No se lo revelé a nadie porque así me lo habían pedido; pero, cuando Alicia se enteró, se molestó mucho conmigo pues consideró —con razón, creo— que de haberlo ella sabido hubiera podido ayudar mejor a Celia.

El divorcio se hizo. Fue mutuo disenso. De acuerdo al Código Civil, en este caso no se esgrimen razones; así se tramitó y así quedó.

Cuando en 1965 José María aceptó una invitación para visitar los Estados Unidos, ya estaba separado de Celia. Sin embargo se preocupaba por ella, no quería que sufriera. Me escribía desde allá confiándome estos sentimientos.

De regreso, se hospedó donde Aleja, en la casa de la Avenida Arenales. Yo iba frecuentemente a almorzar —siempre lo hice, para estar con mi hijo— y nos veíamos. Luego, cuando Alejandro se fue a estudiar a París nos seguimos encontrando en casa de Aleja para comentar las cartas del hijo ausente. José María quiso a Alejandro como si fuera el hijo que nunca tuvo. En uno de estos almuerzos es que grabó la cinta magnetofónica que luego Aleja llevó a París y entregó a Alejandro.

A Aliocha, —como llamábamos familiarmente a mi hijo—, José María lo vio y engrió desde chico, desde la cuna. Luego, cuando fue mayor se

preocupó especialmente por su bienestar, por su futuro, enorgulleciéndose como un verdadero padre cuando se convirtió en antropólogo. Lo fue a visitar dos veces a París; más tarde, cuando Alejandro regresó tenía planeado ponerlo a trabajar a su lado, pero, primero, el proyecto no se concretó. Luego, cuando se iba a realizar, fue demasiado tarde.

Yo también estuve en Europa con Alejandro en 1966; desde el 28 de Julio hasta el 29 de octubre del mismo año; antes de que lo hiciera Aleja. Fui con él a Italia, y luego, de regreso en París, me preparó una serie de viajes cortos a sitios de interés.

Cuando murió Alicia Bustamante, en 1969, fui al entierro, pero no recuerdo si estuve allí con José María. Por esa época yo vivía en la calle Pacay, cerca de la plaza San Martín. Entonces ocurrió también la muerte de mi hermano Ramiro; José María vino con Sybila a darme el pésame. Ya manteníamos nuevamente estrecha vinculación, me consultaba sus asuntos en tanto abogado, además, como dije, se interesaba y ayudaba mucho a mi hijo Alejandro.

El 25 de Agosto del 69 llegaron en el "Rossini" al Callao, Alejandro y Marie France, su esposa.

En esos años tenía mi estudio frente al diario *El Comercio*, fue el último que tuve. Un buen día se apareció allí José María trayéndome unos papeles para que se los guardara. Entre ellos había un sobre cerrado dirigido a Celia. Sorprendido, le pregunté por el motivo de su actitud; me respondió que así procedía porque podía ocurrirle cualquier cosa. Ya frente al ascensor, le increpé que siempre andaba diciendo o pensando en la muerte pero que seguramente viviría como Voltaire hasta los ochenticuatro años. "¡Ah —me contestó— pero es que Voltaire no tenía ideas suicidas!". Me dio esta respuesta cuando estaba entrando en el ascensor. Fue la última vez que lo vi.

Este incidente ocurrió un día lunes, de la misma semana en que murió. Entre los papeles que me dejó había un testamento en el que disponía cómo debía se repartieran sus cosas. El sobre cerrado para Celia así se lo entregué.

La verdad es que su muerte fue algo muy duro para mí. No se me pasa el no haber sospechado la proximidad de su fin; pero es que, en realidad, estaba acostumbrado a ese tipo de actitudes suyas; a que me entregara testamentos y cartas insinuando proyectos sombríos; pero luego de un tiempo lo encontraba nuevamente animado.

En mi diario personal escribí los incidentes de este trágico suceso:

"Muerte de Arguedas: Domingo, 1º de diciembre: hace tres días, el 28 de noviembre, José María se disparó un tiro en la cabeza. Ahora está agonizante en el hospital. No hay ninguna esperanza de que pueda salvarse. Se ha atravesado el cerebro. Fue en la Universidad Agraria, a las cinco y treinta de la tarde del jueves. Todo lo había premeditado. Ha dejado una carta a Aliocha que escribió el día anterior. Es horrible pensar en este fin de mi amigo de toda la vida.

Días antes vino al estudio y me dejó aquel sobre para Celia. Hay otro que funge de testamento. ¿Cómo podía adivinar si siempre me dejaba esos sobres? Ya me había acostumbrado a que los cambiara de cuando en cuando; pero esta vez fue de cierto. Siento una inmensa pena, y la siento más por Aliocha que se hacía tantas ilusiones de trabajar con él. Ahora es el final y el chico está sumamente deprimido. José María le decía que era su padre espiritual.

Martes, 3 de diciembre: Murió José María. Ha dejado varias cartas, inclusive una para Aliocha. Un golpe más que recibo en la vida. Aliocha está muy deprimido. Deja una carta al Rector de la Agraria para que contraten a mi hijo en su puesto. Se ha hecho pública. Todos los diarios de Lima hablan de la desaparición de mi amigo de tantos años.

Jueves, 5 de diciembre: El sepelio fue ayer. Numeroso acompañamiento. Los estudiantes lo llevaron desde el hospital Dos de Mayo hasta el cementerio cantando "La Internacional". En el cementerio, casi sin discursos, por encargo de José María, hubo en cambio música indígena, quena, arpas. Hecho singular."

Luego de la muerte de mi amigo, me presenté al juez y le entregué el testamento para que se procediese a su protocolización de acuerdo a las disposiciones legales. Para las formalidades procesales, se obtuvo el testimonio de las siguientes personas: Dr. Eduardo Glave, Dr. Augusto Urteaga Ballón y Dr. Juan Mejía Baca.

Después seguí viendo a Celia, venía al estudio y conversábamos amicalmente. Aún mantenía su casita en Supe, a donde iba, incluso después de la muerte de Alicia. Ello, creo, fue también la causa de su trágico fin.

II. Correspondencia entre José María Arguedas y José Ortiz Reyes

[¿agosto de 1938?]³

Querido Pepe:

El miércoles pasado se quedó el paquete que teníamos listo. Anoche cupo la fatal coincidencia de que ni yo ni la Srta. Amelia⁴ estuvimos en la casa. Ojalá venga por la mañana el muchacho.— Voy a leer inmediatamente los originales que me has enviado y el miércoles te hablaré de eso.— Cumpliré todos los encargos. Pero a [Sal?] no lo veo yo, él ha ofrecido contestar pronto. [ATP?] es un cuerpo casi teórico. Pero yo conseguiré para Guitián⁵.— El 5#* de J.C. irá el miércoles mientras tanto van tus buenos libros. Te recomiendo el de Cheng Cheng⁶, ese te gustará mucho; parece un hermano tuyo.

Yo estoy en una encrucijada; mi situación nunca ha sido tan grave como hoy; me encuentro en ese instante definitivo en que a veces pone la vida al hombre; porque ni siquiera el consejo del P.⁷ me cuadra, mi cuerpo no le tiene bien. Lo resolveré, probablemente esta semana.— Yo estuve bien, pero he recaído, me han hecho una operación falsa que probablemente comprometerá mi salud para toda la vida. "Canto Kechwa" se editará aquí,

3 Carta hológrafa de José María Arguedas a José Ortiz Reyes, quien aún se encuentra en el Sexto. Sin fecha, presumiblemente escrita entre los meses de julio y setiembre de 1938.

4 La señorita Amelia, una mujer de cuarenta años, vivía en la casa donde Arguedas alquilaba un cuarto, era hija de la propietaria.

5 Se refiere a Antonio Vicente Guitián Jarnés, un español apresado en Cerro de Pasco por ser antifranquista. Se jactaba de no ser comunista sino republicano. Ortiz y Arguedas lo conocieron en la Intendencia, no estuvo con ellos en el Sexto. Ya libre y estando en Piura, Ortiz recibió una afectuosa carta suya.

6 Novela de un autor chino que estaba entonces en boga.

7 Es posible que se refiera al Partido Comunista.

la semana entrante comenzarán el trabajo, Barrantes Castro⁸ lo edita. Manuel⁹ publicará también un gran folleto de poemas.— Nuestro plan es oponer la producción nuestra a la de los del otro bando. ¿Cuál es la literatura verdaderamente representativa del Perú? ¿Cuál es la que vale? Demostraremos que la nuestra; frente a esa producción endeble, mediocrísima y artificiosa de ellos; mostraremos la nuestra; plena de vida, llena de juventud y de un valor artístico y humano indiscutible. Ese es nuestro plan. Manuel tiene poemas íntimos maravillosos, te envío dos; pondremos su libro frente a los de Torres Vidaurre, Champion, Xammar, Hernández— “Canto Kechwa” frente a A.M.Q.S., a A. Arnao, S. Nuñez, Ferrero. El ensayo saldrá íntegro, dile a Julio¹⁰ que es también algo autor de ese trabajo.

8 Pedro Barrantes Castro, maestro, escritor y editor. Fue fundador de la escuela para penados establecida en la Penitenciaría Central (1925-26) y en “El Frontón” (1927-30). Se consagró a tareas editoriales entre 1932-47. En 1941 editó la novela *Simache*, de Ortiz Reyes. Fue miembro fundador de la A.N.E.A (Asociación Nacional de Escritores y Artistas) (1938) y su primer secretario general. (Muchos de los datos biográficos sobre personajes peruanos que aparecen en esta correspondencia están basados en la información que proporciona el *Diccionario Enciclopédico del Perú*, de Alberto Tauro del Pino. Editorial Mejía Baca, Lima 1966).

9 Manuel Moreno Jimeno. Poeta y educador. Amigo íntimo de Arguedas desde que ingresaron a San Marcos, a la facultad de Letras, en 1931. Licenciado en Educación. Estuvo preso en 1935, y luego, con Arguedas, en 1937. Vivió muchos años en Venezuela dedicado a la enseñanza. Regresó al Perú en 1970 y participó en la Reforma de la Educación como asesor de la Dirección Básica Regular (1970-71). Posteriormente fue incorporado a la plana docente de la Universidad Agraria La Molina, en 1972. Autor de *Así bajaron los perros* (1934), *Los malditos* (1937), *La noche ciega* (1947) y *Hermoso fuego* (1954). Recientemente fue publicada su correspondencia con Arguedas en la edición de Roland Forgues: *José María Arguedas, La Letra Inmortal. Correspondencia con Manuel Moreno Jimeno*. Ediciones de los ríos profundos. Lima 1993.

10 Se refiere a Julio Portocarrero. Líder sindical, obrero textil, militante del Partido Comunista. Fue secretario de la C.G.T.P.. En el Sexto trabó amistad con Arguedas, a pesar de ser mayor que éste. Ortiz y Arguedas lo consideraron desde el principio como un maestro. Organizó una especie de escuela para enseñar a los presos analfabetos. Portocarrero también participó, con ellos, en los estudios de francés que realizaron, con éxito, durante los meses de prisión. Para Arguedas esta amistad fue muy importante; cuatro años más tarde le confía a Manuel Moreno Jimeno su necesidad de ver a Julio y a los amigos del Sexto: “Estoy verdaderamente dominado de la necesidad de estar con ustedes; tanto o más, que el año pasado, cuando me volvía loco por vernos en la calle, libres, con Julio, Arbulú, Moreno Torroba y nuestros compañeros”. (Carta mecanografiada N° 24. Sin fecha; aproximadamente escrita, según el editor, en diciembre de 1940. En: Forgues, Roland. *José María Arguedas. La Letra Inmortal. Correspondencia con Manuel Moreno Jimeno*. Ediciones de los ríos profundos. Lima 1993, p. 102).

Bien mi querido Gaznápiro Negro¹¹, escribe. Ojalá hicieras algo que no fuera sobre esa tu casa, para buscarle salida aquí mismo. He ido a la Asociación de Escritores, es anodino y [flojo?]; pero pensaremos darle aliento. Se creo por iniciativa C.¹²

Dile a Carlos¹³ que cumpla inmediatamente sus encargos.— Los envíos se demoran porque se perdió la medida.— ¿[Aco?] Mayor? Esa es una degeneración del nombre que yo no permito. Un abrazo a todos.

Tu hermano:

J.M.

11 Apodo que Arguedas puso a José Ortiz Reyes.

12 Comunista.

13 Se refiere a Carlos Arbulú Miranda, periodista y líder comunista, natural de Chiclayo, con el que simpatizaron Arguedas y Ortiz. Arbulú fue fundador de la revista *Germinál*, de dicha ciudad y representante de la revista *Amauta*. Amigo y fiel colaborador de J.C. Mariátegui. (Entrevista a Carlos Arbulú M. realizada el 14/10/88 por el CEDHIP. Gentileza de Carmen Checa). Con Arbulú, Arguedas siguió en contacto luego de esta experiencia en el Sexto pues lo ayudó a distribuir la revista *Democracia y Trabajo*. Tal vínculo puede apreciarse en las cartas de Arguedas a Manuel Moreno Jimeno. En una de ellas expresa lo siguiente: "A Carlos le escribí casi inmediatamente a Chiclayo, y le envié ese artículo sobre el idioma que salió en 'La Prensa'. Le escribí por aéreo. Me sorprendió saber que estaba en Lima, vi su nombre entre los invitantes al almuerzo de Uriel. Dile que reclame esa carta. Le escribí con mucho cariño, y su carta me dio un alegrón formidable. Tú sabes que Carlos fue mi compañero de celda; me daba unas soberanas palizas en ajedrez, y una sola vez, lo abaté, en forma airosa y verdaderamente honorable. Cuando salía con él a las visitas, nos tocaba a los dos juntos, tenía que hacer un inmenso esfuerzo para dominarme, porque Sandro, corría hasta medio patio, dando alcance a su papá. Carlos es un hombre de hierro, y es tan delicado y tan inteligente". (Carta mecanografiada N° 6. Fecha: Sicuani 7 de enero [1940]. En: Forgues, Roland. Op. Cit., p. 68).

[¿setiembre de 1938?]¹⁴

No te escribí la semana pasada porque el sábado salí¹⁵ a Chosica, regresé el domingo y el miércoles pude, por fin, salir a la sierra, estuve tres días en Canta. No estoy bien, temo que me hayan operado mal; en ciertas horas del día siento dolores muy fuertes en el vientre, cada vez los dolores son más fuertes y últimamente he sentido cierto malestar general. Iré donde el médico en cuanto pueda.— Tu padeces de un grave defecto: te subestimas demasiado; tu autocrítica es exagerada e injusta. Cuando leí tu primer trabajo yo quedé verdaderamente sorprendido; no creí que tuvieras tan excelentes condiciones de escritor. Tienes verdaderas cualidades para la literatura; tienes lo principal: una gran sensibilidad y una honradez pura y clara. No Pepe, no te subestimes así, tu tienes algo que yo no había encontrado hasta tratarte íntimamente en el Sexto: una delicadeza de corazón y de espíritu purísima; una delicadeza extraordinaria y sorprendente porque va junto a un vigor plenamente masculino; este tu ser; ese corazón tuyo, tan sensible y tan fuerte, se encuentra tal cual es en tus trabajos; esas estampas de la cárcel; de ese sitio tan horrible, y tan lleno de lo mejor y de lo peor que hay entre los hombres; esas estampas que haces tienen un valor único; están pintadas hasta con cierta ternura, con una emoción que muy pocos tendrían allí dentro: diáfana, fuera de toda fea mancha que bien pudiera salir

14 Carta hológrafa de José María Arguedas a José Ortiz Reyes. Sin encabezamiento ni fecha. Tampoco registra firma pues la segunda hoja está cortada por la mitad. La letra y el estilo pertenecen a Arguedas. Por el contenido se infiere que habría sido escrita entre julio y setiembre de 1938.

15 Siguen siete palabras tachadas, ilegibles.

en el alma de cualquiera allí. Yo te ruego sinceramente que sigas escribiendo; tu sabes que te hablo honradamente; no te hablo como a preso, sino como a un hombre que tiene la obligación de escribir lo que siente, porque hará un bien a la humanidad; no importa el tamaño del bien que se hace; para los hombres honrrados como tú no importa el tamaño del bien que se hace. Yo sé que será bastante.

[¿Setiembre de 1938?]¹⁶

Querido Pepe:

Tu relato es verdaderamente magnífico, tiene la misma frescura y la misma pureza del primero que hiciste. No hay nada que quitar ni agregar, procuraré copiarlo. Mando 4 ampolletas de calcio, las he comprado yo para Chavalillo¹⁷. Es inútil que me hagan encargos para apf¹⁸. Supongo que Carlos recibió la carta.— Mando un papel del Negro¹⁹ para Julio.— Mi situación es muy grave. Ya te daré detalles después; por ahora sería prematuro.

La carta de Chavalillo no la puedo entregar todavía por eso mismo. Será poco después, cuando todo se aclare. ¡Sospechan de mí! Hay gentes que tienen un interés moral de que yo esté preso, en el correo y por cuestiones personales.

Un abrazo a todos los muchachos.

Tu hermano:

J.M.

16 Carta hológrafa de José María Arguedas a José Ortiz Reyes. Sin fecha. Presumiblemente escrita entre Julio y Setiembre de 1938.

17 Se refiere a Antonio Vicente Guitián. Así lo apodó Arguedas.

18 Cabría la posibilidad de que estas siglas no identificables, fueran las mismas que aparecen, con mayúsculas, en la carta N° 1.

19 Se refiere a Genaro Carnero Checa, periodista y político, muy amigo de Arguedas y de Ortiz. Durante sus estudios universitarios en la Escuela Nacional de Ingenieros, se dedicó a la actividad política. Por escribir en la revista *Hoz y Martillo* fue expulsado de dicho Centro de estudios. Fue novio de Alicia Bustamante. En 1937 fue apresado y estuvo en la Intendencia de Lima, al lado de Arguedas y de Ortiz Reyes. Luego fue desterrado y vivió principalmente en México, donde desarrolló labor periodística. Regresó al Perú en 1946, pero fue expulsado por segunda vez en 1953. En 1961, de nuevo en Lima, promovió la creación del Frente de Liberación Nacional.

[¿setiembre de 1938?] ²⁰

Querido Pepe:

Me alegró tu último papelito, todos los conservo. Espero que pronto conseguiré tus originales²¹. Los quiero enviar a Ecuador. ¿Tienes borrador de ese que mandaste al Flaco²²? Era magnífico, corto y como para revista. Algo así te pido. El lío es que ahora sudo para conseguir una máquina.— Cumplí con vuestro encargo. Muy justo y conveniente.

Mando dos libros. No conseguí “informaciones” en francés. En la próxi-

20 Carta hológrafa de José María Arguedas a José Ortiz Reyes. Sin fecha. Habría sido escrita en la misma época que las tres anteriores.

21 Se refiere a las narraciones de Ortiz Reyes que estaban repartidas entre los amigos.

22 Es el apodo que Arguedas puso a Alberto Tauro del Pino. Este último, gran amigo de Arguedas desde la época en que estudiaban en San Marcos, cuando editaron la revista *Palabra*. Se graduó de Bachiller en Letras y también en Derecho con tesis que versaron sobre la presencia y definición del indigenismo literario, y sobre la mocedad de Rufino Echenique. Fue director de la Biblioteca Nacional hasta en cuatro oportunidades. Gestor de *Prometeo*, al lado de José Alvarado Sánchez, Ernesto Gastelumendi Velarde y Augusto Tamayo Vargas. Fue apresado y recluido en la Intendencia junto a Arguedas, Ortiz Reyes, Moreno Jimeno y otros estudiantes de San Marcos. No pasó al Sexto porque lo liberaron antes. Autor de numerosas obras de las que cabe destacar: *El indigenismo a través de la poesía de Alejandro Peralta* (1935), *Elementos de la literatura peruana* (1946), *Poesía de la historia del Perú* (1948), además de importantes antologías literarias e históricas. Tauro fue uno de los primeros críticos en reconocer las cualidades literarias de Arguedas, en un artículo sobre *Agua* (1935). Como Arguedas tenía la costumbre de poner apodos según la apariencia de las personas o la musicalidad del nombre, le puso a Tauro “Alberto Flaco Tauro del Pino”. Cada vez que lo veía le repetía el apodo, como un estribillo, logrando que el resto del grupo lo asumiera.

ma de todos modos mandaré. Ahora va "Don Goyo" y "Hamlet" de ayer y de hoy.

Un abrazo a don Julio, a todos los muchachos.

Tu hermano

J.M.

Va "Informaciones [Oz?] Nos
[ilegible]

Lima, 19 de Noviembre de 1938²³

Mi querido Pepe:

Por más que he querido contestarte inmediatamente no he podido. Estuve bastante mal después que te fuiste. Los dolores me aumentaron feamente y tuve que ir donde un médico, felizmente me recomendaron a Luis de la Puente y ese médico recién me atendió como a gente. Porque antes estuve yendo casi todos los días al Hospital a buscar a Bernales, inútilmente; esos días me convencí más que nunca que el enfermo que no tiene dinero, o se muere, o se resigna a entrar en ese infierno que es el Hospital. Al fin, Bernales me tiró, con el más grande desprecio, una receta. "Con eso puede ser que sane", me dijo. Y no volví más. De la Puente dice que la operación me la han hecho muy mal²⁴. Lo que yo sospechaba. Dice que me han presionado de tal manera los músculos interiores al tiempo de operar, que se han pegado a las vísceras, y me dolerá un par de años, como mínimum. Tiempo durante el cual no puedo hacer ningún ejercicio violento. Es decir, estoy enteramente limitado en mi vida. Y eso para mí es realmente horrible. Quise bañarme en el mar y no pude, por los dolores.

Pude romper con Barrantes, y la edición la estamos haciendo con un

23 Carta mecanografiada de José María Arguedas a José Ortiz Reyes. En la mayoría de las cartas mecanografiadas la firma es hológrafa. Solo indicaremos cuando ello no ocurra. Fue escrita cuando José Ortiz Reyes acababa de viajar a Piura, donde su familia. Luego de haber estado preso en el Sexto, durante 11 meses.

24 Estando preso en el Sexto, Arguedas sufrió un ataque de apendicitis y tuvo que ser trasladado al hospital Dos de Mayo para una operación de urgencia. Permaneció un mes y unos días hospitalizado; luego fue dado de alta y puesto en libertad.

chinito del Callao de quien no sé si te hablé. Se llama Emilio Choy, y es una magnífica persona, tiene un regular capital. El va a pagar la mitad de la edición. El libro saldrá la semana entrante. Te enviaré inmediatamente unos diez ejemplares. Con el chinito vamos al partir de las utilidades, si las hubieran. Claro está, después que hayamos concluido de pagar el costo de la edición.

Sáenz²⁵ llegó, ya sabes. Sigue amable con nosotros. Pero el asunto es ya algo distinto.

Estuve trabajando 20 días en el Museo. Tello²⁶ es el explotador más grande que he conocido. Hasta me parece peor que el peor gamonal que haya conocido. Me pagó 25 soles.

En el Censo, nada permanente ni efectivo. He hecho, por encargo, dos sermones para los curas de la sierra, sobre el Censo, uno en kechwa y otro en castellano; y un cuento de ambiente indígena. Este cuento ha estado bueno porque he podido hacer ver al mismo tiempo algunos aspectos interesantes y convenientes. Se ha de editar por cuenta del Censo y en algunos miles de ejemplares²⁷.

El día de tu salida quedó fuertemente grabado en mi espíritu. Acaso es el momento más intenso de emoción fraternal que haya tenido. Y el panorama era el más propicio y tierno. No sé si te diste cuenta; por delante del barquito iba un patito negro, y siguió por delante, como halando el buque hasta que se perdió tras de los muelles. No era la pura tristeza de despedirnos, sentía al mismo tiempo como una hermosa alegría, tenía el corazón, como cuando hemos encontrado un hallazgo, un bien raro y querido. Es que no te ibas, te afincabas más a mí. En el pesimismo de esos días, nuestra amistad fue una fortuna.

25 Se refiere a Moisés Sáenz, embajador de México en el Perú y Ecuador. Intimo amigo de Alicia y Celia Bustamante, concurrente a la Peña Pancho Fierro y autor de algunos libros sobre el problema de la educación en las poblaciones indígenas mexicanas, ecuatorianas y peruanas, como: *Sobre el indio peruano y su incorporación al medio nacional* (1939), *México íntegro* (1939). Murió en Lima el 24 de abril de 1941.

26 Se refiere a Julio C. Tello, conocido arqueólogo peruano. Realizó estudios en Harvard con Franz Boas y Alex Hrdlicka. Se graduó de Master of Arts (1909) y Master of Anthropology (1911). También siguió estudios en Seminario de Antropología, en la Universidad de Berlín (1902). De regreso al Perú alternó su vocación por la investigación y la docencia con tareas organizativas y administrativas en los museos peruanos.

27 Este cuento, titulado *Runa Yupay*, fue publicado en 1939, por la Comisión Central del Censo.

Con Alejandra²⁸ me veo muy poco. No he conversado ninguna vez más de tres o cuatro minutos. Va muy poco a la Peña. Pero esos días que hablé con ella, me contó que tu estabas trabajando, y demostró estar contenta. Yo sigo conservando de ella el mismo concepto que ya sabes.

Deseo que me escribas y me avises qué has hecho y qué piensas hacer.

Leopoldo²⁹ me contestó de Arequipa, pero como olvidé enviar tu carta, a pesar de que en la mía le decía que iba la tuya, sólo me pregunta por ti y me dice que está contentísimo con nuestra situación. Su carta es muy expresiva, llena de fraternal cariño. Ha sido una buena ganancia de nuestras largas vacaciones.

Bueno querido Pepe. Yo tengo algunos buenos proyectos. Si se realizan, me casaré muy pronto.

Te abraza tu hermano:

José María

El señor José María Quimper y Fernández Concha, dice que ha tratado de ver a Arca varias veces, que se entrevistó con Castro Pozo³⁰, que tan pronto como pueda hablar con Arca te contesta sobre sus gestiones. El

28 Se trata de Alejandra Rescaniere, por entonces novia de José Ortiz Reyes; más tarde su esposa y la madre de su hijo.

29 Se refiere a Leopoldo Cuentas, joven puneño, militante aprista, conducido al Sexto desde Arequipa, al ser sorprendido en la tarea de repartir volantes. Simpatizó especialmente con Arguedas. En reciente entrevista, me mostró una carta muy afectuosa de Arguedas y la dedicatoria que le hizo el escritor de su libro *Canto Kechwa*.

30 Se refiere a José María Quimper, compañero de Ortiz en los estudios de Derecho; como firmaba "J.M. Quimper y F.C.", Arguedas lo molestaba y leía las dos últimas letras de su apellido como "Ferrocarril Central". Quimper era, a su vez, amigo de Alberto Arca Parró.

Este último, al igual que Hildebrando Castro Pozo, eran destacados militantes del Partido Socialista.

Arca Parró fue Diputado por Ayacucho como miembro de esa agrupación. En 1940 asumió la dirección de la Comisión Nacional del Censo, y luego la Dirección Nacional de Estadística, entre 1942-44.

Arguedas pensaba que tanto Arca Parró como Castro Pozo podrían conseguirle trabajo a Ortiz. Suponía que Castro Pozo, en tanto paisano y profesor de Ortiz, miraría con especial interés la ayuda que se le pedía. No se llegó a conseguir ningún puesto para Ortiz.

Más tarde, Arca Parró integró la primera delegación acreditada ante la Organización de Naciones Unidas y fue delegado del Perú en el Consejo Económico y Social de dicho organismo; luego, en la Comisión Demográfica del mismo. En calidad de tal, tuvo algo que ver con la designación de las personas que fueron a trabajar a las Naciones Unidas, entre los que estuvieron E.A. Wesphalen, Ricardo Tenaud, Ricardo Luna Vegas y José María Quimper.

mismo me ha dictado estas líneas.

Anoche³¹, escrita ya ésta, recibí tu carta a Celia en un sobre para mí. Y hoy te pongo estas líneas para contarte algo monstruoso y horrible:

Sáenz nos invitó hoy a pasear a Pachacámac y Pucusana. Celia se sentó junto a él, delante, yo fui atrás con Ali y Wespha. Durante la ida, durante el tiempo que estuvimos en la playa, Celia no hizo sino coquetear con Sáenz. En el almuerzo se pasaron bocaditos, se quitaron cubiertos y tazas, jugando; en el carro fueron cantando, juntos, como en la Merced³². Y en la playa cuando la tomé del brazo, me rechazó. Estoy desconcertado pero no he perdido mi calma. Al fin del paseo la he traído a mi cuarto, a nuestro cuarto, y le he dicho cuanto debía decirle. Pero siento como una ruptura violenta y definitiva de mi vida interior. La organizaré de nuevo, hermano, esto ya es el VI. Es posible que me vaya donde mi hermano a concluir mis proyectos literarios. Una posibilidad de matrimonio ha quedado definitivamente aplazada. Ni que decirle por supuesto de esto a Celia. Es cosa que tengo que resolverlo yo.

Celia te escribe avisándote lo de Alejandra.

31 A partir de aquí, la carta es hológrafa, ello hace pensar que se trata de un añadido de última hora. Este episodio es revelador de una situación de celos juveniles. Denota la inseguridad propia de un joven enamorado ante la amistad de su novia con otra persona, a pesar de tratarse de un sincero y respetuoso amigo, no solo de Celia sino también de Alicia Bustamante.

32 Algunos años atrás, Arguedas, Sáenz, Tauro, Alicia y Celia Bustamante habían hecho un viaje a la Merced, en el auto de Sáenz. (Entrevista a A. Tauro del Pino, del 6 de agosto de 1988).

[¿19 de noviembre de 1938?]³³

Querido Pepe:

Recién tengo un tiempito para escribirte, por Aleja tengo siempre buenas noticias tuyas, sé que trabajas y escribes pero es necesario encarar el problema de tu venida a Lima.

Nosotros te extrañamos muchísimo, ya nos habíamos acostumbrado a tu noble camaradería.

Yo sigo más delgada, no me siento bien, sobre todo en estos últimos días, siempre ese resfrío y el cansancio de todo. Y en el colegio tenemos ahora más trabajo que en todo el año. La Peña, como siempre, simpática en sus momentos de soledad (este es uno de ellos) y a veces con su gente desesperadamente aburrida. Desde ayer hemos cambiado a Chiro³⁴ porque ya nos estaba volviendo locas.

Te mandé un recado con Aleja respecto a nuestra hermana...³⁵

El gatito fue gatita. Por eso no ha insistido J.M., pero si le dan uno bonito ya ha prometido consentirlo... cuando nos casemos, y como eso está verde.

Ha llegado carta del N.³⁶ hoy y dice precisamente que ya recibió el

33 Carta hológrafa de Celia Bustamante a José Ortiz Reyes. Al parecer fue enviada en el mismo sobre que la anterior carta de Arguedas. No registra fecha, pero es probable que haya sido escrita en la misma época.

34 Chiro era el apodo de un muchacho que trabajaba en la Peña.

35 Aquí sigue un párrafo en el que Celia trata asuntos familiares. Se omite porque además de ser algo íntimo no aporta información sobre Arguedas..

36 "Negro", apodo de Genaro Carnero Checa.

material enviado por J.M. entre lo que iba tu cuento y en general ha encontrado muy bien todo, no especifica, lo hará en alguna próxima, ya te contaremos. ¿Por qué no le escribes?

Todos te mandan saludos, también Chiro, a quien le dio mucho gusto que lo recordaras e inmediatamente retornó, pidiéndome que no me olvidase de escribirte.

Disculpa³⁷ que termine ésta con lápiz, pero se me terminó la tinta y si no escribo ahora, quién sabe cuánto tiempo pasaría.

De Nino y cía. hace tiempo que no sé nada, pues Aleja se ha mudado lejos, y ya no puedo verla tan fácilmente.

Siempre que pueda te escribiré, hazlo tú también, no esperes contestación. J.M. está muy ocupado, pero todavía no consigue trabajo, sólo eso de Tello que le sacará el jugo para pagarle una miseria. Ya arregló para editar su libro en la imp. de Bustamante³⁸, pero siempre saldrá como si fuera del Club. Sólo así consintió el [ilegible] de Barrantes.

Me parece que Aleja está también seriamente interesada y te extraña mucho, se está adelgazando.

Ali y J.M. te mandan un abrazo y yo otro muy fuerte, muy cariñoso.

Rat.

37 A partir de este párrafo la carta está escrita a lápiz.

38 Se refiere a la Imprenta de Enrique Bustamante y Ballivián, en la que, finalmente, se editó *Canto Kechwa*.

Lima, 26 de noviembre de 1938³⁹

Sr.
José Ortiz Reyes
Piura.

Querido Pepe:

Hiciste muy bien en escribirme inmediatamente. Esos días estaba en un estado de ánimo un poco difícil y realmente tu carta me sirvió de mucho. Es claro que yo he exagerado muchísimo cuanto te dije. Todos estos días ha habido una terrible frialdad de parte mía para la Rata; veo que sufre muchísimo, y no ha dejado de conmoverme. Me he portado con ella duramente; ya puedes imaginar y esto le ha causado un gran desconcierto. Lo que ocurre es que la Rata procede a veces como una criatura; y creo que esta lección ha de hacerle reflexionar lo suficiente y ya nunca más ocurrirán cosas semejantes.

Estuve con Alejandra, conversé algo con ella, dice que ha estado con muchos enfermos en su casa, que también estuvo de mudanza, y que por eso no te escribió esos días; que su papá le ha dicho que desea llevarla a Méjico, a la Escuela de Bellas Artes. Ella dice que lo ideal sería irse contigo. Yo creo que Alejandra es muy sincera; y que si se presenta el caso de enamorarse de otro hombre y de dejarte de querer ha de avisarte. No puede tener ningún interés en engañarte; si sigue contigo ha de ser porque se siente inclinada por ti y porque cree en tu porvenir, no por ningún interés concreto y próximo, que tampoco existe.

39 Carta mecanografiada de José María Arguedas a José Ortiz Reyes.

Los relatos son admirables. Me gusta más el de los Espectros⁴⁰; en ese has logrado dar toda la realidad del VI. Hay una maravillosa fluidez y emoción; todo eso porque tú eres honrado y verdadero. Tú escribes porque necesitas escribir; llevas en el espíritu la tremenda vibración de esos días y de esas imágenes. Tú eres un escritor, un hermano mío. El relato de los Espectros no son apuntes, eso está acabado. Sólo necesitas hacer conocer mejor el ambiente, y eso se hará con los relatos anteriores. Ya tienes tres relatos, el que tiene el Flaco y los dos que guardo yo; es casi un libro. Te recomiendo volver a escribir aquel de la despedida de los que se fueron a la Isla. El de *Sosa*⁴¹ está bien; podría ser sólo más detallado, dar algunos datos más familiares de Sosa, me refiero a su diaria vida de el VI; el comienzo y el fin del relato está muy bien, sobrio y medido, no se nota el esfuerzo de asustar ni de escribir nada truculento. Después hay algunos detalles pequeñísimos que yo he corregido ya, según quedamos. Escribo inmediatamente a Icaza⁴² pidiendo datos sobre facilidades de edición para tu libro, al negro no le escribo porque no contestaría jamás. Deseo ardientemente que el año entrante salga tu libro, yo haría una especie de presentación del libro y del autor, describiendo además el ambiente y un poco de la emoción que siento al leerlos.

He conversado algo con varios de los delegados mexicanos, especialmente con Chávez Oroscó, Sub-secretario de Educación Pública. Todos son tipos extraordinarios. Es verdaderamente maravilloso constatar, cómo un pueblo ha logrado elevar su psicología, su sentido de la vida. En ninguno de estos hombres encuentras esas reservas y desconfianzas del común de las gentes; se dan desde el primer minuto, tal como son, y con una tal llaneza y camaradería, que uno se siente realmente optimista y alentado. Parece que hubieran liquidado esos mezquinos individualismos y pequeñísimos intereses egoístas que aún entre los más amigos; aquí, de repente ves aparecer con horror. Ven la causa grande y general, y esa visión los mantiene elevados y limpios.

40 El cuento *Espectros* de José Ortiz Reyes está incluido en esta publicación, en la parte final de la primera parte.

41 El cuento *Sosa* también está incluido. Fue publicado en la revista mexicana *Romance*, en Setiembre de 1940.

42 Jorge Icaza, novelista ecuatoriano nacido en 1906, representante del indigenismo hispanoamericano. Autor de *Huasipungo* (1934), *En las calles* (1935), *Cholos* (1938), *Seis veces la muerte* (1959).

¡Y tenemos una formidable perspectiva! Tenemos, tu y yo, y unos dos estudiantes más. Ya puedes calcular de qué se trata. Es algo absolutamente positivo. Así me la ha ofrecido Chávez Orosco. Y ya sabes que en este caso conservas el primer lugar.

Los pericos son lindísimos. Están donde la Srta. Amelia; allí les hago cariño. Los quiero mucho. Son una verdadera maravilla; mansitos y muy buenos. El dulce, una delicia. Ya tu comprendes cuanto bien me han hecho tus recuerdos, estos presentes.

Ya salió el libro⁴³. En el próximo correo te enviaré unos diez ejemplares para la venta. Cuesta 1.50 cada ejemplar. El producto de la venta lo envías en un giro a la "Compañía de Impresiones y Publicidad", Azángaro 1005. Estoy encajonado; no puedo disponer de un solo ejemplar mientras no haya cancelado el total del costo de la edición, 200 soles más. De ahí que la misma venta ha de salvar el libro.

No hay más noticias. Mi situación con relación a mi libro es la más desgraciada que jamás haya tenido que soportar ningún autor.

Bueno hermano. Te he dado una gran noticia. Y ahora el abrazo de tu amigo:

José María

43 Se refiere a *Canto Kechwa*.

Lima. 6 de enero de 1938⁴⁴

Querido Pepe:

Te escribo con algún atraso. He estado metido en un verdadero farrago de compromisos y de dificultades de toda especie; apenas las voy liquidando. Sin embargo he trabajado algo. Los pocos días que estuviste aquí pudiste comprobar cómo es que a pesar de no tener trabajo a horario fijo, a uno le falta tiempo, a veces sin que uno mismo se explique bien.

Arca me dio, como ya te dije, un trabajo muy a propósito. Redacté un cuento de propaganda para el Censo. El cuento resultó siendo una verdadera expresión de la vida de los pueblos pequeños de la sierra; pero al mismo tiempo cumplía con creces su objetivo. Arca quedó entusiasmadísimo con el trabajo. Pero el lacaísmo de Romero lo echó a perder todo⁴⁵. El

44 Carta mecanografiada de José María Arguedas a José Ortiz Reyes.

45 Se refiere a Emilio Romero, quien trabajaba por entonces en la Comisión del Censo. Romero fue un destacado ensayista y geógrafo citado por Arguedas en varios de sus trabajos antropológicos. Graduado en Derecho y Ciencias Políticas, se dedicó durante muchos años a la docencia. Desde 1928 regentó las cátedras de Geografía económica del Perú, Historia económica general, y del Perú, en la Facultad de Ciencias Económicas de San Marcos. Diputado por el departamento de Puno al Congreso Constituyente entre 1931-36. Director General de Hacienda entre 1936-42, y luego senador por Puno. Posteriormente viajó como embajador del Perú a Ecuador, Uruguay, México y Bolivia. Fue Ministro de Educación en 1959. Dentro de su vasta obra cabe destacar: *Monografía del departamento de Puno* (1928), *Tres ciudades del Perú* (1929), *Geografía económica del Perú* (1930, con más de 6 ediciones); *El descentralismo* (1932) y *Regionalismo y Centralismo* (1969), en torno a un ensayo de J.C. Mariátegui.

Nota aclaratoria de José Ortiz Reyes: "Expresiones de José María como las que aparecen en esta carta son improntas de su temperamento. Aparecen con frecuencia en su

cuento, en sí, no tiene concretamente una tacha de carácter político, todo él es la descripción absolutamente inofensivo e insospechable. Pero por el hecho de haber estado yo preso; y a pesar de haberle explicado en una carta a Romero las causas y los enredos por los que estuve detenido, Romero no quiere admitir el cuento; y ha dicho que Arca me encomendó ese trabajo dictatorialmente sin haberle consultado. Hace ya más de mes y medio que entregué el cuento y todavía no me han pagado nada. Romero llegó al extremo de decirme que las veinte libras que Arca me ofreció en pago del trabajo era excesivo...

Por lo demás voy logrando algunas ventajas. ¡Es muy posible que me haga cargo de un ciclo de charlas en la Radio Nacional! Las charlas tendrían este título: "Cantos y Fiestas del Perú Andino". Haremos viajar a los radio-escuchas por los diferentes paisajes del Ande y les haremos escuchar la voz más pura del pueblo que vive en esos paisajes; y esa voz será también la expresión más profunda de la misma tierra, del Perú del Ande. Ese es el proyecto, Garland⁴⁶ está bastante animado.

Yo pense que ibas a darte cuenta de la gran noticia de que te hablé en mi anterior carta: se trata de una posible Delegación de estudiantes a México! La Delegación sería escogida por la Embajada, y tu inclusión allí sería tan rigurosa como la mía. Esta es una posibilidad de la que no debes hablar a nadie⁴⁷.

¿Y tú? Me dieron la mala noticia de que tenías un hermano muy enfermo y que ibas a ir a Talara acompañándolo. No hemos sabido nada concreto sobre esto.

¡Y ahora una gran noticia! ¡Como una bomba! HA SALIDO ARBULU⁴⁸. Hace dos días que está fuera. Está muy bien, gordo y en un ánimo estupendo. HAY MUCHAS POSIBILIDADES DE QUE SALGA JULIO⁴⁹.

Todo nuestro ideal soñado. Abrazar a esa gente en la calle. El Gobierno, en contra de la mayor parte de los pronósticos, está obrando con mu-

correspondencia. Muestran un estado emocional momentáneo en completa contradicción con la nobleza de su carácter y de sus sentimientos".

46 Se refiere a Antonio Garland Sánchez, por entonces director de Radio Nacional. En el segundo capítulo se incluye un discurso que pronunció Arguedas en Radio Nacional durante la clausura de un concurso de música andina.

47 José Ortiz Reyes, a diferencia de Arguedas, no llegó a viajar a México.

48 Carlos Arbulú Miranda.

49 Julio Portocarrero.

cho acierto⁵⁰. La libertad de todos estos presos lo favorece e indudablemente lo reafirma. Han salido muchos. Torroba y el Tuerto Sánchez⁵¹. Arbulú salió con cinco y dice que ha dejado el grupo de los desayunos en cuatro⁵². Dice que Guitián recibió tu carta, y lloró de emoción.

A Alejandra la veo muy de vez en cuando. No sé cómo seguirá tu correspondencia con ella. Pero yo he modificado en mucho mi impresión sobre ella. Me parece que es un poco divertida y mucho menos seria de lo que nos parecía. Claro que esta impresión tiene todas las reservas de quien juzga por detalles poco fundamentales. Pero haces muy bien en estar de guardia y de no tomar ese asunto con demasiada seguridad.

La Ratita está muy delgada. No llega ni a 40 kilos. Le ha dicho el médico que tiene principio de anemia. Ahora recién se está cuidando bastante.

Bueno, hermano, supongo que habrás recibido los diez números del libro. Procura venderlos y enviar lo más pronto posible el dinero a la Imprenta. El libro está embotellado. No tengo ni para el canje. Leopoldo⁵³ vendió todos los números que le mandé y no ha mandado ni un centavo hasta ahora. Esto es un lío, porque yo ponderé hasta los cielos su cumplimiento ante la dueña de la imprenta.

Ojalá hayas concluido el otro relato. A Enmanuel le ha encantado el de los Espectros. Te abraza tu hermano:

José María

Un abrazo de la Rata y Ali.

50 Se trata del gobierno del General Óscar R. Benavides.

51 Torroba era un joven líder comunista a quien Arguedas apodó "Moreno Torroba" porque le recordaba a un músico español llamado Torroba. Le pareció, además, que sonaba mejor precedido de la palabra moreno; así compuso el apodo "Moreno Torroba". Arguedas, según Ortiz, era muy afecto a poner apodos. El Tuerto Sánchez era el apodo de otro joven preso.

52 El "grupo de los desayunos" lo integraban algunos amigos que todas las mañanas se reunían en la celda de Ortiz, o en la de Arguedas, para tomar juntos el desayuno. Una vez repartido el café que el encargado traía en un balde, cada uno entregaba lo que pudiera aumentar tan frugal comida: leche o pan, que los familiares llevaban en los días de visita.

53 Leopoldo Cuentas.

[¿27 de enero de 1939?]⁵⁴

Querido Pepe:

Me quedé [¿verdaderamente?] anonadado con tu carta, porque comprendí que había cometido una torpeza al usar un término susceptible de ser mal interpretado, en mi carta anterior. Y no quise escribirte antes de hablar con Aleja. Ella me ha mostrado la carta que le escribiste, y me sentí terriblemente responsable, como quien ha cometido una injusticia. Debí comprender que podía herirte y herir a ella más aún. Yo no sabía qué decirle, ni cómo explicarle, ni cómo portarme. Le hablas a ella en una forma excesiva. Por todo lo que sé de ti, yo pude saber estas consecuencias. Pero recuerdo haberte advertido que no eran sino observaciones, nada concreto.

Ella dejó de venir a la Peña muchos días, creo que 10 o 15, una tarde llegó muy apurada con una vitrola, estaba de blanco; y salió al poco rato. Después dejó también de venir muchos días; y en general nos visitaba así, cada muchos días. Yo tenía la idea de que yéndote tú, estrecharíamos nuestra amistad, que nos veríamos con frecuencia, que conversaríamos; pero como no fue así; y ella está en La Punta, yo fui torpe al decirte que me parecía "divertida"; no, no es eso, no es lo que tú piensas; ni aún lo que yo pensé. Le gusta bañarse, estar en la playa. Y eso es absolutamente justo, absolutamente humano y conveniente. ¿Qué va a hacer? ¿Si su familia va a La Punta! ¿por qué ha de estar viajando 3 horas o dos por semana sólo a

54 Carta hológrafa de José María Arguedas a José Ortiz Reyes. Sin fecha. El sobre presenta un sello del 27 de enero de 1939. Por el contenido, parece ser posterior a la carta N° 8 pues Arguedas está justificando unos comentarios que hizo a Ortiz en ésta.

charlar con nosotros? Y si llevaba una vitrola, ¿por qué se ha de pensar que es sólo para bailar y divertirse con otros hombres? Eso es pensar en vulgar; con ferocidad y estupidez. Sólo un exceso de [¿suceptibilidad?] y de celo pudo aconsejarme mal; y claro que es lógico que tú hayas elevado al colmo tu sospecha.

Desde que recibió tu carta, dice que ya te ha escrito dos y que te pasó telegrama. A la Peña ha ido antier y ayer. Yo recién te escribo hoy; anoche lo pensé hacer pero llegué muy cansado y no disponía de los 17 para el franqueo. He hablado mucho con ella, estuvo horriblemente preocupada. Está loca por que te vengas; ella te ayudará, dice, y hemos acordado buscarte trabajo desde ahora.

Yo estoy fregado hasta los tuétanos, debo ya dos meses de casa, y no veo la forma de encontrar dinero para pagar, ni aún puedo trasladarme; no tengo dónde. Y hace siete días rompieron el candado y robaron mi máquina de escribir! Nuevecita; me robaron la colcha y ropa. ¡Me fregaron! He llegado a sentir un odio terrible a los rateros.— Por otro lado, la Ratita está muy mal; ahora está en Barranca; bajó 5 k. de peso, está delgadísima. Yo estoy asustado, tengo miedo porque tose mucho.

Felizmente he hecho gestiones para que me nombren profesor en el Colegio de Sicuani, recién creado. Y creo que me nombrarán.

El comentario magnífico. Aquí se ha hecho un silencio absoluto al libro⁵⁵. Miedo y porquería. Por falta de dinero no puedo enviar al exterior.

La Sra. de la casa pregunta siempre por tí, y también la Srta. Amelia.

Carlos se fue a Chiclayo⁵⁶.

Te abraza tu hermano:

José María

55 Alude a *Canto Kechwa*.

56 Se refiere a Carlos Arbulú Miranda.

Lima, 17 de Feb. 1939⁵⁷

Me nombraron
profesor de
Sicuani⁵⁸

Querido Pepe:

Acabo de recibir la carta, y me ha dado una inmensa alegría. Muy negros han sido los días pasados, y aun este día es muy negro. Muchas cosas han contribuido a entristecer mi espíritu; materiales y de otro orden. Es dura la miseria cuando no se tiene compensaciones. No es la mía esa vida que durante mucho tiempo llevaste aquí, porque al menos tengo casa y comida; pero después de varios años en que caminaba con algún dinero para gastarlo; hoy ando desganado y hasta humillado porque no tengo, muchas veces, ni un real en el bolsillo. Hace dos días empeñé un lapicero de Celia, sin que ella lo sepa, y mañana debo sacarlo; y todavía no estoy seguro si tendré. Y después de todo eso, hay otras cosas mil veces más amargas, mil veces más tristes. Acaso es mejor tener un acceso de violencia, y arrepentirse después porque es necesario y justo; es peor cuando⁵⁹ en el alma le van mojando una vieja herida, cada vez que hay ocasión y lugar. Y siempre con tal medida y con inteligencia para uno nunca poder acabar.

57 Carta hológrafa de José María Arguedas a José Ortiz Reyes. Sobre el número ocho hay una tachadura y encima está escrito el número nueve.

58 Estas líneas están escritas, tal como aparecen, en el margen superior izquierdo.

59 Palabra tachada.

Me alegra mucho saber que llegas en Marzo; con toda seguridad yo estaré todavía aquí; aquí está tu colchón y aquí está aquel hermano tuyo que te despidió, y que mientras te hacía señas desde la orilla, te agradecía por haberle dado y hecho sentir tanta ternura. Para entonces es posible que te haya asegurado unas 3 hrs. mensuales; y mientras esté yo, viviremos en este mismo cuarto, como esos días. Ahora han pasado mucho las sospechas y las pesquisas, y nuestra amistad ya no será un peligro.

El libro se ha vendido bien. Cuando vengas leerás una carta que me escribió el "Suchi" Cuentas, de Puno⁶⁰. Me llegó uno de esos días feos, como hoy; y esa carta me curó bien por varios días. Es una carta llena de ese idealismo nuestro, de la misma pureza que las tuyas, de esa misma humana poesía; pero como tiene⁶¹ ternura de serrano, amistad de serrano, más mía, más de mi sangre y de mi tierra; me conmovió y tuve que ir donde Arroyo⁶² para que él también la leyera. El "Suchi" es un gran muchacho. Ya en el VI lo sabíamos. Pero lo que ha hecho por mi libro, 60 ejs. vendidos ¡y de qué formal, y qué carta. Ha pedido 40 ejs. más. Es el mismo, pero mejor. Con Manuel, tú y él ya mi vida íntima tiene para calmarse⁶³.

Estoy trabajando para mi tesis. He descubierto cosas insospechadas, quizá si un nuevo derrotero para mi ocupación, más tarde. Cuando estés aquí hablaremos. Debes venir de todos modos. Alejandra tiene un inmenso deseo de ayudarte; y puede hacerlo. ¡si tu supieras la alegría que tengo de que estés bien con ella!

Te abrazo:

José María

60 Suchi, es el apodo que Arguedas le puso a Leopoldo Cuentas porque su cara le hacía acordar a unos peces llamados así, que habitan los lagos del altiplano.

61 Palabra tachada.

62 Se refiere a Moisés Arroyo Posada, abogado graduado en San Marcos. Amigo de Arguedas. Escribió algunos comentarios sobre *Agua y Canto Kechwa*, recogidos en: *José María Arguedas. Etapas de su vida*. El padre de Arroyo trabajó con Arguedas en la Oficina de Correos de Lima.

63 Se refiere a Manuel Moreno Jimeno.

Piura, Marzo 3, 1939⁶⁴

Querido José María:

Tu carta me ha emocionado profundamente. Si debo alegrarme por haber conseguido tu trabajo en Sicuani, me entristece el saber que no estaremos juntos en Lima. Qué gran falta me vas a hacer. Eres irremplazable, José María. ¿A quién consultaré mis cosas en Lima? ¿Qué amigo de íntima sensibilidad i de tu honradez i pureza podrá aconsejarme sobre tantas cosas de que yo tengo necesidad de consejos? Me va a ser mui duro vivir esta vez allá⁶⁵. Tu conoces las peripecias que pasé. Temo ahora por mi salud. Ahora tengo que comer todos los días porque sino los pulmones me traicionan. Ya no puedo probar aventuras como en años anteriores. Estoy ligado más que antes a la vida diaria, a esa vida doméstica i menuda. I esto es en la parte material de mi vida. ¿Cómo reemplazarte en mi vida emocional e intelectual? ¿Ahora que me iniciaba en un terreno que desconozco todavía? Por eso tu carta me ha entristecido. Es casi un egoísmo de sentirme lejos de ti, que eres grande como amigo i como hermano.

Otra cosa que me ha hecho sentir pena es la serie de tropiezos que estás encontrando en Lima. Noto en tu carta cierta decepción. Me parece como si estuvieras resentido de alguien. ¿Nuevamente tienes pesares en tus amores, José María? Tus dificultades económicas entonces no tienen com-

64 Carta mecanografiada de José Ortiz Reyes a José María Arguedas

65 Aquí se aprecia la costumbre en Ortiz, de reemplazar la "i" griega por la "i" latina, producto del curso de castellano de José Gabriel Cossío, seguido durante su formación escolar. Este maestro y periodista escribió varios textos para la enseñanza del Castellano y la Historia literaria, repetidamente editados.

pensación, como tú dices. Yo sé lo que es no tener ni un centavo i lo amargo de esto por pequeño i miserable. Parece como si se envileciera uno. Cuántas veces yo quería tener la posibilidad de ser generoso i no podía por mi miseria i mi hambruna. I no sólo esto, sino que tenía que dar traspiés por todas partes, aparecer como mendicante, sentir como que todos estaban por encima de mí, hasta el más mediocre empleadillo que tenía como gastar sus cinco centavos en donde i como se le antojara.

Yo sé lo que es sentir ese temor diario i hasta esa vergüenza diaria. Tu vida no es esa quizá, José María, pero sé que sientes la dureza de no tener veinte centavos en tus bolsillos. En cambio esa es la vida que me espera a mí en Lima. Yo la siento venir i entonces tú no estarás i no quedará allá gente que pueda comprender nada de estas cosas.

Quiero viajar en la segunda quincena de este mes. Estoy haciendo toda clase de gestiones para conseguirme el dinero para mi viaje. Es difícil, amigo mío, pero tengo casi la seguridad de que conseguiré. Entonces tal vez tenga la suerte de encontrarte en Lima aún. Quiero estar unos días contigo. Quiero tener ese gran placer. Nos pondremos de acuerdo sobre muchas cosas. Pero hoy he recibido una carta de Alejandra i me dice que hai la posibilidad de que viaje a Chile. Entonces corro la eventualidad de no encontrarla. Esto me ha apenado profundamente. No estarán ni ella ni tú. Yo andaré sólo en Lima como he andado otras veces. Cuando pienso en esto siento como si la vida en Piura me fuera menos amarga i más llevadera. Me dice que me escribirá sobre los resultados de este posible viaje. Veré, yo no puedo exigirle que se quede, no tengo ningún derecho para esto.

No sé si te habrá dado los dos últimos trabajos que le mandé desde hace varios días. Dime qué te parecen. Yo, como siempre, opino mal de ellos. Pero esta vez con fundamento. Están inferiores a los otros. La misma Alejandra me lo ha dicho. Pero, a pesar de todo, creo, estos trabajos pueden ir junto con los otros dentro de un librito. Lo complementarán. Leyéndolos todos se tendrá un efecto general de la vida que hemos llevado esos días. Quiero conversar de estas cosas también.

Dale mis recuerdos a Celia i Ali. Lo mismo a la señorita Amelia. Escríbeme.

Te abraza tu hermano

Pepe



Alejandro y José Ortiz Reyes. Ica, julio de 1965.

[¿marzo de 1939?]⁶⁶

Querido Pepe:

Apenas tengo tiempo de ponerte unas líneas. He estado aplazando esta carta para describirte los últimos detalles, y ahora en vísperas de salir, ya no tengo cómo. ¡Se ha acumulado un mundo de cosas! Y dejo mucho sin arreglar.

Me voy contento, hermano. Este viaje es la realización del más viejo y querido de mis sueños. En abril o mayo se irá la Rata a encontrarme. Y ya no me quedará sino que agradecer a la suerte por tanto bien que recibo, y todo junto. Para este rato ansío con toda mi alma que tengas igual fortuna; lo mereces, es justo.

Vente lo más pronto que puedas. En el Censo están dando trabajo con toda facilidad, quizá después sea más difícil. No he podido hablar con Aleja, hoy ni ayer, pero ya antes le dije.

Y aquí tienes una gran amiga: Amelia. Ella siempre pregunta por ti; y te sentará a su mesa, como a mí, con verdadero desprendimiento y de buen corazón, porque ella es así.

Yo hubiera querido vivir junto contigo; recibirte en mi cuarto, como esos días. Pero ha querido la suerte extenderme su mano, y me voy en pos de nuestro ideal de siempre. Ya otra vez nos encontraremos Pepe; y ese será un gran día para ambos. Te abraza

José María

66 Carta hológrafa de José María Arguedas, y de Celia Bustamante a José Ortiz Reyes. Sin fecha. El sobre registra un sello de marzo de 1939.

Querido Pepe.— Tu dirás que soy una floja, pero he tenido tantas cosas que hacer y a veces me siento tan cansada que así se pasa el tiempo.

El viernes se fue José María en el "Urubamba", estamos muy contentos con su nombramiento, una cosa así deseada tanto tiempo por nosotros ha sido una verdadera suerte, yo no lo esperaba. Para mí es una mezcla de sentimientos, la alegría de asegurarse un poco y la pena de separarnos. Le regalé un perrito lobo chiquito bien lindo, con quien está feliz, ya tú te imaginarás las peripecias que tuvimos para embarcarlo en una canasta.

El flaco Tauro y Vargas⁶⁷ me ayudaron a arreglar maletas, se llevó tu saquito ese que tanto quería.

Incluyo una que te dejó J. M. pero no quise mandártela sin unas cuantas líneas más.

Ahora he hablado con Aleja y me da la buena noticia de que llegas pronto, ¡cómo extrañarás a J.M. He hablado por teléfono a la pensión y fue Aleja para arreglar con la sra.

Pueda ser que todavía alcance a escribirte una vez más, si no llegas muy pronto.

Un abrazo de Ali y otro muy cariñoso mío:

Rat

67 Según José Ortiz Reyes, ese Vargas aludido en la carta se trata probablemente de un joven que estuvo preso con ellos, con el que intimaron.

Querido Pepe:

Tú me me gran gusto
recibiendo tu papercito. Has hecho
muy bien en venirte a Lima; Alexan-
dra lo deseaba ardientemente; ella
te ayudaría, y tú podrías definir
tu porvenir, tan bien como yo. Y
mucho más, hay q. tienes un con-
sejo noble y suficiente para tu vida:
Escribir. — Mucha, veces, cuando me
siento más feliz y con más esperanza
te he echado de menos. Cuando sale la
Plata sale el más dichoso de los Am-
bos y quiza el de más energías. Este
lado del Perú es para aleutar al
más dormido y pesimista. Este es
un hervidero de posibilidades, aquí
sí, tu ves como se va amasando

Nuestra nacionalidad, y nuestros
deseos porvenir. Feuz una
fe infinita, hermanos. Y quan-
to mas fe y mas esperanzas
que alienta que acuerdo de tu
amistad y de esa comunión tan
plena que hay entre nuestro espí-
ritu. ¡Que bien estamos, Cecilia
Alejandra! Séias feliz por ti mis-
ma y por las cosas la grandeza
de tu patria. Es lo de ser y,
muy pronto.

Le pedí que escribiera y me fuera
mucho por ti. Ojalá le escriba ¡:
a Pizarro 116, Cuzco.

Te abraza tu hermano:

José María

[¿mayo de 1939?]⁶⁸

Querido Pepe:

Tuve un gran gusto recibiendo tu papelito. Has hecho muy bien en venirte a Lima. Alejandra lo deseaba ardientemente; ella te ayudará y tú podrás definir tu porvenir, tan bien como yo. Y mucho más, hoy que tienes un cauce noble y suficiente para tu vida: *escribir*.— Muchas veces, cuando me sentí más feliz y con más esperanza te he echado de menos. Cuando esté la Rata seré el más dichoso de los hombres y quizá el de más energías. Este lado del Perú es para alentar al más dormido y pesimista. Esto es un hervidero de posibilidades, aquí sí, *tu ves* como se va amasando nuestra nacionalidad, y nuestro inmenso porvenir. Tengo una fe infinita, hermano. Y cuanto más fe y más esperanzas me alientan me acuerdo de tu amistad y de esa comunión tan plena que hay entre nuestro espíritu. ¡Qué bien estarías aquí con Alejandra! Serías feliz por ti mismo y porque verías la grandeza de tu patria. Eso he de ver yo, muy pronto.

Leopoldo me escribe y me pregunta mucho por ti. Ojalá le escribas a Pizarro 116, Arequipa. Te abraza tu hermano:

José María

68 Carta hológrafa de José María Arguedas a José Ortiz Reyes. No registra fecha. Habría sido escrita entre mayo y junio de 1939 porque Arguedas se encuentra en Sicuani y Celia aún no ha partido de Lima para reunirse con él.

Sicuani, 9 de Octubre de 1939 ⁶⁹

Querido Pepe:

Aunque parezca mentira recién hoy he leído los relatos que me envió Alejandra. Antes de que llegara la Ratita, casi no trabajé nada. La sierra me deslumbró, a mi vuelta. Me volví muy sensible. No podía oír un wayno en la calle sin emocionarme hasta el extremo; seguía a los pandilleros —aquí salen a cantar en las calles en las fiestas— conteniendo materialmente las lágrimas. Ya tu sabes que la prisión nos dio una sensibilidad más susceptible.

Poco después, cuando empezaron las clases, me dediqué íntegramente a mis alumnos. Apenas si hemos calculado las posibilidades de rendimiento que tienen los muchachos, cuando hay alguien que tiene amor a la enseñanza y sentido humano de la escuela. Empecé a trabajar con ellos, y cada vez, me sorprendía más de todo lo que se puede conseguir de los muchachos. Ahora tengo material para hacer un folleto que será algo verdaderamente valioso. Los alumnos han recogido, con un acierto maravilloso, todas las manifestaciones del folklore. Me he encontrado entre ellos a un poeta de 15 años de edad, de un porvenir que puede ser extraordinario. Los relatos que han escrito mis alumnos, todos sus artículos, siempre sobre la intimidad espiritual del pueblo mestizo o indio, o sobre nuestro paisaje, sobre nuestra vida; sus opiniones acerca de los libros que hemos leído en clase —Eguren, Westphalen, Jiménez Borja, Fernando Romero, Valle

69 Carta mecanografiada de José María Arguedas a José Ortiz Reyes.

Goycochea, etc.⁷⁰— todo eso, en un folleto ha de ser la imagen más pura y viva de nuestro mundo andino. Al principio fue mi propósito editar una revista oficial, conseguí la licencia; pero el Director de este Colegio que es un inmundo alemán, un imbécil; y todos los profesores, que son obra de nuestra administración educacional, máquina que fabrica esclavos; hicie-

70 Se refiere a los siguientes autores:

— José María Eguren, ilustre poeta peruano nacido en 1874, por quien Arguedas sentía admiración. Genuino simbolista. Autor de *Simbólicas* (1911), *La canción de las figuras* (1916), *Sombra y Rondinelas* (1961), *Motivos Estéticos* (1959).

— Emilio Adolfo Wesphalen, poeta, gran amigo de Arguedas y compañero suyo desde los estudios en la Facultad de Letras de San Marcos. Vivió muchos años en el extranjero como funcionario de la O.N.U. y de la F.A.O.. Editó *Las Moradas* (1947-49), la *Revista Nacional de Cultura* (1964-66) y *Amaru*. Autor de: *Insulas extrañas* (1933), *Abolición de la muerte* (1935), entre otras. Durante un viaje a Roma, en 1958, Arguedas se alojó en la casa de Wesphalen. En esa oportunidad recuerda el anfitrión que ayudó a su amigo a combatir ingeniosamente los ruidos de la bulliciosa ciudad para que pudiese dormir algunas horas durante la noche. (Entrevista a E.A. Wesphalen realizada el 30 de febrero de 1989). A Wesphalen y a Máximo Damián dedicó Arguedas su última novela *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Sobre la obra de Arguedas, Wesphalen ha publicado *La última novela de Arguedas* (1969), *La sustancia de la vida y la obra literaria* (1969), *Del mito al testimonio: la larga marcha del Perú*.

— Arturo Jiménez Borja, investigador del folklore, autor de *Cuentos y leyendas del Perú* (1940), *Imagen del mundo aborigen* (1951). Fue Director del Museo de Puruchuco y en calidad de tal puso a disposición de Arguedas una oficina para que allí pudiera trabajar con tranquilidad su última novela, en febrero de 1969. Arguedas no consiguió tan ansiada paz debido a los gritos de los pequeños hijos del guardián; debido también a los lamentos de unos perros custodios y a los silbidos de un alegre trabajador del Museo. En una carta de Arguedas a Jiménez Borja pone lo siguiente: "El local del museo es ideal. El departamento que hiciste que me destinaran no puede ser mejor. Pero sin duda que la mala suerte me persigue con saña [...] Hay un aspecto del mantenimiento que elimina la permanencia de los neuróticos e insomnes en el Museo". (Entrevista a A. Jiménez Borja realizada el 7 de marzo de 1995).

— Fernando Romero. Escritor nacido en 1905. Perteneció a la Marina hasta 1947. En 1948 optó el grado de Doctor en Letras, en la Universidad de San Marcos. Luego dirigió allí la Escuela de Estudios Especiales (1948-50). Fue rector de la Universidad de Huamanga (1958-62). Autor de *Doce novelas de la Selva* (1935), *Mar y playa* (1940), además de varios estudios históricos.

— Valle Goycochea. Escritor y poeta (1911-1953). Hizo sus estudios en el seminario de Santo Toribio. De gran sensibilidad y ternura; elementos que acompañaron su tendencia al misticismo. En 1931 trabajó en la Secretaría de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Luego en la Biblioteca Central. Entró al noviciado en San Francisco en 1944-47 y finalmente ejerció el periodismo desde *El Comercio*. Autor de *Las canciones de Rinono y Papagil* (1932); *El sábado y la Casa* (1934); *La elegía tremenda y otros poemas* (1936); *Miss Lucy King y su poema* (1940); *Marianita Coronel* (1951), además de algunos relatos novelescos.

ron malograr este hermoso proyecto. Apenas con licencia la revista, cada quien creyó que podía servir para adular a todos los que mandan en Educación. El servilismo forma parte de la sangre de toda esta gente. Querían publicar fotografías de Ministros y de militares. Me opuse terminantemente y abandoné la revista. Ahora eso ha muerto. ¿Te imaginas lo bueno que hubiera sido editar una revista, órgano de un Colegio Nacional de alumnos mestizos, con todo este material que tengo? Habría sido dar un ejemplo y demostrar todas las inmensas posibilidades de trabajo que hay en los Colegios. Pero no se puede hacer nada, hermano. Es algo que horroriza y da pena.— Ahora editaré un folleto, como expresión del trabajo hecho en mi clase.

Por supuesto yo no dejé de pensar en ti. Sabía de tu situación primero por la Ratita y después por Ali. Pero ahora deseo que empecemos a escribirnos. Quisiera saber de tus proyectos y de tus impresiones sobre lo que pasa en el Mundo. Ha cambiado tanto la situación internacional desde cuando leíamos "El Comercio" en El Sexto, a nuestros días. Quisiera saber también de tu vida íntima. Ahora que soy plenamente feliz, me interesa saber de tu suerte; todos mis sueños dorados se han cumplido: me he casado con la mujer que amo; soy profesor de un Colegio de mestizos, tengo una casita chica y bonita, trabajo en el trabajo para el que nací. Yo quisiera que tú tuvieras la misma suerte. Coíntas⁷¹ también se casó el 23 de setiembre. No en las mismas condiciones que yo; pero encontró ya la base de su felicidad definitiva. ¿Cómo te va con Aleja?

Y ahora voy a lo más importante. Tus relatos me han dejado la impresión vívida del Sexto, como una versión cinematográfica. He vuelto a sentir esos días terribles. He visto nuestras celdas; ese callejón pútrido; y he vuelto a vivir con nuestros compañeros; sobre todo con Paz.⁷² Hay en tus relatos la desnudez y la inmensa sinceridad del que escribe por una tendencia profunda. Ese es el escritor, hermano. No hay un sólo adorno premeditado

71 Se refiere a Leopoldo Cuentas.

72 Paz, uno de los presos de el Sexto, militante del Partido Comunista. En carta a Manuel Moreno Jimeno Arguedas dice de Paz: "Salto de alegría con las noticias sobre los muchachos. ¿Con que has visto Paaaoooz? Yo solía decirle así en el Sexto, lo llamaba desde mi celda a gritos, a cualquier hora de la noche, y él me contestaba "Alaooo". Lo queríamos muchísimo. Es un gran compañero; y el que más injusticias y brutalidades sufrió. Ortiz y yo lo estimábamos y lo queríamos. ¿Cómo sigue la colitis? Cuando lo veas dale un gran abrazo mío". (Carta mecanografiada N° 6. Fecha: Sicuani, 7 de enero [1940]. En: Forgues, Roland. Op. Cit., p. 66).

y buscado, una sola impresión falsa, ni una fantasía. Es la vida, en su aspecto más cruel y denigrante. Los relatos que has escrito hasta hoy, creo que son cinco o seis, bastan. Será un libro necesario. Me parece que has hecho una obra definitiva ya, y terminada. No importaría que no escribiera más, incluso nunca más.

Pero yo creo que puedes seguir trabajando. Que ya no sea sobre la prisión, no importa. Pero tienes la honradez y la calidad del escritor de nuestro tiempo. Que no es Tamayo, aunque ya sea Catedrático, que no es Alvarado Sánchez, que no es Tauro, aunque han de ser catedráticos. Tú no arañarás como éstos ni la poesía, ni el ensayo, ni el relato. Sea como sea, estos se quedarán donde están, ya no avanzarán un paso más. El escritor es el que ha sentido en lo íntimo de su vida algo de los grandes dolores y las desdichas de su tiempo, y tiene la capacidad de expresión suficiente para interpretarlos. La primera obra ya pinta al autor. La tuya ha de ser perdurable y noble.— Hay que lanzarse a editarla, a toda costa.

El relato de nuestra caída y del incidente con Camarotta me parece muy...⁷³ El...hay que relatarlo con más detalle. Lo mismo nuestros primeros días. Esta recomendación es más para el incidente con Camarotta y para el primer mes de prisión. La salida de la mayor parte de los estudiantes, Canilla⁷⁴, Caballo Palomo⁷⁵, Encinas⁷⁶, yo; la enfermedad del Negro, ese horrible instante cuando Maquinita⁷⁷ insultó al Negro creyendo que en esos días se iba a morir; mi vuelta...⁷⁸ De ahí para adelante está bien.

El segundo relato no necesita ninguna reforma, nada. Está muy bien. Este, el de los espectros y el primer relato que escribiste creo que son lo mejor. Pero deben ir todos.

No tengas pereza para reformar el de nuestra caída. Lo que has escrito está bien, pero me parece que has olvidado mucho y hay que aumentar todo eso. Quisiera que me enviaras pronto, ya concluido.

73 Papel roto en ese extremo. Igual ocurre con el lugar de la palabra siguiente, donde también hemos puesto puntos suspensivos.

74 Canilla, apodo de uno de los presos de El Sexto.

75 Caballo Palomo, apodo de un preso a quien siempre le gustaba entonar la canción mexicana que llevaba ese título.

76 José Antonio Encinas, estudiante de San Marcos, llegó a ser destacado abogado y periodista. Fue apresado junto con Arguedas y Ortiz por el incidente con Camarotta.

77 Maquinita, apodo de otro de los presos.

78 Papel roto.

Bueno, hermano. Escríbeme pronto. Y recibe el abrazo de "Les animeaux"⁷⁹. ¿Te acuerdas del día que te fuiste a Piura?

Escríbele a Coíntas.— Pizarro 116.— Arequipa.—

Te abraza

José María

⁷⁹ Palabra (escrita incorrectamente) que les gustaba decir al grupo de presos estudiosos del francés.

Lima, 5 de Noviembre de 1939⁸⁰

Mi querido José María:

Hace apenas tres días que recibí tu carta. Como voi mui rara vez a la Peña, Alicia la había tenido más de dos semanas. Me siento culpable de no haberte escrito tantos meses. Nunca te he olvidado, José María, ni a ti ni a la ratita i sólo por descuido he dejado de escribirte. Además, vas a ver cuántas cosas he vivido en los últimos tiempos.

Esto te va a caer como una bomba: en agosto me casé con Aleja. Nadie lo sabe, hermano mío, es un secreto, ni siquiera Ali. Hemos querido guardar reserva en este asunto por temor a que el padre de Aleja, en Venezuela, lo llegue a saber i se creen situaciones que queremos evitar. Ahora eres tú i la Rata las primeras personas que lo saben. A ti no te puedo, ocultar nada. Desde el primer momento dispusimos con Aleja anunciarte esta nueva, pero se fue pasando el tiempo i sólo hoi puedo hacerlo. ¿Qué te parece, José María? ¿Qué te parece, Ratoncita? ¿He hecho bien? ¿Hemos hecho bien? Yo estoy contento. Vivimos juntos i hemos roto con una situación enojosa i artificial. La mamá de Aleja lo sabe. La noticia le cayó de golpe, cuando regresamos de Huancayo, se fastidió, renegó un poco, pero tuvo que resignarse, dando mil vueltas a la copia certificada de nuestro matrimonio. Ahora visito la casa y me tratan con amabilidad. ¿Cómo hicimos nuestro matrimonio? Te voi a contar "Les animaux"⁸¹: Fue todo muy sencillo. Fuimos a Huancayo. Nos presentamos a la Municipalidad con nuestros papeles. Pu-

80 Copia de carta mecanografiada de José Ortiz Reyes a José María Arguedas.

81 "Les animaux", expresión distintiva del grupo de presos que estudiaba francés.

sieron los avisos durante cuatro días. Nuestros testigos fueron dos personas desconocidas que por allí encontramos i un buen día, el 8 de agosto, resultamos casados. Estoy contento. Quiero a Aleja i ella me quiere inmensamente i me ayuda. Dando clases de Castellano i Literatura en dos Colegios me gano unas siete libras i hacemos bolsa común con Aleja. Me explotan mucho, José María. En un Colegio de mujeres enseño los cursos de Gramática i Literatura en los cinco años de media i sólo me pagan cuatro libras. Pero tengo que aguantar esto hasta el año entrante en que quizá se me presente algo mejor. También practico donde un abogado por las tardes, pero sin percibir nada por el momento. Esa es mi situación, hermano. Pero hai algo más que me creo en la obligación de contarte. [...] ⁸²

Cuánto me alegra los trabajos que estás realizando por allá i tus proyectos. Cuéntame todo. Qué bien te va a hacer esa vida de la sierra. De allí sacarás obra, José María. I como se avecinan tiempos mejores, creo que podrás dar curso a tus esperanzas. La Rata: ¿qué hace? Es una señora de su casa. ¿A qué se dedica? ¿Ha engordado?

La situación en el mundo ha cambiado en verdad desde los tiempos que leíamos *El Comercio* en el Sexto. Me imagino que habrán cosas inexplicables para ti, tú que a veces flojeabas en la lectura de periódicos i que me supongo no te habrás corregido de esto. Hai guerra i un mundo de cosas más. Rusia ha modificado completamente su política. Pero todos tenemos por acá el sentimiento que su política es justa. Esta ganando terreno para la revolución i presumimos cosas formidables para el futuro. Rusia hace su política. No quiere ser arrastrada ni a la órbita alemana ni a la órbita guerrera de las democracias. En Europa hai tres frentes: Alemania, los aliados i Rusia. Esto está bien. Rusia no podía exponer así porque si los triunfos alcanzados después de tanta lucha para defender a las democracias hipócritas que no querían ver, después de todo, más que su destrucción. Por eso todos estamos de acuerdo, una vez repuestos de la primera sorpresa, que la política rusa es justa. Hoi la mitad de Polonia está soviétizándose y los estados del Báltico están bajo la influencia del comunismo. En el Perú hemos ganado algo i tendremos dentro de poco a Juan P. Luna en el Parlamento i a otros hombres buenos como Uriel García. Pueda ser que salgamos adelante a pesar de la corrupción y del oportunismo.

82 Los puntos suspensivos reemplazan a un párrafo, de unas quince líneas, donde José Ortiz confía a Arguedas un asunto familiar muy íntimo que ha decidido no publicar.

Me has hecho pensar nuevamente en mis trabajos. Sólo tú tienes esa virtud. Te gustaron. Los he exhumado i pienso reformarlos en la forma que me indicas. Voi a encarar decididamente su publicación. Cuando termine el que me pides reforme, te lo enviaré i veremos la mejor manera de publicarlo. Quizá en Chile, quizá en el Perú después de diciembre. Más tarde te conversaré lo que haga.

Te envío esas dos fotos. Recuérdanos. Te envío también junto con esta carta, ese lapicero i ese lápiz. Los tenemos desde hace varios meses destinados a ustedes. Ahora que ya tienen lapicero.....no nos dejen de escribir tanto tiempo. Como cuando estaba en el Sexto, me siento abandonado cuando no sé nada de ti

Un abrazo bien grande para ti i la ratita i escríbeme pronto.

José María i Rata:

Soi muy feliz con Pepe, i mi mayor desco, es que Uds. también lo sean; siempre los recordaremos con cariño, y ahora que⁸³ Pepe piensa escribir con más frecuencia, pues José María ha sabido alentarlos, desde el primer momento que hizo las narraciones, que pronto se convertirán en libro.

No nos olviden i reciban un cariñoso abrazo de:

Aleja

Escríbeme simplemente al correo o a la casa de Aleja con su nombre de soltera i su dirección: Av. Du Petit Thouars. Cuadra 14 N. 1444.

83 Las palabras "y ahora que" están tachadas pero son perfectamente legibles.

Sicuaní, 14 de Noviembre de 1939⁸⁴

Querido Pepe:

Todavía me dura la gratísima impresión que nos causó tu carta. Una noticia, como una bomba, pero una noticia buena. Estoy verdaderamente feliz de saber que te has casado. Apenas leí el renglón en que me dices: "Me he casado con Aleja..." no quise seguir; corrí a mi casa para poder leer toda la carta con la Ratita. Y la leímos en voz alta, con una alegría creciente. Los dos, que somos tan inmensamente felices, deseábamos mucho que te tocara una suerte igual. Como no sabíamos nada de ustedes, nos hacíamos mil conjeturas, a cual más contradictorias. Ahora nos ha venido como una seguridad plena e íntima de que vuestro porvenir, sea lo que sea, está asegurado, en lo fundamental de la vida: la felicidad personal, en la casa de uno, en lo que le pertenece a uno. ¿Y no sabes una cosa? En el mismo correo nos llegó otra carta de nuestro querido Coíntas en que me avisaba también que se ha casado; vuestras cartas se parecen mucho; son la noticia de la felicidad conseguida, y al mismo tiempo el relato de dificultades y de privaciones; pero en Coíntas mucho más que en ti; él se ha llevado a su compañera a un cuartito chiquito, donde dice que no tiene nada, que todo le falta; pero como su compañera es como la mía y la tuya, una amiga y una camarada al mismo tiempo que la mujer amada, él, como nosotros es completamente feliz. Tú sabes lo que estas noticias han significado para mí.

Y el regalo también lo recibí. ¡Cómo si hubieran adivinado! Yo necesi-

84 Carta mecanografiada de José María Arguedas a José Ortiz Reyes. La parte final, añadida por Celia, es hológrafa.

taba una pluma fuente, y con urgencia; para redactar mis trabajos, para tomar los apuntes de mis clases, para llevarlo en el bolsillo y emplearlo en cuanto fuera necesario, y eso ocurre a cada rato. Un regalo ideal, lo llevaré conmigo en todo momento, y no habrá día en que no lo use.

Aquella noticia de ese penoso incidente, me fastidió. Yo comprendo todo lo que habrán sufrido; es uno de los peores trances que le pueden ocurrir a un hombre; avergüenza y al mismo tiempo hiere en lo más hondo. Por eso me alegra tanto que hayan decidido arreglar de una vez para siempre, contando tú con una muchacha como Aleja, no hacerlo habría sido inexplicable. Te acuerdas todo lo que hablábamos sobre este problema tan serio del matrimonio; para nosotros sobre todo, era algo verdaderamente grave; una mujercita vulgar y común jamás habría logrado hacer vida con nosotros; nuestras exigencias eran de todas clases, y difíciles. Y ya ves. Estamos casados, felices; somos todos unos caballeros, “jefes” de familia; y listos para luchar con más ventajas, con más energías, por todo aquello que tenemos que luchar mientras vivamos. Ahora el que me preocupa es Enmanuel, y sobre todo el Negro. Parece que esos mejicanos son unos desgraciados; no lo han ayudado, por ejemplo, como lo hicieron los ecuatorianos. ¿Qué piensan del Negro los amigos? En cuanto a Enmanuel, el asunto también es serio, es un muchacho quizá si más complejo que nosotros. Ya sabes que en Enero viene aquí. Vamos a gozar como pagados, tengo hambre de verlo, con él, me parecerá estar con todos ustedes. Porque tú sabes que cada uno de nosotros tendrá con el tiempo amigos y amigos; pero como yo para ti, y tu, el Negro, o Enmanuel⁸⁵ para mí, ya no se puede, eso es otra cosa, muy distinta; y en tratándose de hombres, nosotros formamos un grupito aparte en el mundo.

Me alegra saber que estás decidido a editar tus cuentos. Ese es creo tu trabajo número uno. Y en seguida sacar tu cartón de abogado, en el menor tiempo posible. No se puede hacer nada seriamente y con garantía mientras no se haya asegurado antes la subsistencia.

Me ha dado envidia la noticia de haberte encontrado con “Don Julio”⁸⁶

85 Nombre con el que Arguedas llamaba a Manuel Moreno Jimeno.

86 Respecto al interés de Arguedas por abrazar a Julio Portocarrero, en una carta de la misma época a Manuel Moreno Jimeno le escribe: “No sabes cuánta curiosidad tengo de ver a Julio en la calle. Casi no me imagino cómo es cuando anda en las calles. Julio es lo más grande que he visto en la prisión. ¿Te acuerdas cuando te hablaba de él? Yo quizá exagero; sobre él. Julio era el preso mas respetado y de más valor en el Sexto. Era una especie de jefe

y Guitián. ¿Y cuándo yo?⁸⁷ La noticia de la salida de Julio me puso de mal humor, porque no estaba en Lima para verlo yo también. Claro pues Torcuato, Don Julio es lo más grande que he visto en la prisión y me quedé con la esperanza de entrar a algún chifa con él, en la calle; y ver cómo es él, cuando anda en la calle. ¿Cómo es? ¿Tiene esa cara de obrero que tenía cuando se ponía su saco los días de visita?

Yo he hecho todo un trabajo con mis alumnos; ya te dije que fracasó la edición de la revista que proyectaba; ahora estoy resuelto a editar un folleto con todo el material que tengo. Estoy seguro que será algo nuevo en el Perú, y que dará una pauta de trabajo a los colegios de la sierra en todo el país. Es posible que mande los originales a la imprenta de Cristina Bustamante en Lima. Entonces te avisaré para que me ayudes en todo lo que sea necesario para la edición. Porque como Enmanuel quizá se venga en esos días; acaso tengas tiempo de vigilar la edición.

Vuelvo a recordarte que no debes descuidar por ningún motivo lo de los relatos. Es una cuestión tanto de deber como de interés personal.

Bueno mi querido Torcuatito y mi querida Aleja, estoy bien contento de que se hayan casado. Ha sido una gran suerte para ambos. Así el Torcuato podrá trabajar mejor y ambos serán felices.

Un cariñoso abrazo de vuestro hermano:

José María

Y ahora habla la Ratona:

A mí me da mucha risa; ¡pero qué lindo! se han casado en pura novela, lo que quisiera es verles las caras, porque las fotos no es lo mismo. Aunque Pepe en esa de Huancayo está bien siniestroide, ya se siente un padre de numerosos ñatitos y parece preocupado por el porvenir de todos ellos. ¿Cuándo nos hacen una visita? Acá pueden campear libremente pues nadie los conoce.

Si soy una señora de mi casa pero no he engordado. Reniego por la servidumbre, tengo crédito en las tiendas, etc., etc..

espiritual de todos los presos, sin distinción de partidos. Algunos apristas no lo querían, lo cual nos pareció una monstruosidad, pero en el fondo le tenían un inmenso respeto. "Don Julio" lo llamaban todos, y nadie dejaba de saludarlo". (Carta mecanografiada N. 6. Fecha: Sicuani, 7 de enero [1940]. En: Forgues, Roland. Op. Cit., p. 68).

87 "¿Y cuándo yo?", era una expresión que Guitián repetía constantemente, mientras jugaba ajedrez, para que le den la palabra o le respeten su turno.

Y soy sobre todo muy feliz, como sólo podría serlo al lado de J.M. Siempre nos admiramos de haber tenido tanta suerte. Ya nada podrá afectar nuestra dicha íntima. En Uds. debe ser igual.

Pronto les escribiré largo.

Abrazos.

Ratona

Lima 24 de febrero de 1940⁸⁸

Mi querido José María:

Hace tiempo que te escribí i no he recibido contestación tuya. Creo que me has olvidado, mi querido José María. El tiempo se me ha pasado a mí también porque pensaba volver a escribirte después de terminar de pasar en limpio todos mis trabajos.

He estado con Manuel varias veces⁸⁹. Estuvo bastante delicado de salud. Ayer me dijo por teléfono que te había escrito. Manuel es tan magnífico como siempre. Me gusta mucho estar con él. Me hace olvidar la atmósfera pestilente del estudio del abogado donde trabajo. ¡Qué distinto estar con él, tan delicado i tan puro! Sólo tú i él me han producido esa cabal sensación de tranquilidad espiritual.

¿Qué haces, ahora, mi buen José María? Manuel me dice que le has enviado unos trabajos de tus alumnos. ¿Estás escribiendo infatigablemente como siempre? Habrás pasado días estupendos ahora que está con ustedes Ali.

He terminado de corregir i pasar en limpio esas cosas de la prisión. Me parece que están bastante regulares. Manuel me aconseja que las publique inmediatamente. Ese trabajo de Camarotta lo he dividido en dos. Uno de ellos abarca los incidentes de la Universidad hasta el traslado tuyo i mío a la Intendencia. A ese trabajo no sé qué nombre darle aún. El otro comprende nuestra vida en la Intendencia hasta mi traslado al Sexto. A este le he puesto

88 Carta mecanografiada de José Ortiz Reyes a José María Arguedas.

89 Se refiere a Manuel Moreno Jimeno.

“En la Intendencia”. Los demás están lo mismo. Pienso publicarlos en orden. Ese primero que no tiene nombre aún; en seguida “En la Intendencia”; después “En el Sexto”; a continuación ese del traslado de los presos i que yo he puesto: “Al Frontón”; después “Sosa” i por último “Espectros”. ¿Qué te parece? Sugiereme algo para el primer trabajo. Me refiero al nombre. Lo mismo que para el nombre del librito. No sé qué ponerle. Esto es una gran dificultad para mí. Quisiera algo que abarque todo o también el nombre de alguno de los relatos. Ese primero tiene algunas reformas de acuerdo con lo que tú me aconsejaste.

Pequeñas cosas: he ampliado la cuestión de la Universidad. Después de aquellas partes de nuestra vida en las Brigadas. Tus canciones serranas, nuestros juegos i la enfermedad del negro para terminar. Creo que no ha salido mal esto último. Siempre pienso que tú debes hacerme alguna cosa como presentación. En mi carta anterior te hablaba de esto. Pero como no me parece bien que vaya con tu nombre, por las dificultades que te pueda traer, ponle un seudónimo. Lo que me interesa es que vaya algo tuyo allí. Con tal de que sepa yo que eso es tuyo, me basta. No me importa que el lector vea en el que hace la presentación un sujeto desconocido. Pero si tú crees que no hai ningún inconveniente en firmar ese trabajo, hazlo. Con Manuel también hemos conversado al respecto. El me dice que estaría bien que tú hicieras la presentación. Hoi buscaré a Ríos⁹⁰. Le pediré que escriba a Sánchez⁹¹ a Chile o a quien quiera respecto a esto. El está mui bien vinculado con la gente de Chile.

Te estoí mareando ya con estas cosas. Cuéntame ahora las tuyas. ¿Has paseado mucho en tus vacaciones? ¿Por qué me tienes tan abandonado? ¿No has estado en Sicuani? ¿Cómo está la Ratita? ¿I Ali, qué tal? No sé nada del negro, pero me parece que las condiciones para su regreso han mejorado notablemente, a no ser lo de los pasajes. Aleja me encarga un buen

90 Se refiere a Juan Ríos, destacado escritor, a quien gustó especialmente el cuento “Espectros” y animaba a Ortiz a que lo publicara en Chile, donde tenía contactos con una editorial. Ríos estuvo en el frente de lucha durante la guerra civil española integrando las filas republicanas. Luego dedicó su vida a la literatura publicando varias obras poéticas y teatrales. Dentro de las primeras se puede mencionar: *Canción de siempre* (1941), *Cuatro cantos al destino del hombre* (1943) y *Cinco cantatas* (1953).

91 Se refiere a Luis Alberto Sánchez. Conocido hombre de letras y político. Miembro del Partido Aprista. Fue diputado y senador. Entre 1980-85 Vicepresidente de la República. En tres oportunidades ejerció el rectorado de la Universidad de San Marcos. Autor de una vasta e importante obra dentro de la cual cabe destacar *La Literatura Peruana* (1966).

abrazo para ti, Ali i Celia. Anda un poco achacosa; está mui delgada i es que de engreída no quiere comer. Es un fastidio para que quiera comer algo.

Ha salido mucha gente de las prisiones. Todos los días me encuentro con gentes del Frontón i del Sexto. A mi amigo Calderón I Baos⁹² le habían tomado otra vez. Le encontré en la calle más flaco todavía i con la nariz más larga. Encontré también a Valdivia (Mon ami)⁹³, a Vargas, Stuart, Silva⁹⁴ i una serie. Estos apristas imbéciles todavía pensarán que la línea del P.C. ha estado equivocada.

Dentro de poco te escribiré más largo. No seas flojo i contéstame. En Finlandia estamos mui bien ahora. Yo estoy de acuerdo con todas esas....⁹⁵

92 Se refiere a un joven aprista que conocieron en el Sexto. Se apellidaba simplemente Calderón, pero Arguedas aumentó "y Baos", debido a esa manía suya de inventar apodosos o de cambiar los nombres como mejor le sonaban.

93 Valdivia "Mon ami" era otro aprista, ayacuchano; integraba el grupo de los que estudiaban francés. Como a cada uno llamaba "mon ami" así lo apodó Arguedas.

94 Vargas era el aprista, también ayacuchano que confeccionaba las piezas de ajedrez, en el Sexto.

Stuart era, según recuerda José Ortiz, un estudiante de San Marcos que también apresaron por el incidente de Camarotta. Ortiz no recuerda quién era Silva.

95 Aquí termina la hoja de papel y no se ha encontrado la continuación de la carta.

III. Narraciones de José Ortiz Reyes

a. La detención

Las labores de San Marcos habían transcurrido bien durante el año. Los estudiantes estaban dedicados a sus tareas. Escuchaban y escribían. Los libros gordos se acostumbraron a sus axilas. Los catedráticos dictaban sus clases. Llegaban en sus automóviles y se iban en sus automóviles. Los seminarios funcionaban diariamente. Las máquinas tecleaban. Los porteros bostezaban por los claustros. El más viejo de todos, el decano, de barba punteada y blanca, huraño y malhumorado, se alisaba los bigotes blancos tosiendo hasta ahogarse y lanzando escupitajos ásperos por el grass.

Pero ese día retumbaron los gritos como en los viejos tiempos:

—¡Abajo el fascismo! ¡Fuera el fascio de la Universidad!

—¡No queremos fascistas en la Universidad!

—¡Asesinos del pueblo español!

—¡Fuera de la Universidad!

El General Camarotta pronto se enteró que los gritos y silbidos eran para él. No se inmutó por esto. Nos miraba insistentemente fumando un cigarrillo.

Salió un catedrático:

—Yo lo he invitado, señores. Esto no está bien. Deben dejar estos gritos. ¡La cultura, señores estudiantes!

Pero había un sentimiento general. Harto tiempo los nervios tensos soportaban un estado de cosas incompatible con la sensibilidad y el pensamiento estudiantil. La acritud de la vida nacional. Las bombas italo-alemanas destruían los nervios del mundo rompiendo los cuerpos delicados de las mujeres y los niños españoles.

El General C. representaba eso. Su tiesura militar, su gorra, el correa, las espuelas, crepitaban en nosotros como insultos.

—¡Señores, yo lo he invitado! —repetía el catedrático, rojo de confusión— ¡La cultura...!

La gorra, las espuelas plateadas seguían crepitando. Se oían los gritos indignados y fuertes.

—¡El fascismo es enemigo de la cultura, precisamente por eso queremos que salga de aquí! —vociferó alguien por allí.

El cigarrillo de Camarota se apagó. Sonreía.

—Nosotros consideramos que este señor puede ser un buen hombre —dijo N., cuando el general se acercó al grupo, confundido y sudoroso. —En su vida doméstica quizá sea un buen padre de familia; pero es un fascista. Esto sólo nos importa. Representa el fascio italiano interviniendo en la vida nacional. Ha venido para reorganizar la policía peruana, para hacerla más técnica y agresiva, para aplastar más aún al pueblo.

Las máquinas dejaron de teclear. El portero viejo echó su último escupitajo y trabajosamente se puso de pie. El bullicio acreció, los gritos se hicieron más fuertes y el grupo de estudiantes aumentó rápidamente.

—¡Pero, señores, un momento...!

—Ya tenemos bastante tiranía. Nos basta con Benavides. Este ha venido para hacer más despiadada la opresión. El fascismo es enemigo de la libertad. ¡Fuera de la U.!

—¡Fuera! ¡Fuera!

Un estudiante se atrevió a protestar:

—No hay que hacer esto. Estamos desdiciendo de la cultura tradicional de San Marcos.....

Fue acallada su voz prestamente.

—¡Fuera de la U.!

—¡A la pila!

—¡Fuera! ¡Fuera!

—¡A la pila!

Las espuelas de Camarota dejaron de relucir. Los estudiantes habían logrado que saliera de la Universidad.

Volvieron las cosas a su normalidad habitual en San Marcos. Los estudiantes siguieron escuchando y escribiendo. Los libros gordos tornaron a sus axilas. Los catedráticos siguieron dictando sus clases. Las máquinas repitieron su tecleo. Y los porteros reiniciaron más perezosamente sus bostezos por debajo de los retratos severos de los rectores coloniales.

Al día siguiente comenzaron las detenciones. Yo iba por la plaza San

Martín. Sentí que un hombre trataba de alcanzarme cuando caminaba rápidamente tras de mí. No comprendí de inmediato. Me alcanzó.

—¿Es usted el señor X?

—¡Sí!

—Sírvese acompañarnos a la Prefectura.

Sacó un disco del bolsillo y me lo mostró. En él vi algo como “Brigada de Asuntos Criminales”. Pero aunque no me hubiera dicho una palabra, yo habría sabido con quién estaba hablando. A los soplones se les conoce en los ojos, en la cara, en todos sus gestos. Son como los criminales, como los hampones de toda especie, se los conoce en la expresión cínica, en el servilismo de su rostro.

Es verdad que éste no era un soplón propiamente dicho, era investigador diplomado. Pero ya conocemos nosotros en el Perú qué son los investigadores y a qué clase de oficio se dedican comúnmente.

Quise probar primero antes de seguirle:

—Oiga usted; el mes pasado me apresaron y me pusieron luego en libertad en vista de que se comprobó que yo no intervenía en asuntos políticos. Y ahora, ¿por qué me toma usted?

—No sé. El Prefecto quiere hablarle. Allí le dirán de qué se trata. Es cuestión de una hora nada más.

—Sí; ya sé lo que quiere decir eso de “una hora”. Así me dijeron la vez pasada y me tuvieron seis días.

—No sé. Tiene que acompañarme.

No había que hacer nada. Inútil hubiera sido seguir discutiendo con este individuo. Tuve que acompañarle. Tomamos un automóvil. A los pocos instantes estábamos en la Prefectura de Lima.

—El señor Prefecto no está, tiene que esperar —dijo un hombre en una de las oficinas.

Esperé una hora. Apareció otro sujeto.

—¿Usted es el detenido X?

—Sí

—Venga por acá.

—Debo hablar con el Prefecto...

—Le he dicho que venga por acá.

Entramos en una oficina. Un hombre gordo, moreno, de cabellos negros y de ojos amarillentos, comenzó a pedirme datos, los cuales apuntaba en un cartoncito:

—¿Edad?

—Veinticinco años

—¿?

—Soltero.

—Estudiante.

Al terminar puso al margen: “Disociador”

—¿Por qué me pone usted así? —le pregunté

—Porque así se pone —me respondió secamente— ¡A ver; las manos!

Me tomaron la impresión digital de los diez dedos. Ya estaba fichado. Poco después me fotografiaron de frente y de perfil poniéndome en el pecho y brazo un número de cinco cifras. Recuerdo solamente que comenzaba con 16.

Se me trasladó a la Brigada Política. El secretario de la Brigada, un hombre pequeño, de cara jesuítica, a quien apodaban “Cucaracha”, le dijo al soplón:

—Enciérrenlo en una celda incomunicado.

Al soplón que me condujo a la celda le llamaban “el Chino”. Este tipo, de los más repugnantes que he encontrado en la soplonería, se singularizaba por la dureza y grosería con que siempre nos trató y por su afán desmedido de tenernos encerrados dentro de nuestras celdas.

Eran seis celdas. Estaban una a continuación de la otra. Medían todas unos tres metros de largo por uno y medio de ancho. De cemento y con una puerta fuertemente abarrotada, estas celdas a su vez estaban dentro de un compartimento de paredes muy altas, con techo de reja, y con una puerta grande, con barrotes inmensos, que siempre estaba cerrada, aunque nosotros estuviéramos bajo candado dentro de nuestras celdas.

Frente a las seis celdas había un patio de cemento de unos ocho metros de largo por tres de ancho. Este patio constituyó para nosotros, durante todo el tiempo que permanecimos allí, nuestra “libertad chiquita”. Toda la esperanza que abrigábamos se cifraba en que algún soplón, menos mezquino y cruel que los otros, nos permitiera salir al patiecito a tomar el sol por una hora. Cuando conseguíamos esto nos considerábamos sumamente felices.

Me llevaron a la celda quinta. Vi que en la primera habían dos detenidos. Uno de ellos, estudiante también, me conoció. Llevaba cuarenta días preso. Ya estaba encerrado y sentí que me llamaba muy despacio:

—Oye X; ¿cómo te tomaron? ¿Qué ha pasado?

Le contesté brevemente. El siguió hablando.

—Yo estoy más de un mes. Estoy fregado... ¡Chist!..., los soplones acostumbra a escuchar...

En eso oí a mi costado, en la última celda, una voz fuerte, aguda, que se dirigía a mí:

—¿Quién es usted? ¿Por qué lo han traído?

Como comprendiera que yo no le contestaba, por temor a que fuera algún soplón, me gritó más fuerte aún:

—¡Soy Catalino Lévano! ¿No me conoce? Llevo dos meses acá. ¡Estamos jodidos!

Sólo más tarde supe ya quién era don Catalino Lévano y lo pintoresco de este viejito achacoso y medio demente, a quien los soplones desde hacía varios años perseguían y apresaban; lo ponían en libertad y a los pocos días volvían a tomarlo. Después de tres años de prisión en “la isla” lo soltaron, y a los doce días lo recogieron de nuevo.

Un día le dije a un soplón:

—Oiga, usted; ¿por qué toman preso a este hombre? ¿Cree usted que pueda significarle algún peligro al gobierno este viejo enfermo y medio loco?

—Sí; como no —me respondió— Usted no sabe... Lo tenemos preso como medida preventiva, pues como es medio desequilibrado, los apristas le pueden dar un revólver y decirle: “¡Dispara!”, y él a lo mejor dispara...

Este pobre viejo fue trasladado al Frontón unos meses después. Sé que sigue allí, siempre achacoso, ayudado por todos los compañeros que le dan, ya una prenda, ya una fruta, ya un cigarrito.

He reflexionado muchas veces sobre la prisión de este hombre. Siempre me dio una idea clara de la situación política del Perú durante esa época. Era una especie de elemento sicológico que me servía admirablemente para juzgar un estado de cosas único, singular.

Lévano era un sujeto peligroso para el gobierno. Había que tenerlo constantemente preso. A lo mejor encabezaba una revolución...

Llevaba una hora en la Brigada cuando sentí unos pasos y una voz conocida.

—Aquí, en esta celda —murmuró la voz del chino.

Y sentí el golpe de la puerta al cerrarse y el sonido peculiar y monótono del candado. Por la voz comprendí de quién se trataba.

—Espinaca, ¿eres tú?

—Sí. ¿Quién me habla? ¡Ah!; oye, ¿también te trajeron?

—Sí, hombre, hace una hora.

—A mí me acaban de coger. Fueron a mi casa.

Apenas escuchábamos nuestras voces. Hablábamos pegados a la reja de la puerta. El día era gris y daba la impresión de que una lluvia torrencial se iba a desencadenar de un momento a otro. En nuestras celdas comenzamos a sentir frío. El colchón en el suelo anunciaba cómo iba a ser nuestra vida allí.

A las tres de la tarde trajeron a Juan⁹⁶. Su asombro fue enorme cuando nos vio. Nos confesó más tarde que sintió alegría al vernos. Se consideraba el único preso y cuando se dio cuenta de que estábamos nosotros, pensó que no iba a estar solo. Yo también confieso que me alegré al verlo. Una cosa instintiva, de unión de defensa, nos movía a alegrarnos cuando, ya adentro, sabíamos que un compañero, amigo nuestro, estaba preso.

A las nueve de la noche vino Carlos. Ocupó la segunda celda, pues a Juan le dieron la tercera. En la oscuridad conversamos.

—Me esperaban en la puerta de mi casa. Es por el asunto de la Universidad. Me han preguntado un montón de cosas. Los italianos están como el diablo...

Al amanecer sacaron de su cuarto a M. Su detención desconcertó. No hubiéramos querido que le tomen a él. Nos dimos cuenta a las ocho cuando nos sacaron al patio a tomar nuestro desayuno. Lo tenían en otro compartimento de la Brigada; una pieza mucho más espaciosa y menos fría que nuestras celdas. Vimos un brazo que se agitaba.

—Es M. —dijo uno de nosotros.

—¿Quién, hombre?

—Fíjate; es M. ¡Qué vaina! ¡Cómo lo tomaron. caramba!

Los soplones llegaron a su cuarto y le enfilaron las pistolas.

—¡Arsa, buena gente! ¿Para qué tanto aparato? Yo no voy a correr.

Los soplones se desconcertaron un poco.

—Bueno, pues carajo, ya te llegó tu día. Alístate. Te vas con nosotros.

A los pocos días estábamos juntos. Yo tuve que dormir en una celda con Juan, pues las piezas no alcanzaban para ponernos individualmente.

96 Según el autor, "Juan" sería el personaje que representa a J.M. Arguedas. Cuando decidió incluir estos relatos en la presente publicación, Ortiz Reyes pensó cambiar los nombres ficticios por los originales, pero decidió luego dejarlos tal como fueron escritos, tal como los leyó y comentó Arguedas.

La Legación Italiana había hecho una gran bulla. Presentó su protesta ante las autoridades. Pidieron al Ministro, y hasta a Benavides, que nos formara una Corte Marcial; que se nos aplicara la ley 8505; que se nos expulsara del país. Era una insolencia; se había insultado al gobierno italiano en la persona de Camarotta. Hicieron mil gestiones para que las autoridades nos trataran con el mayor rigor; y así fue. No sé si la Legación Italiana pidió la pena de muerte para nosotros, pero de seguro, que si hubiera estado en sus manos, así lo habría hecho. Tal era su furiosa indignación por los sucesos de la Universidad.

Estuvimos veinte días en la Brigada. No sabíamos qué pensaban hacer con nosotros. Los rumores sobre la pena que se nos aplicaría eran, unas veces fundados y otras infundados.

Durante este tiempo seguimos allí, en medio de los soplones. Conocimos a muchos de ellos, en su mayoría repugnantes y miserables. Habían dos de cuya figura no me olvidaré nunca. Uno tenía una cara de vicioso. Era toxicómano, hampón, borracho, caficho. Tenía de todo. Era un cínico terrible y de una grosería irritante. Este individuo nos trataba con una peculiar dureza y desvergüenza. Se complacía en tenernos todo el día encerrados en nuestras celdas. Una vez que uno de nosotros le pidió que le abriera para ir a satisfacer una necesidad, vino bruscamente y le dijo: —A cada rato quieren salir. ¡Hay que ponerse un corcho, carajo! ¡Cojudos de mierda...!

El otro era tan cínico y repugnante como el anterior, no hablaba nunca, pero sus ojos eran de una vileza, que no se podía esperar nada bueno de él. Entraba haciendo sonar las llaves, nos encerraba y volvía a salir. A veces nos ponía solamente la mirada; allí se encerraba todo. Pocas veces he visto un caso más extraordinario. Se transparentaba, flagrantemente, el alma en sus ojos. En su mirada torva se reflejaba todo el espíritu de este individuo. No se necesitaba ser sicólogo; al mirar en sus ojos se podía comprender claramente su felonía.

¡Cuántas veces he sentido terror ante esta extraña figura! Era capaz de todo, de las más bajas y repugnantes acciones. No había cosa que no pudiera hacer con esos ojos, con esa mueca de sus labios. Sin quererlo surgía en mis recuerdos la figura fantástica del “hombre malo” y siniestro de los cuentos de niño.

Nos dijeron después otros presos, que estos dos sujetos fueron los que asesinaron en Trujillo al diputado aprista Manuel Arévalo.

Estos eran los hombres que nos vigilaban en la Brigada. Estos eran

también los que en el Perú deberían cuidar de que hubiera "Paz, Orden y Trabajo". Ahora, en sus manos se depositaba gallardamente la vindicación del honor italiano.

Pero habían algunas excepciones sobresalientes entre esta gente. Pobres hombres, infelices que se dedicaban a este trabajo por cobardía, por no tener otra cosa en qué trabajar, por hambre. Eran pobres de espíritu más que nada. Esos hombres nos trataron con cierta indulgencia. En repetidas ocasiones vimos en ellos el deseo de hacernos menos dura la prisión. Mas, en su mayoría, tanto los soplones de la Brigada, como los de los otros departamentos de vigilancia, eran ladrones, hampones, mafiosos.

Tomaron preso al estudiante G. Encontraron mil quinientos soles en su carpeta, y se los robaron. Consiguió su libertad y, como tenía un pariente bien relacionado, denunció el robo. Los cinco soplones que lo apresaron, entre los que se encontraban los individuos de que he hablado, fueron detenidos en los calabozos de la Guardia Republicana. Estuvieron allí algunos días, después volvieron a su puesto, a asegurar el orden público... el dinero no apareció.

Apresaron a un comunista. Cargaron con todo lo que había en su casa, hasta con la pantalla.

Una vez llegó un hombre tiritando de frío a las cuatro de la mañana. Lo habían metido al agua para que confesara dónde se editaba "La Tribuna". Nos enseñó los cardenales de la espalda y el pecho. Lo habían torturado. Además le robaron el abrigo, ochenticinco soles y un vestido de oficial que guardaba desde la época en que estuvo asimilado al Cuerpo de la Policía.

Así se explica el esfuerzo y la actividad que despliegan estas gentes en el desempeño de su función. Los rendimientos son halagadores.

Don Catalino la pasaba muy bien con nosotros. Le alegrábamos y le invitábamos nuestras cosas. Todo el día le hacíamos bromas que él recibía siempre sonriendo.

—Don Catalino, ¿qué opina usted de la libertad? —gritábamos desde nuestra celda.

—Yo no opino nada —contestaba.

—¿Por qué, don Catalino?

—Yo no me meto con gente "chic". Ustedes son gente chic.

Estaba maniático. Se pasaba las horas enteras cosiendo y descosiendo sus pantalones. Le había dado por allí. Les ponía forro y trataba de que le

estuvieran lo más ajustados al cuerpo, todo lo posible. Decía que así lo resguardaban del frío.

Uno de mis compañeros estaba con disentería. Don Catalino lo vio poniéndose Emetina, y vino:

—Póngame a mí también.

—Pero, si usted no está con disentería don Cata, ¿cómo le voy a poner?

—¿Y si me da? ¡Póngame por si acaso! ¡ja ja!; ¿que no me puede dar?

Si alguien estaba con tos y tomaba algún remedio, inmediatamente venía don Catalino:

—Deme a mí también.

Cualquier jarabe, cualquier píldora, él quería ingerir. Para prevenirse, decía. Por si le diera la enfermedad alguna vez.

El viejo estaba chocho. Alegrábamos un poco su vida oscura. Le escuchábamos sus largos relatos. El gozaba conversando. Cosas incoherentes. Mezcla de recuerdos mal hilvanados y de mentiras; de andanzas y de luchas en su mocedad.

—Yo era en el Sindicato, Secretario de Economía; y en la Mutual, ¿qué era?; yo era delegado. Estuve en el Tribunal de Sanción. A mí me dijeron: "Vaya, compañero Lévano". Y yo fui. Después en el Callao vino la policía. ¡Cuando me tomaron preso! ¡Usted no sabe cuando me tomaron preso y me preguntaron por Mendoza! Yo tenía su frazada. ¡Estos son unos verdugos! ¡Ja, ja,!,.....

Y también pasó una mujer por la vida de don Catalino. La vio no más en la calle. Era gorda y grande. Pero él guardaba ese gran secreto como un tesoro. Nadie le sacaba una palabra.

—Don Cata, ¿Y la mujer esa que usted tuvo?

—¿Qué? ¿Qué dice? ¡Ah! ¡Ja, ja!. Yo no me meto con gente chic.

Y terminaba de coser una vez más sus pantalones.

Los soplones le trataban con dureza. Se burlaban de él. Le ponían nombres y lo zarandeaban por cualquier futeleza.

Una vez vino el Jefe de la Brigada a pasar revista. Hizo sacar todo lo que había en las celdas, papeles, pedacitos de lápices, y se indignó contra unas pelotitas de miga de pan, que utilizábamos para jugar jambol cuando los vigilantes eran un poco tolerantes. Cogió las pelotitas y las arrojó contra el suelo:

—¡Que jueguen con los testes, si quieren! ¿Qué se han creído!... ¿Y tú, viejo? ¡Estás gordo, carajo! Te hace bien estar aquí. Aquí comes todos los días.

—¿Y por qué me tiene, pues? —respondió don Catalino.

—Yo no te tengo. Por mí no te diera ni agua, o ya te hubiera dado un veneno, ¡Viejo idiota!

Los soplones celebraron gozosos el chiste de su amo.

—¡El “pelón” es un bandido, carajo! —decían.

Las visitas del jefe de la brigada nos dejaban una sensación de asco indescriptible. Era un hombre seboso, de nariz abultada, con un vientre voluminoso. Nosotros estábamos en sus manos gordas, sudosas, llenas de pelos negros y crecidos.

He visto a muchos animales con patas como esas manos.

Nuestro primer mes de prisión, en medio de todo, no fue tan desagradable. Éramos amigos y estábamos juntos. A las seis de la tarde conversábamos de celda a celda. Las seis celdas estaban alineadas y en obscuridad. No teníamos ni una vela con que alumbrarnos ni nada en qué ocupar nuestro tiempo. Sólo nuestros pensamientos y nuestras inquietudes. Jugábamos como niños.

N. gritaba desde la primera celda;

—¿Qué hora creen que es?

—Las cinco y media —decía Carlos.

—¡Un cuarto para las seis! —gritaba Canillita.

—Las seis y cinco. ¡Yo acerté! —afirmaba Juan.

—Yo digo que las seis en punto.

—¿Y usted, don Catalino?

—¡Yo no digo nada! —exclamaba el viejo.

Manuel miraba su reloj y gritaba:

—¡Son las seis y tres minutos! ¡Todos perdieron!

—Yo estuve más cerca —decía entusiasmado Juan.

Así pasábamos el tiempo como niños. No nos veíamos unos a otros, pero siempre deseábamos oír nuestras voces. A veces el silencio prolongado de alguno de nosotros nos preocupaba y le preguntábamos sencillamente:

—Carlos, ¿Qué haces?

—Nada, ¿y tú?

Otras veces M. comenzaba:

—A ver, ¿Quién silba mejor la canción de Popeye?

Uno por uno comenzábamos a silbar. Canillita era el Juez. Todos querían ganar y se armaba un lío. Terminábamos por desconocer las resoluciones del Juez y por descalificarlo.

—Canillita, ¿qué harías tú si estuvieras en este momento en la calle?

—Yo me iría donde mi muchacha.

—¿Y tú, Carlos?

—Yo al cine

—¿Y tú, Juan?

—Al cinema también.

—¿Y tú, Pepe?

—Yo estaría en mi cuarto haciendo mi reposo cómodamente y leyendo “Contrapunto”.

—¿Y usted, don Cata?

—Yo no me meto con gente chic —gritaba invariablemente el viejo.

Así pasábamos las horas muertas. En las celdas en hilera, sin sol, sin luz, sin calor, sólo nuestra juventud y nuestra amistad únicas. A lo lejos oímos las carcajadas agrias de los soplones y el sonido de las llaves.

Y cuando cantábamos, Juan era el que ganaba siempre. Tenía mejor voz, mejor entonación y sabía un mundo de canciones serranas. A veces en el silencio surgía su voz y la armonía dulce de un huaino:

Agua del olvido
habrías tomado
por que sin motivo
quieres engañarme,
por que sin motivo
quieres engañarme

Florecita y blanca
Flor de la mañana,
Por qué tan temprano
inclinás tu tallo,
por qué tan temprano
inclinás tu tallo

O también:

Canastitay, canastitay
canastitay
Llenecita de azahares;
Forasterito soy
sin consuelo estoy,
pasajerito soy
mañana me voy.

Nosotros queríamos también hacerlo; pero costosos sin gracia, nunca nos salía bien el huaino. Y Juan se indignaba:

—¡Son ustedes unos bárbaros! ¡Eso es una brutalidad!

Pero Zavala enfermó gravemente. Tenía un pulmón colapsado. Hacía varios años la tuberculosis le atacó. Le hicieron una frenisectomía. La prisión y el frío hicieron mella en él. La fiebre subió a más de 40 grados. Protestamos:

—Vigilante, es necesario que venga un médico, Zavala está mal.

—¡Ajá, a ver si quiere el pelón! —rezongó el tipo.

Pero el médico no vino a verle. Con 40 grados de temperatura Zavala fue llevado más bien donde el médico. Después lo trajeron a su celda. Arrastraba los pies. Sus barbas habían crecido. Las solapas del abrigo le cubrían el cuello. Nosotros, en silencio, apretábamos la cara contra las rejas de la celda.

En la noche nadie durmió. Zavala ardía sólo en su celda.

Al día siguiente seguía la fiebre. Vino el secretario Cucaracha con su cara jesuítica.

—¿Qué le pasa? ¿Sigue mal?

—Deben llevarlo a un Hospital, señor. Es ignominioso que le tengan aquí en esta forma —le dijo Juan —¿Quieren ustedes matarlo?

Cucaracha miró a Zavala, que con la frente sudosa movía la cabeza de lado a lado. Nos miró a nosotros con sus ojos fríos de bestia:

—¡Mejor que se muera, pues!....¡Bastante ha jodido ya!

Zavala seguía moviendo la cabeza.

—¿Qué dice ese hombre? —nos dijo.

No comprendo como no estrangulamos a Cucaracha en aquel momento. Fue angustioso. Le odiamos a muerte.

Y se marchó.

Zavala fue llevado al hospital. Nosotros con las caras apretadas contra los barrotes oíamos cada vez más lejanos sus pasos hasta perderse.

Las rejas dejaron sus huellas en nuestros rostros.

Más tarde recordé:

La golondrina buscó abrigo a los pies de la estatua del "Príncipe Feliz". Le cayeron tres lágrimas que brotaban de los ojos del príncipe. Lloraba por los sufrimientos de los hombres. Por sus mejillas de oro corrían las lágrimas hasta empapar las alas de la golondrinita. Y ella, viajera, detuvo su vuelo y le cuidó. Le contó cuentos maravillosos de otras tierras. Primero el

príncipe le dio su ojo de zafiro para aliviar los sufrimientos de un niño; más tarde le dio el otro ojo, y se quedó ciego. La golondrina llevo también el rubí de la espada del príncipe y el oro de su cuerpo. Se quedó andrajoso. Las gentes pobres recibieron pedazos de oro brillantes, se regocijaron y aliviaron sus penas.

Pero vino el invierno y el hielo, y la golondrinita viajera murió de frío después de besar con sus alas la cara triste del príncipe feliz.

Al día siguiente vinieron los ediles:

—¡Qué andrajoso está el Príncipe! —dijeron.

Derruyeron la estatua y echaron a la basura al pájaro muerto.

b. La despedida o la intendencia

El 22 de octubre, después del almuerzo, Juan y yo fuimos trasladados a la Intendencia. Apareció un soplón y leyó nuestros nombres:

—¡Ambos, con todas sus cosas! ¡Vamos!

La noticia cayó como un bombazo. No nos imaginábamos a dónde nos podrían llevar. Nuestros compañeros se entristecieron. Nos abrazamos fuertemente.

—¡Hasta la vista!

—¡Adiós, Hermano!

Nos llevaron a la Alcaldía. Tomaron nuestros nombres y después nos condujeron a las celdas de la Intendencia.

Aquí no habían soplones como en la Brigada Política. Los que nos cuidaban eran Guardias Republicanos. Indígenas en su mayoría. Apenas podían pronunciar nuestros nombres. A estos infelices los habían infatuado en tal forma, que nos trataban con gran rudeza. Imaginaba a estos pobres indios de la sierra, en sus chacritas, o de pongos en los fundos de los gamonales. Allí eran como todos los demás indios: pobres, temerosos, sanos. Se les trataba a puntapiés como a las bestias. El gamonal no establece ninguna diferencia entre un borrico y ellos. Veinte centavos al día de jornal. Nada más. El gamonal dice: “¿Para que van a ganar más estos indios bestias?” “¿A trabajar indio de!” Un día los traen a la costa, les ponen un uniforme y les dicen: “Oye, tú eres un soldado. ¡Mucha disciplina, cuidado! Obedece no más” El cholo se queda torpe, mirando. “¿Qui sirá no más ese desceplina?”, se dice.

“Coidadito no más, choletito, tienes que cumplir no más con todetito

lo qui ti han de mandar". Y el serrano se mete dentro del uniforme que le queda grande. "Yo soy on soldado, ¡Ajo!", se dice.

Esta gente generalmente es más dura y cruel que los mestizos. Se produce en ellos algo así como un desquite. Ninguna tolerancia, nada.

Los presos políticos son lo mismo que los vagos. Todos son presos.

—¡A to celda, carajo!

—¿Por que no contistas la lesta? ¡Yo ti haré contestar no más! ¡Ne ponerte en fela sabes sequiera!

Y esta gente compone en sus tres cuartas partes la Guardia Republicana. Y ha fusilado, como no. También lo han hecho; y después se quedaron tan indiferentes como si nada. Su mirada amarilla no guarda el menor remordimiento.

Una vez que entramos, el soldado de la Guardia Republicana cerró la puerta de la Intendencia y nos dejó en un ambiente completamente extraño para nosotros. Llevábamos al brazo el bulto de nuestras frazadas. Nos miramos. "¿Qué hacemos?". pensábamos. La impresión que nos produjo la Intendencia fue espantosa y por lo mismo, inolvidable. No nos dimos cuenta bien de la disposición de ese lugar. ¡Qué inmensa suciedad! Pero lo que nos impresionó de inmediato fue la gente que había allí. Vimos unas cartas patibularias.. Hombres sucios y pálidos, de mirada inyectada, con los cabellos desarreglados y las patillas crecidas. Las ropas no tenían color. Uno de ellos nos miró y nos dijo:

—Arriba están los políticos, en el Tercer Piso.

Esto nos salvó. Ya se estaban aglomerando los rateros a nuestro alrededor para robarnos las cosas que traíamos. Quizá se habría acercado Chanduví, espetándonos:

—¡A ver, yo soy el capataz, tienen que enseñarme todas las cosas que traen! A ver, ¡Tráiganlos a la celda!

Así hacía siempre. Las cosas desaparecían como por arte de magia. ¿Y los Guardias?

—¡Para qué son cojodos, carajo! ¡Hay que ser vevos!

Los rateros hacían su cosecha. Y si los presos eran pobres serranos, mejor todavía. Chanduví era un buen capataz. El cholo brigada con su uniforme se reía no más.

—¡Carajo, hay que ser vevol!

En el Tercer Piso encontramos un compañero estudiante que había

caído hacía algún tiempo por la misma causa que originó nuestra detención. Fue una gran suerte. Nos alegramos. Pronto nos presentó gente cordial, amable y buena. Conocimos a un español. Don Antonio Vicente. Era español republicano, por eso estaba allí. Este fue uno de los hombres más cordiales y nobles que he conocido. Difícilmente he encontrado hombres que estrechen la mano más cordialmente que él.

Habían más o menos cuarenta presos políticos. Gente traída de la Oroya, de Cajamarca, de Cuzco, de Arequipa, de todo el Perú.

La Intendencia, como el Sexto, se compone de tres pisos, pero es infinitamente más pequeña y sórdida. En el Primer Piso están los delincuentes comunes; en el Segundo y Tercero, los políticos y extranjeros; aunque algunas veces los vagos y rateros también ocupan el segundo.

Había comenzado nuestra estadía allí. La atmósfera era pesada y pestilente. Los vagos cocinaban sus cosas usando papeles como combustible. De esta manera hacían hervir el agua para el café y el chocolate, que después vendían a real la tasa entre sus compañeros. El humo llena completamente los tres compartimentos. Las celdas de un metro de largo por metro y medio de ancho, parecen más bien nichos, sepulturas. Y no es así..., pues cada celda tiene un Water Closs. Cuando se malogra el Water Closs, el olor se hace insoportable. Y en cada celda dormíamos tres, cuatro y hasta cinco personas. Casi nos aplastábamos al dormir unos con otros.

En mi primera noche me fue imposible dormir. Me sentía aplastado, como enterrado dentro de la celda. Juan tampoco dormía, me habló: —¡Esto es terrible, Pepe! Mejor estábamos en la Brigada. Tú no debes estar aquí. Pide tu traslado al Hospital.

Yo estaba seriamente enfermo en aquellos días. Temía por esto.

Me parecía imposible continuar allí en mi condición. Pero pronto nos acostumbramos. Si no fuera así, si no existiera en los hombres esa extraordinaria capacidad para adaptarse a todas las circunstancias y soportar las más negras condiciones de vida, creo que la prisión sería desesperante.

En este lugar hemos conocido gente de todas las especies. Era un lugar de tránsito. Aquí no hay día que no entre un preso y no salga otro, o en libertad, o a otra prisión.

En la Intendencia desfilan los hombres. Hemos visto infelices y depravados de todos los colores. Hemos conocido gente inocente y gente verdaderamente culpable, criminal y viciosa. Hemos visto ladrones, rateritos, carteristas, pulleros, escaperos y criminales. También vimos borrachitos y vagabundos y gentes que entran por asuntos accidentales y por tonterías.

La Intendencia, como el Sexto, nos han brindado la oportunidad de conocer los bajos fondos sociales y de conocer el corazón de aquellas gentes, sus vicios y sus desgracias. Nos hemos horrorizado ante la quiebra de su moral; nos hemos indignado con sus cobardías y debilidades y nos hemos conolido de su situación miserable y de su abandono.

La Intendencia, oscura, estrecha y pestilente, nos enseñó una parte del mundo, una faz de la sociedad y de la vida. Aquella faz que los hombres olvidan, o no quieren conocer.

En los tres meses que estuve allí y en los diez meses que pasé en el Sexto, conocí la descomposición y el dolor más hondamente que en todos los años que había vivido. Estuve frente a lo más gris y desconcertante de las relaciones humanas.

Esto lo debo a la persecución política y, en cierto modo, tengo que agradecerlo siempre.

A Gregorio Quispe lo tomaron porque era enemigo del Gobierno. El decía que no, pero los soplones afirmaban que era un propagandista. Así también decía el guardia, quien juraba y rejuraba que lo vio.

Trajo una alforja y una frazada y nos miró a todos.

—¿Mi dan on campeto poaqu'í señores? Ayé menpoñaron y nué dormedo en todeteta la noche.

—¿Qué le ha pasado, hombre!

—Estaba yo por la calle.....¡Hombre, se ostedes ne me van a creyer!...Yo vindo granos de Huacho. Yu iba a hacer una cuentita en la pared con on claveto. Cien lebras de frijol a veinte centavos la lebra, pa ver cuanto era. En ese rateto veno el "Guairu" y me resondró: "¡Uye, to istas pentando propagandas, to mi acompañarás!", me dijo. Al ladeto habea on escreto que dece decía: "¡Veva el Apras!" Yo protisté y le deje al guayru que nu era yo, pero ahí nu más me trajo e me llevó a la comesarea. En la comesarea me pegaron nu más los soplones y ahoreta me mandaron aqué. Yo ne sé, señores, lo que es eso de "Veva el Apras".

Fue más curioso lo que pasó con los tres muchachos que trabajaban en la Avenida Arequipa. Había explotado un cohete. Los tomaron por eso. La Zona de Policía los absolvió considerada su inocencia, y cuando vinieron al Sexto a reclamar sus enseres, el Capitán comisario los hizo quedar. Les aplicaron después la Ley de Emergencia y los mandaron al Frontón. Ya tienen año y medio allí. Ellos me dijeron que no pueden comprender estas cosas. Los han tomado, los llevaron a un Tribunal, les dijeron que estaban

en libertad y después los volvieron a dejar presos. “¿Que habrá pasado?” –se decían ellos, entonces.

Un hombre salió de un bar muy embriagado. Un policía lo trajo al Sexto. Al otro día, al ponerlo en libertad, se dieron cuenta que esta persona había estado detenida en otra época por cuestiones políticas; lo guardaron de nuevo entonces y estuvo seis meses en el Sexto.

Samuel Barrera era pintor. Su familia estaba en una gran pobreza, y tenía una hermana con tuberculosis en último grado. En cinco casas estuvieron, y al no pagar, los arrojaron de las cinco. Samuel trabajaba en una cosa y en la otra, y todo lo que ganaba lo llevaba a su casa donde había hambre todos los días. Samuel se estaba hasta muy tarde, a veces en las noches. En una ocasión fue así. Venía muy entrada la noche y le pidieron su libreta militar; no tenía y lo llevaron a la Intendencia. Allí estuvo junto con todos los vagos. Entre sus papeles encontraron un versito en el que hablaba de la “Libertad y de la revolución surrealista”. Lo tuvieron diez meses preso. En su cartoncito le pusieron: “comunista”. Le dijeron que estaba preparando la revolución contra el general Benavides...

Los vagos y rateros son homosexuales, casi todos. Nos han brindado espectáculos a cada instante. Nos acostumbramos a ver la homosexualidad como una cosa corriente.

El carterista Chanduví se enamoraba de los presos jóvenes. Se enorgullecía al relatarnos que aquellos presos que caían por delitos contra el honor sexual, por “tenorios”, decía él, eran sus primeras víctimas.

–¡Y qué trejos hay algunos muchachos! ¡Qué caderas! –nos decía– Ustedes no saben y les llama la atención esas cosas...Pero, ¡hay que ver!... En la cárcel sí que es bueno...Aquí en el Sexto ya no se puede vivir...

Vino el chiquillo sirviente. Serranito de unos catorce años, de rostro simpático y tímido. Se había robado tres soles donde sus patrones y entró a la Intendencia todo temeroso.

–Yo no sabía nada. Me echan la culpa –nos decía llorando.

En la noche, Chanduví, lo llevó a su celda. El chico gritó al cabo; pero más tarde volvieron a llevarlo a la celda con engaños. Al día siguiente el chico lloraba desesperadamente; no podía andar y tenía mucho dolor...

A Chanduví, junto con otros vagos, lo encerraron en una celda durante quince días. Al terminar su castigo volvió a sus conquistas. Los muchachos eran para él como muchachas adolescentes, apenas llegadas a la pubertad. Estaban llenos de atractivo sexual.

Y Machetero tenía su “mujer”, un cholo grueso, también ratero y desvergonzado. Cuando estaban en libertad, Machetero, de sus robos, le pasaba dos y tres soles diarios.

El cholo homosexual tenía, sin embargo, su mujercita. Le pregunté a Chanduví:

—¡Machetero se aprovechará también en la calle de la mujer del cholo!

—¡Qué ocurrencia! —me respondió— A Machetero no le interesa ella sino él. Machetero está enamorado de él; ella no le importa.

Cuando estaban presos, “ella” le cocinaba en la celda, le lavaba y le zurcía las ropas. Hacía todos los menesteres de una mujer, mientras él trataba de robar cualquier cosa por allí para mantenerla.

Si alguna vez los separaban de celda o de prisión, Machetero andaba furioso, de un humor insoportable y peleaba con todo el mundo. Lo devoraban los celos.

A veces peleaban entre ellos; tenían escenas domésticas...Se insultaban, se decían lisuras y por último, como sucede siempre, Machetero le pegaba. El cholo, entonces, furioso, arrojaba al patio las cobijas de Machetero, sus ropas, todo lo que guardaba de él.

—¡Lárgate a otra celda desgraciau! ¡Yo no quiero vivir contigo. Anda con la otra...Con esa india sucia...Yo no quiero vivir contigo, te he dicho. Eres un puerco. ¡No necesito que me mantengas. Desgraciau, cochino de mierda! ¡Y después miandas rogando...!

En las noches ingerían cantidades enormes de coca y ron y hacían su bacanal con “La Francesa”, “La Rosita”, con “La Chola”.

La Rosita cantaba todo el día con su voz de mujer y se pintaba los labios y las mejillas. Constantemente se pasaba la mano delicadamente por el cabello castaño, ondulado y muy largo, como cabellera de mujer.

—Yo en la calle bailo en un cabaret y paso por mujer. ¡Porque yo no soy tampoco hombre! ¡Yo soy mujer!. A las mujeres yo las quiero como amigas, pero después...¡Me dan asco!...Yo no soy como esos cholos sucios, maricones. Todas no somos iguales. Yo soy mujer, ellos son maricones...

Chanduví nos contaba sus cuitas y sus gestiones para obtener su libertad.

—Yo quiero salir para después irme al extranjero. Yo no me quedo en el Perú. Aquí no se puede “trabajar” ya; está uno muy fichado. Y los investigadores también son unos ladrones, más que nosotros, quieren que uno les dé más de la mitad de lo que roba, “¡Haber, tú! —te dicen— ¿Cuánto tienes en la cartera? ¡Ya te vi en el cine, carajo! ¡Seguro que lías volau la cartera a

alguien! ¡Haber, pasa!”; y si uno no les da, inmediatamente lo traen a la Intendencia. ¡Es una jeringa con estos desgraciaus...!

En otra ocasión nos decía:

—Si a usted lo deportan, doctor, yo quizá lo encuentre en el extranjero. Lo voy ayudar paque termine su carrera. Verá usted lo que somos los ladrones...Que somos así, así; pero cuando tenemos plata...¡Va ver usted, doctor!...

No obstante, cuando nos descuidábamos nos volaba algo de la celda. Alguna cosita, aunque fuera insignificante. Era necesario para entrenarse, por que si no se pierde la habilidad...y era su modo de existir. ¿Cuánto podían evitarlo?...

Las ocho de la noche había dado ya y me llamaron.

—Fulano de tal, ¡con todo!

Me trasladaron al Sexto junto con veinticuatro detenidos políticos y unos cuantos rateritos. Cruzamos el patio grande con nuestros bultos al hombro. El cabo nos revisó. Tomó los nombres de todos y nos hizo entrar al pabellón inmenso donde estaban las celdas. Todos los presos se encontraban encerrados en sus celdas en ese momento. Los corredores estaban desolados. Me sentí como mareado. El Sexto me dio una impresión de inmensidad, de cárcel grande, de donde no se sale así no más. Todas las puertas de las celdas estaban cubiertas con periódicos. Se oía el murmullo de las conversaciones de los presos. Y el reflejo de las velitas salía por los intersticios de las puertas de reja.

Los políticos sintieron nuestra llegada. Comenzaron a llamar y a gritar:

—¡Boleo de la Intendenciaaaaa!

—¿Cuántos son?

—¡Boleo de la Intendencia!

—¿Ha venido Franciscooooo?

—¿Ha venido López?

—¡Hola, Manuel! ¡Por fin te trajeron! ¡Ya estabas oxidándote allá. Aquí estarás mejor!

—¡Sí, sí, hombre! ¡Allá vamos! ¡Nos han traído, carajo!

Entonces comenzaron los gritos de todos.

—¡Viva el Apra, compañeros!

—¡Vivaaa!

—¡Viva el Partido Comunista!

—¡Vivaaa!

Más fuerte la bulla aún y las canciones salían de todas las celdas. Los vagos también comenzaron a hacer una bulla ensordecedora.

—¡Carajo, Chalequito!

—¡Ya trajeron a Tronquito y al Pato!

Yo oía todo desconcertado. No sabía qué decir. La tremenda opresión que sentí a mi entrada se había disipado. Las canciones me habían entusiasmado un poco; pero en el fondo de mi celda, sentado sobre el colchón, comprendí que estaba definitivamente preso.

Un compañero alto, delgado, que se había hecho amigo mío en la Intendencia, me dijo al venir:

—Véngase conmigo a mi celda. Como yo traigo este colchón, allí nos arreglaremos.

Nos encerraron el Segundo Piso. No dormí en toda la noche. Mi amigo roncaba. Como a las tres de la mañana sentí unos gritos terribles, como si estuvieran degollando a alguien. Me sobresalté.

—¡Oiga, oiga, Andrés! ¿Siente, usted? ¿Qué pasará?

Se volteó, refunfuñó un poco y me dijo molesto:

—¡Para eso me despierta, hombre! Se conoce que usted nunca ha estado aquí. Ya se acostumbrará. Esto es corriente.

Se volvió de nuevo hacia la pared y continuó durmiendo tranquilamente.

Más tarde volví a escuchar los mismos gritos angustiosos, pero ya no desperté a mi compañero. Me sentí abrumado más que nunca, una gran languidez se esparcía por mi cuerpo hasta la cabeza que me pesaba como si estuviera sosteniendo con ella el techo de la celda. Sentí un escozor que se fue acentuando por momentos. Prendí un fósforo y contemplé una infinidad de chinches que se paseaban plácidamente. Como pude los eliminé y seguí amodorrado un buen rato.

Ya estaba en el Sexto.

La claridad comenzaba a filtrarse por los barrotes de hierro de la ventanita.

Y así recordé:

El ruiseñor necesitaba una rosa roja para el estudiante enamorado y la pidió al rosal.

Si necesitas una rosa roja —le dijo el rosal— tienes que hacerla con notas de música, al claro de la luna, y teñirla con la sangre de tu propio corazón. Cantarás para mí durante toda la noche y mis espinas te atravesarán el pecho.

Y el ruiseñor cantó y las espinas le partieron el pecho. Y la luna le oyó y se detuvo en el cielo.

c. En el Sexto

Debe ser las cinco de la mañana. Estoy despierto desde mucho antes. Las pulgas y los chinches se encargan de despertarnos muy temprano. A veces uno despierta adolorido por la dureza del lecho, pues dormimos sobre el suelo. Mis colchas, desparramadas, barren el cemento sucio de la celda. La oscuridad, apenas si va siendo despejada por la luz que penetra suavemente por la ventanilla enrejada. Siento el frío del amanecer. Mi compañero de celda, un muchacho delgado y pálido, respira fatigosamente, tose a veces:

—Me duelen mucho los pulmones —me decía ayer—. Creo que estoy marchando hacia la tuberculosis.

El médico del Sexto lo vio ligeramente:

—Sáquese las muelas picadas —le dijo.

Tiene un hijo de tres años, muy sabido y muy bonito, que visita a su padre de vez en cuando. El niño está muy pobre ahora que su padre está preso. Ya, el mes pasado, no tenía zapatitos. Y a su papá le duele el pulmón. Y la prisión parece no terminar nunca.

Comienzo a escuchar el ruido que hacen los vagos que baldean el primer piso. El “caporal”, un ratero consuetudinario a quien apodan “Campanas”, obliga a unos cuantos vagos a levantarse muy temprano, para que limpien y laven los orines y el excremento del corredor.

Yo no siento ningún mal olor, pero García me dijo:

—Aquí hay un olor insoportable.

Y como él acaba de llegar de la Intendencia, debe percibir mejor que nosotros esta fragancia a la que quizá nos hemos habituado.

Los gritos y las injurias de Campanas a los vagos, las risas y maldiciones de estos, y el ruido del agua, constituyen la melodía grotesca del amanecer en el Sexto. Ayer ha sido un día feliz para ellos. Trajeron a La Rosita, un vago que, como se ha dicho, a fuer de homosexual, ha tenido que llevar nombre de mujer. Se llamaba Moisés, pero resultaba insólito este nombre. Ahora es La Rosita, y su manera de ser y sus gestos armonizan perfectamente con su apodo.

—Ella es una buena chica —me dijo un vago en días pasados, con la mayor seriedad.

Los ciento ochenta detenidos políticos que ocupamos las noventiséis celdas del segundo y tercer pisos, contemplamos frecuentes espectáculos de esta naturaleza. ¿Por qué admirarse del “casamiento” de dos vagos homosexuales? ¿Acaso esto no es una cosa natural entre ellos? El caporal llegó a tener hasta tres mujeres en su celda.

Y La Rosita es mejor que el japonés piojoso. Eso sí. Tenía los piojos en todas partes: en la cabeza, en el bigote, en el cuerpo, hasta en los ojos...Y se los sacaba a puñados, y los arrojaba. Ya no los mataba. ¿qué ganaría con matarlos? ¡Arrojarlos, arrojarlos! que vayan a otros cuerpos, a otras cabezas, a otros ojos.

¡Maldito japonés! El piojo que me encontré ayer en el cuerpo era de él. Y si no ¿de quien?. Del “chinchano”, de “chalaquito” o del viejo “Laguía” o del negro “Challe”. Da lo mismo. Todos los vagos están llenos de estos animales, que suben los tres pisos y se introducen en nuestras celdas. Y son los mismos piojos grandes, negros, terribles como escorpiones. Hay que iniciar una campaña contra la piojería.

Mi compañero de habitación se indigna:

—Contra los piojos, y contra las carachas, y contra la sarna —grita.

Pero yo pienso que si nos dieran tarimas cortaríamos un poco el contagio. ¡Esto de dormir en el suelo! ¡Cinco meses, un año, mil días en el suelo! Es curioso el interés que tienen en mantenernos a ras del suelo. Como para que los pensamientos no se eleven.

Así, a ras de suelo. ¡Como animalitos; como piojos, a ras del suelo! Pero los pensamientos están cada día más altos.

En el único lavatorio que hay para los ciento ochenta detenidos políticos, encontré a N., un muchacho muy alegre, que lleva más de dos años preso.

—Se llevaron al Viejo González —me dice—. Cuando se lo llevaron, ya no conocía. Dicen que es la meningitis.

Lo escucho casi sin emoción. Es lo de siempre. Cuando se llevan a algún enfermo ha de ser para morir. Así fue con Oviedo, y con Gamarra, y con otros. Y hay enfermedades largas, terribles, que casi no se perciben. ¡Cuántos casos de tuberculosis! No se ve, al principio. Pero cuando sale el enfermo, ya no hay pulmones. No, no. Y él no ha muerto en la prisión. De ninguna manera. El ha muerto en su casa, al lado de su familia. Aquí, en el

Sexto, como en el Frontón, y en la Cárcel, y en el Real Felipe, se vive bien. Es en su casa donde ha muerto. Solamente que sus familiares se lo llevaron cuando ya no tenía pulmones... Pero qué culpa tienen de esto las autoridades. El pobre era muy débil. El pobre tenía que morir. Aquí en el Sexto, como en el Frontón, en la Cárcel y en el Real Felipe, no muere nadie. Aquí solamente comienza la muerte. Eso todos lo sabemos. Y parece como si hubiera un fondo de indiferencia en los ojos de los compañeros. Es la costumbre, quizá la conformidad. El viejo González estuvo enfermo, en el suelo estuvo tres días, durante los cuales no conocía a nadie. Y ya se lo llevaron. Pero él no morirá en el Sexto.

Y el escenario no cambia. Un día sol, un día nublado; pero el escenario es el mismo. Abajo, los vagos hambrientos, rotos, miserables. Hay varios chinos y japoneses. Casi todos morfinómanos que han sido traídos por viciosos. Hoy, al japonés de los piojos, le han puesto un viejo uniforme de policía. Hace una graciosa figura. Representa al militarismo nipón en el Sexto, no existe la guerra chino-japonesa. Para ellos no tienen sentido estas cosas. Aquí, todos ellos son lo mismo: haraposos, piojosos, hambrientos.

Puertas, un delincuente común, me convenció en la Intendencia de que un chino preso vale muy poca cosa.

Jugaba con el chino —me decía— y lo “chanqué” contra la pared de la celda, de espaldas, y ¡cómo le sonaron los pulmones! Ahí nomás se quedó seco. Agonizaba, y dicen que después se fue pa la otra en el Hospital. ¡Pa lo que vale el chino sucio ese!

—¿Tu lo quisiste matar, Puertas? ¿Y si saben los guardias?

—¡Pero si estos indios de la Guardia Republicana son unas bestias! Y, además, ¿No me han endosado quince años por las otras muertes que hice? ¿Qué me darían por el chino? Unos cuantos añitos más, y como tengo que fugar...

Y se reía, con una risa entrecortada, arrugando toda la cara, mientras con su mano mocha y fuerte se rascaba la cabeza.

Y el escenario no cambia. Un día de sol, un día nublado, Muchos días nublados. Mis compañeros políticos caminan, charlan por los corredores del Sexto. Mientras me peino llega J, un muchacho de Iquitos, cetrino y cholo.

—Mi madre se ha vuelto loca —me dice.

—¿Cómo así?

—Seguramente por la angustia que le ha causado mi prisión. Ella es muy

nerviosa, y sufre mucho. Ha tenido muchas noches malas, no ha dormido. Cuando me sacaron a la prevención estaba allí, al lado de mi padre, y no me conoció.

—“Este no es mi hijo” —le dijo al Comisario—. Tú eres un amigo de mi hijo, pero no eres él. No, yo lo conozco bien. Tú no eres mi hijo. Me quieren engañar estos buenos hombres, Porque estoy vieja. No, no.

—No puedo olvidar la cara que tenía mi madre. Estaba enflaquecida y pálida; en sus ojos había una tristeza que no puedo ni describir. Tenía más canas que el mes pasado que vino a visitarme. La vieja está muy mal. Y yo he pensado mucho en ella, después que me encerraron en mi celda, pero no pude llorar. Yo no sé llorar. ¿Es malo, tal vez, que yo no sepa llorar?

El día avanza. Ya no vemos a los vagos y todos hemos comenzado a hacer algo. A trabajar con miga de pan y con madera; a leer revistas viejas y libros de Dumas, única bibliografía que se dejó pasar. Yo quise hacer entrar el Quijote, pero no lo consintieron. Pienso que tal vez el enflaquecido caballero tenía algo de sedicioso. Seguramente es un libro revolucionario, puesto que el Comisario lo dijo así. Un compañero lee el periódico del día. Todos se agrupan a saber noticias.

—Lo de España, lo de España que se lea —dice alguien.

Pero hay que leer el diario sigilosamente, está prohibido.

—Lo de España y lo de China, lo de España —inquieren todos.

Y a trabajar en algo. Y con alegría. Yo haré en la tarde mi clase de francés con J. y N. dos presos comunistas. Hoy estudiaremos el verbo “etre” en “imparfait et passé défini”.

Ya no sentimos la soledad. Una gran esperanza nos envuelve a los tres. J. se ha equivocado varias veces al conjugar el verbo. Y yo me he reído mucho con esto. Es una diversión cuando cometemos una torpeza. Los tres nos hemos propuesto aprender francés, y aprenderemos. Ya nos hemos olvidado de nuestra prisión. Una gran esperanza nos alienta ahora. Todos los días es así.

Estas líneas son el testimonio de nuestra prisión.

d. Al Frontón

Nos disponíamos a ser encerrados en nuestras celdas porque eran las siete de la noche, cuando comenzaron a llamar:

—¡Juan Ramírez, con todo! ¡Manuel Velazco, con todo! ¡Lino Quiroz, con todo! ¡José Vargas, con todo! Aurelio Calderón, con todo!... Llegaron a treinta.
—¿Qué será? —decían todos. Se produjo un desconcierto. El que menos salía de su celda y preguntaba:

—¿Me llamaron a mí?

—¿Oíste mi nombre?

—¿Qué pasará? ¿Es traslado?

—¡Sí!. ¡Sí, hombre!. ¡Alístate pronto! Es boleo tal vez. ¡Al Frontón! ¡Nos mandan al Frontón!

—¡Al Frontón! ¿Oyeron, compañeros?

El rumor y la gritería se oía por todas partes. Hasta los vagos soñolientos pegaban sus cabezas a las rejas de sus celdas. Ellos también gritaban arropados con sus mantas mugrientas.

—¡Al Frontón! ¡Al Frontón!

—¡Hijos de perra!

—¿Y a mí, me llamaron también?

—¡No! no he oído; pero espera... Siguen llamando... ¡Fíjate que es a la isla!... ¡Desgraciados! ¡Maldecidos! A mí me ofrecieron mi libertad, ahora me mandan al Frontón. No se puede creer en la palabra de estas gentes... ¿Ves?... oí tu nombre... Tú también vas... ¡Al Frontón, compañeros!

—¡Pronto, pronto; yo tengo maleta; dame tu ropa!

Desde la puerta comienza a gritar el guardia con voz igual:

—¡Esos que han llamado; alistarse rápido! ¡Esos que han llamado, ya deben estar listos! ¿Qué esperan?... ¡Esos que han llamado!...

Se movían tablas, colchones. Toda la ropa en bultos pequeños y grandes. A veces dentro de la frazada todo.

—¿Te vas Manuel?

—¡Sí!

—¿Y tú, Pancho?

—¡No!

De todos los rincones y de todas partes salían gritos, despedidas, encargos.

Yo tenía un tremendo sentimiento de tristeza. Los cuatro amigos vecinos de celda se fueron. Quedó la celda vacía y negra. En las paredes algunas figuras mantenían su recuerdo. Leopoldo Cuentas tenía una figura romántica; una muchacha linda, con vestido de blondas, apenas daba la mano, ruborosa, a un hombre esbelto y hermoso. Ella no levantaba los ojos del suelo y él, qué suave y dulcemente la miraba. El jardín estaba lleno de flores.

Yo siempre pensé en la violencia del contraste de esta pintura con nuestra vida de prisión.

De todas las celdas se llevaron a algunos amigos. Me quedé sin vecindad, porque a Pacheco también se lo llevaron. El no tenía retratos en su celda. Todo el día se la pasaba sentado en su colchón leyendo la misma revista. Iba al comedor y reía un poco, decía unas palabritas y después no decía nada en todo el día.

Alejandro tenía figuras deportivas en todas las paredes de su celda; en cambio Pérez tenía el retrato de Gorki y una manifestación formidable de París. Una inmensa multitud con grandes banderas. En una esquina y recortado de un periódico, el retrato de Chu The, con su cara maciza y sonriente. Iriarte prefería los paisajes chillones y los presos más jóvenes llenaban sus celdas de mujeres desnudas.

Éramos más o menos cien detenidos políticos cuando los trasladaron a la isla. Quedamos unos setenta. El Sexto tenía un aspecto raro después de su partida. Los corredores despoblados. Las celdas como huecos, vacías, sin vida. Quedamos más solos y comenzamos a sentirnos más presos.

Pero, sin embargo, su traslado al Frontón nos había mejorado un poco. Sus tarimas y colchones quedaron para otros compañeros que llevaban muchos meses y hasta años durmiendo en el suelo. Costó trabajo conseguirlas. El cabo decía que había orden de requisarlas todas. Ningún nuevo preso debería tener tarima ni colchón. Que les llevaran de sus casas. Hubo que ir donde el Capitán. Teníamos mucho frío. El suelo estaba húmedo. Los pulmones dolían.

—Señor, capitán, ¡denos las tarimas!

Y las conseguimos.

¡Qué bueno es dormir encima de una tarima! Las tablas son duras, pero menos duras que el suelo. No pasa el frío y los piojos no suben.

Pero eran treinta amigos que se iban; que habían sufrido con nosotros el calor y el frío en los largos meses de prisión; que habían esperado con nosotros la libertad; que habían soñado aquí con la libertad cada vez más inalcanzable y lejana.

En las primeras noches después de su partida nos acompañaba su recuerdo. Mas tarde se fue perdiendo, como todo. No sé por qué me parecían refugiados con sus bártulos a la espalda. Allí, en sus atados, se llevaban todo lo que componía su propiedad en la prisión. Algunos no tenían más que un simple paquetito: una camisa, unos pantalones viejos, una frazada.

Los sombreros hundidos hasta las orejas. Los que no tenían abrigo,

con las solapas del saco levantadas, para cubrirse el cuello. En los ojos de todos había siempre preguntas: "¿Dónde nos llevarán? ¿Nos van a poner en libertad? ¿Nos mandan al Frontón?" Nadie sabía nada. Eran treinta hombres.

Entre ellos estaba Calderón, mi compañero de celda durante varios meses. Lo vi en el grupo con su nariz ganchuda y su cara de Quijote. Con el colchón al hombro no se qué impresión daba.

—Escribes a mi casa. Pepe. Dices que me llevaron al Frontón.

—También a la mía —me dijo Cuentas.

Y también había que escribir a los parientes de Mojok Tullo y a los de Vargas y a los de Juan...Y los padres y hermanos y mujeres irían por allí averiguando...Un año, tres años...Ya lo saben, lo supieron inmediatamente, ni hubo necesidad de apurarse: están en el Frontón...Porque son gente peligrosa.

En la isla, en el Sexto y en la Cárcel...Un año, cinco años...Los meses no terminan nunca...También en el Panóptico y en el Real Felipe...Las mujeres en Santo Tomás. Allí deberían estar años mezcladas con las demás, con las prostitutas. Era lo mismo. Y casi siempre estas mujercitas tuvieron el corazón más grande para comprenderlas...En el Perú hay todo; hay libertad y justicia. ¿Los presos? ¡Que estén allí! Es la previsión social. Pero luego exclamará una madre vieja o una esposa o un hermano: "¿Dónde estaban ellos? ¡No comprendemos nosotras por qué los tienen así encerrados!..."

Todos estaban con sus atados. Obreros, campesinos, empleados, estudiantes; todos con sus atados y su pena a la espalda. Los treinta parecían refugiados. Yo he visto en las revistas la fotografías de los refugiados españoles; de los habitantes de las aldeas y de las ciudades bombardeadas por los cañones de Franco. También conocí las narraciones de los buhoneros y los vagabundos. Ellos parecían así. Pero cuando estaban en libertad eran estudiantes, obreros, empleados. Eran campesinos que tenían su chacrita. En las ciudades de la costa ellos trabajaban sus terrenitos. El sudor corría por la frente de estos hombres. De sus manos encallecidas salían el maíz, el algodón, las sementeras. En los pueblecitos de la sierra, soportando las lluvias y el frío, sacaban el trigo y la cebada.

Sabían hacerlo, pero no siempre respondía el éxito a sus esfuerzos. En el comercio y en la agricultura se impone la ley del más fuerte. A mí me han dicho que en toda la vida es así. El campesino se fatiga todo el año y suda como un burro. desde la mañanita hasta la noche. Pero no se consiguió nada. Termina extorsionado por los revendedores, por los acaparadores y

por los usureros. Algo saca para comer y vivir miserablemente, en sus casitas encogidas por el frío.

—”¡Son como animales!” —dicen las autoridades

—¡Son unas bestias y no entienden nada! ¡Qué ignorantes son! ¡Dan asco estos indios!

Y así ellos están siempre. ¿Cuántos años hace? Nadie sabe nada. Pero trabajan desde la aurora hasta que ya no hay sol, después duermen hasta la aurora otra vez. Y así están siempre, y se confunden con los bueyes y con los burros y con las llamas y con el trigo de los valles y de los cerros.

Uno se contrista cuando los ve en los pueblos empolvados y sedientos de la costa y cuando los divisa diminutos, encorvados sobre el suelo, en la puna helada.

Las cosechas se malogran a veces. No hay ayuda de nadie. Los latifundistas y los gamonales los exprimen y sus terrenitos pasan a manos del capitalista más audaz. No hay agua para sus sembríos. Y si son asalariados a penas si ganan para comer.

Un día dijeron: “No nos parecen bien estas cosas. Hagamos un reclamo”. Al poco tiempo estaban en el Sexto y en el Frontón. Esto pasaba con los campesinos. Nosotros decíamos: “No es justo lo que pasa con ellos”, y nos trajeron al Sexto.

Los estudiantes, los obreros y los empleados, calificados como disociadores, pasaban rápidamente de sus lugares de ocupación a las cárceles. Esto ocurría. Yo después he reflexionado y he llegado a comprender claramente todo.

Paz me daba tristeza. El pantalón viejo de un color, el saco de otro color también maltratado por el uso. ¡Qué humilde era el vestido de Paz!. Tres años llevaba preso este comunista. Pocas cosas había en su paquetito. Cuando hacía su atado me habló. Me dijo: “La mesa se la dejo a Usted”. Construyó con otro preso una mesita de cajones; y le salió muy bien. Se podía escribir en ella. Hicieron un serrucho y cortaron la madera. En las paredes ásperas de cemento la cepillaban. La dejaron liza y suave. Después quedó terminado el trabajo. Una mesa grande, fuerte. Muchos la envidiaban y la deseaban.

Paz era pequeñito. La colitis crónica lo había puesto muy delgado. Su cara estaba amarillenta y su ojos también. Por eso me dio mucha tristeza cuando me dijo despacio, como él hablaba siempre: “La mesa se la dejo a usted”.

—Gracias, Paz. ¡Cómo me da pena que te lleven, hombre! ¿Quieres que escriba a alguien?

—No, no —me contestó—. Yo lo haré después...además...como no tengo a nadie aquí...

Lo conocí en Arequipa. Trabajaba en una sastrería. Era operario solamente y ganaba dos soles al día. Unas veces un poquito más y a veces menos también. Conversé en una ocasión con él. Tenía inquietud, quería algo mejor para él y para los demás. Después pensó con más firmeza que debía vivirse de otra manera. Juzgó, examinó las cosas. Comparó su situación con la de los otros hombres. Surgió entonces en él un claro deseo de trabajar por algo mejor y más a gusto. Los soplones una vez se fijaron en él y ahora lo han mandado al Frontón.

—Yo le dije:

—¿Quieres que escriba a alguien?

Y él me respondió:

—No tengo familia.

Él tuvo una mujer en Arequipa, pero hacía un año que de ella no tenía noticias. En la primera época de su prisión le escribía a veces, después...no supo más nada.

—Yo tenía mi catre, compañero, y mis ropas y algunas cositas más —me decía, comparando su situación con la de un chofer que se quejaba de que una vez preso, lo abandonó su mujer y malbarateó el automóvil en el que trabajaban cuando estaba libre, para irse después con otro hombre...

—¿Qué pasó entonces, Paz?

—No sé nada. Ella se quedó con todo. Me escribió al principio. Más tarde se cansó de hacerlo o no tuvo para las estampillas o se fue con otro hombre...La prisión es así...¿Qué voy a hacer?...Todo se malogra. Más tarde hay que comenzar de nuevo.

Ese día yo le tuve un gran cariño a Paz. Desde allí comencé a tener pena de que estuviera preso y con gusto habría preferido su libertad a la mía.

Cuando eran las 7 de la noche estaba en el grupo de boleo con su atadito y su cara amarilla, enflaquecida. Sus ojos estaban llenos de bondad.

En eso nos encerraron en nuestras celdas. El guardia pasó por la mía. Yo tenía ya prendida la vela. Cerrando la puerta de hierro, me gritó:

—¿Cuántos?

—Uno —le contesté.

Siguieron sus pasos a la celda siguiente:

—¿Cuántos?

—Uno

—¿Cuántos?

—Dos

Y se terminaron las últimas celdas. Lo mismo se acabó el ruido de las puertas y la voz del guardia. Pero yo, solo ya, sentía vibrar todavía en mis oídos su voz fuerte e imperiosa: “¿Cuántos?”.

Comenzaron a orinarse desde sus celdas. El estallido del orín en el suelo llegaba claro hasta mí. Cantaban, gritaban, se insultaban. Y cuando cesaban sus voces, oía el rumor de las conversaciones de las celdas lejanas. La vida palpitaba en los 300 hombres encerrados en el Sexto. Eran 200 los vagos del Primer Piso. Delincuentes, borrachitos, rateros, vagabundos. Compartían con nosotros la prisión, respiraban el mismo aire viciado, sufrían más que nosotros, porque estaban más solos y abandonados.

“Mojok Tullo” en las mañanas entraba a mi celda como una tromba y me decía con voz tronante: “¡Torcuato, carajo!”. Torcuato era el apodo que me había puesto Juan. Y se reía con su risa bullanguera. Los ojos pequeñitos, le quedaban como dos líneas menudas en su cara redonda. Le trasladaron también al Frontón. Allí encontraría a su padre y a su hermano, presos desde hacía dos años.

Yo sentía la separación de mis amigos. De Cointas, que venía a decirme: “Mi querido Pepe, ¿Qué tal?”, y se iba con la revista que leía tan perézosamente.

Vargas me saludaba a menudo con estas palabras, las de siempre: “¡Hola, Torcuatín!”. Cerna, ya no vendría tampoco a conversar conmigo, ni Almeida, ni aquél a quien por feo yo ponía los nombres más horribles que encontraba a mano. A veces le decía Pancracio y otras, en que estaba más benigno, le decía: “Jeremías, ¿cómo estás?”.

Todos estos amigos buenos no estaban ya en el Sexto. Se los habían llevado. Quisieron confinarlos en un lugar más seguro y lejano. Desde allí no podrían salir sus voces.

Yo pensaba entonces dentro de mi celda: “Quizá no nos vamos a ver por mucho tiempo, amigos míos. Es preciso que a mí también me boleen, que nos trasladen como bultos, de un sitio a otro. Pero ¿quién puede saber cuándo nos veremos?”.

Esto sucedía en Junio. Ya habían llegado los días fríos, la neblina y la

lluvia. Las noches se hacían más largas y la prisión más penosa. En Julio hace más frío que en Junio y en Agosto más que en Julio. La primavera aparece en Setiembre, pero no para los presos. Ellos no saben más que de piojos, de guardias, barro y rejas. Los vagos saben algo más: saben de homosexualidad, de bestialidad y de vileza. Hay también disentería y tuberculosos y hay sarna en todos los cuerpos. Pero la primavera comienza en Setiembre y es bonito esto de la primavera. Los campos se ponen verdes y crecen las flores. En la calle la exaltan y se organizan fiestas y se pronuncian discursos.

Nosotros pensamos que es bonito todo esto y nos sentimos muy contentos contemplando los muros y las siluetas grises de los guardias.

Así vienen las noches. Las dos, las tres de la mañana. Los pitos de los guardias suenan toda la noche. La lluvia cae sobre el techo de la celda con un ruido sordo. Cae y cae oblicuamente, porque el viento la obliga a caer así. Y los pensamientos tontos, deformes. Por la ventanita penetra un aire frío y húmedo. ¡Largas horas despierto en la prisión! ¡Se imaginan tantas cosas! En la calle nunca se piensa lo mismo. A las tres de la mañana no se quiere saber nada. Hay que dormir. Algunas horas de sueño, de olvido, son beneficiosas. El sueño es noble y puro porque hace olvidar y porque nos lleva a la libertad... No se sabe de sí mismo ni de los demás. Pero la resistencia, el insomnio, son horribles cosas. Se siente mal la atmósfera. Tosen por allí, escupen, orinan en cualquier celda. Los vagos gritan, pelean, se insultan. Se oyen quejidos. Viene el silencio, y otra vez los quejidos y los gritos: —¡Cabooo! ¡Se muere un hombre!
—¡Cabooo! ¡Se muere un hombre!
—¡Carajo, vas a callar desgraciado!
—¡Cabooooo!.....

Se hace el silencio nuevamente. Y vuelven las toses y los quejidos. La lluvia continúa sorda. En todas las celdas cae y hace el mismo ruido. Y en todas las celdas la fatiga y el insomnio. Mientras tanto el guardia toca el pito y le contesta el otro guardia. En mi celda se refleja la ventana. Y en cada una se dibujan difusamente los barrotes. Entonces el sueño no viene aunque se cuente hasta mil. Mil borregos, pero no se ha conseguido nada...

Hay diferencia entre unas cosa y otras. El tiempo hace que sean diferentes. Mis pensamientos eran claros. Allá en mi pueblo, la lluvia caía fresca sobre el campo. En las hojas temblorosas de los algodones quedaban las gotitas cristalinas y después resbalaban hasta el suelo. Un vaho enorme so-

bre el campo. En mi sombrero de junco yo sentía el golpe de la lluvia, mientras iba al galope de mi caballo mojado completamente. Entre cerco y cerco de alambre el camino largo. Por todas partes charcos pequeños y grandes. Corre y corre, y el viento silbaba y agitaba las ramas de los algarrobos. Entonces caían más gotas dulces sobre mi junco, se deslizaban por mi cuello hasta hacerme sentir escalofríos. Y el galope más fuerte aún en medio del gran ruido y del viento. De vez en cuando un labrador por allí entumecido y lleno de tierra mojada, con el lampa al hombro. Yo pasaba y me decía con su cara mojada y prieta:

—¡Buenas tardes de Dios, niño!

—¡Buenas tardes, señor!

Seguía trotando... Pensaba: “¡Apártate, hombre! Yo voy corriendo, ¿ves?”

Y su mirada me quería decir: “¡Qué buen aguacerito! ¿no? ¡Qué bien le vendrá al algodoncito del patrón! ¡Ya era tiempo, niño!”

Y el patrón era mi padre, pero el “cholo” estaba alegre con el aguacerito. Él no tenía nada, ni terrenos, ni sembríos ni nada. Pero estaba alegre. ¿Sus ropas mojadas? ¡No importaba! El agua corría y el algodoncito se pondría más verde y más hermoso. Los algarrobos tendrían flores amarillas y después vainas dulces y sabrosas.

Yo quería decir: “¡Apártate, hombre, porque voy corriendo mucho y el caballo tiene que llegar conmigo!”

Mientras tanto los “chigüisos” y las “soñas” se metían entre las ramas de los algarrobos, agitando sus alas. A lo lejos, la casa. Yo la veía también a ella mojada como nunca. Los perros me alcanzaban, me olían. “Dollard” llegaba a mí siempre primero, después la “Marquesa”. El, elegante y fuerte; ella, gordita y hermosa. Saltaban a un lado y a otro de la montura, ensuciando mis pantalones con el barro negro de sus patas. Yo gritaba; “¡Dollard! ¡Marquesa! ¡Dollard, qué loco eres!”

Y cerca de la casa por el camino fresco, las “chinas” venían encima de sus burros, y ellas arriba, en lo más alto, agitando las piernas morenas y limpias, con la cintura graciosa y los senos palpitantes.

—¡Ai va!. ¿Lo viste Andreia?

—¡Jajai, china! ¿Que tías creiu?

Se perdían sus risas bullangueras en el camino.

Mi padre entonces me recibía, tratando de manifestarse severo. Pero yo veía en sus ojos que estaba alegre. Y me decía:

—Te retardaste mucho; ahora vienes mojado y cansando al caballo. ¡Cuándo tendrás juicio, hombre! No pareces gente.

Verdad que yo no parecía gente. Pero, ¿qué? ¿Yo sabía acaso que debía parecerlo? Me sentía como un animalito, como un caballo, como Dollard, ¿qué más?. El caballo salía dando trotes por el potrero. Alzaba las patas de atrás. Después agitaba la cola. Yo le daba palmaditas al sacarle la montura: "¡Anda, carajito, anda!". Que risa me daba entonces. Mi padre me miraba y se reía también.

Y en el campo extenso, todo cultivado, seguía tronando la lluvia.

Por eso yo siento que hay diferencia entre unas cosas y otras. Cuando los pensamientos son pequeñitos es que el tiempo no ha transcurrido mucho todavía.

Infinidad de veces se piensa en estas cosas, sobre todo cuando hace frío en una celda y se está sólo. Y hay diferencia. A las dos de la mañana sólo se siente el rumor sordo y negro de la lluvia. Cae y cae sobre la celda. No se sabe hasta cuándo.

Al otro día se sienten mal las cosas. Como después de una borrachera. Como después de un desgaste físico enorme. Las palabras hacen daño. Todo parece desagradable, hostil. Duele la figura de los guardias. Más aún la de los vagabundos piojosos y hambrientos.

Cuando el guardia me encerró, me dijo: "¿Cuántos?", y yo le contesté: "UNO". En la calle sería esto una torpeza....." ¿Cuántos qué?"...Yo le dije: "Uno". Más tarde me acosté, y después toda la noche, hasta mañana en que me diría otra vez: "¿Cuántos?." Doce meses me ha preguntado lo mismo y yo le he contestado invariablemente: Uno. Es así como se pasaron los días.

Pero se habían ido treinta amigos y a todos les inquirieron igualmente durante meses y años. En el Frontón les harán la misma pregunta los hombres de la Guardia Republicana. Allí se está también todo el día y toda la noche. De lejos, como un millar de luciérnagas, las luces del Callao. ¡Esas siete de la noche en el Frontón, en el Real Felipe, en el Panóptico, en la Cárcel, en el Sexto!

Otra noche pensaba así. Las cosas se agrandaban, parecían enormes, después quedaban diminutas, como granitos de arena. Entonces la obscuridad comenzaba a borrarse de la celda.

Hoy siento las mismas sensaciones y ya son las cinco de la mañana. Se oyen los gritos del guardia y de Campanas a los vagos. Sus voces agrias emergen bruscamente:

—¡A levantarse, carajo! ¡A barrer! ¡Ya han dormido bastante! ¡Flojos de mierda!...

Arrastrándose salen los vagos de sus celdas oscuras. Maldicen con voz ronca:

—¡Desgraciau, Campanas! ¡A nosotros no más nos sacas todos los días! ¡Hijo de una gran puta!...

El agua chilla en el suelo. La escoba arrastra las suciedades aglomeradas durante la noche. Los vagos adormitados aún, resoplando, rascándose los piojos, arrastran lentamente la escoba; hasta que en la claridad fuerte se escucha el grito estridente:

—¡Pailaaaaaaaa! ¡Pailaaaaaaaa!

Y este grito anuncia el te caliente y desabrido de los vagos. Conversan, chillan, maldicen, piden más... Ya no es posible dormir. Tenemos frente a frente un nuevo día de prisión. No es posible eludirlo.

*e. Sosa*⁹⁷

Una mañana estábamos cada uno en nuestras diferentes ocupaciones. En eso sentí unas voces inusitadas. Cantaba por allí alguien y muchos aplaudían.

—¡Buena Sosa!

—¡Muy bien, Sosa! Cántate algo más.

Salí de mi celda “¿Qué pasará? —me dije— ¿Quien habrá venido?”

Un grupo numeroso de vagos rodeaba a un hombre que hacía una serie de muecas y cantaba. Llevaba un vestido sumamente sucio y deteriorado. El vestido había sido negro pues se conservaban todavía algunos rezagos de su primitivo color. Llevaba un sombrero negro y tan sucio como el traje. Nuestro hombre caminaba despacio, un poco inclinado hacia adelante, pero con cierta elegancia. Negro, pero no de esos negros de facciones aplastadas, éste tenía ciertos rasgos finos. Sus ojos grandes manifestaban tristeza. Eran desencajados como los de un borracho.

Desde el primer momento me interesó este hombre. Su canto, su aspecto, todo él tenía una singularidad atrayente.

⁹⁷ Este relato y *Espectros*, fueron los únicos que se publicaron. *Sosa* apareció en la revista mexicana *Romance*, Año 1. N.16, del 15 de Septiembre de 1940. Debo agradecer a la Licenciada Lilia Estrada, Directora del Departamento de Publicaciones, perteneciente a la Biblioteca de la Universidad Autónoma de México, por encontrarlo pues el autor había perdido los originales; y a Gonzalo Portocarrero por hacérmelo llegar.

Pronto, casi todos los detenidos políticos estábamos prendidos en las barandas oyendo a Sosa. Los vagos le habían hecho un ruedo y en medio de él Sosa cantaba y bailaba:

"EN QUÉ SE METE LA CHICA DEL DIECISIETE;
DE DONDE SACA PA TANTO COMO DESTACA..."

Su baile era acompasado, moviendo las caderas exageradamente. Todo el mundo aplaudía:

—¡Qué bien! ¡Así, Sosa!

Por ahí alguien le gritó:

—¡Un cigarro, Sosa, si te tiras un zapateo!

Y él bailaba. De vez en cuando se interrumpía solamente para sacar de un pequeño paquete un poco de coca. Sosa era coquero como todos los vagos. Coquero habitual. Desde que entró al Sexto, observé cómo lo obsesionaba este vicio. Todo el día masticaba coca y toda la noche si tenía cómo conseguirla.

Sosa era vago desde hacía muchos años. Casi nada pude saber de su vida anterior. ¿Fue joven alguna vez, trabajó, tuvo hijos? ¿Qué hizo este hombre en su juventud? Poco adelanté en mis averiguaciones: había sido soldado, tocó en una banda, de ahí su afición por la música. Nació en una provincia y una vez vino a Lima. Después siguió por aquí, por allá, cayéndose para luego levantarse y volver a caer. Borrachito y coquero, vagabundo empedernido; he aquí lo que fue Sosa. ¿Tuvo mujer, tuvo hijos? Eso no lo pude saber. Llegó una vez al Sexto cantando y en una facha estrafalaria, y eso es todo. Había estado preso en esta prisión innumerables veces y también sufrió prisiones en el Frontón y en la Cárcel. Siempre fue apresado por borrachito y vago, aunque en algunas ocasiones se le sorprendió haciendo raterías. Pequeñas cosas, como para comprar con su producto un poco de coca y tomarse unas cuantas copitas.

En el Sexto tenía conocidos en los tres pisos. Gustaba saber que había caído nuevamente porque entonces los distraía con sus cantos y con sus bailes. Por eso en esta oportunidad, al conocer su llegada, todos se entusiasmaron.

—¿Has visto a Sosa? Ven, conócelo; es un tipo de lo más gracioso.

Un polaco del tercer piso era el más entusiasta:

—¡Bien, niño Sosa! ¿Cómo estás? ¿Dónde has estado tanto tiempo, hombre? Toma, niño Sosa, este cigarrito.

Sosa se quitaba el sombrero y entre ambas manos lo sostenía para recibir el regalo del polaco.

—¡Gracias, papá!

Después continuaba su canto, sacando a cada instante unas cuantas hojas de coca. Ya tenía una bola inmensa. Un carrillo estaba desmesuradamente abultado.

Así cantó y bailó un buen rato. Al principio me engañé, supuse que estuviera borracho. Su mirada vaga y su caminar un poco pesado y tambaleante, me hicieron pensar que Sosa hubiera tomado sus copas. Además, las inflexiones de su canto, pasando de un tono agudísimo a otro ronco y aguardientoso, me engañaron. Pero los compañeros me hicieron notar que así era Sosa generalmente, y que si estaba borracho, o parecía estarlo, era de coca.

Pronto me di perfecta cuenta de esto. Sosa no sólo aparentaba estar borracho, sino que ya estaba un poco desequilibrado. Hablaba solo generalmente. Reía solo. A cada instante lo sorprendí en entusiastas monólogos. Hablaba y accionaba. Moviendo las manos negras, sucias como su cara, como sus ropas, como todo lo que había pasado por su mundo. Una uña negra, inmensamente crecida y dura como el casco de un caballo, adornaba su dedo pulgar.

Sosa no estaba borracho. Era un artista y un degenerado. Su vida de prisiones, la abundancia de coca que ingería y todo lo que giró siempre a su alrededor, le habían puesto en aquel estado. Nosotros decíamos: "Sosa tiene condiciones artísticas, pero, qué sucio es". Era un artista fracasado. Mas, en la prisión, en su escenario de siempre, era donde obtenía sus mejores éxitos.

Pero en esta nueva "cana" del negro, sucedió algo extraordinario. Las condiciones especiales que atravesaba el país por aquel entonces, la persecución violenta a los ciudadanos que no estaban, o que se suponía no estar, de acuerdo con el gobierno llevaron a Sosa al Sexto aquella vez, no como vago, sino como político.

Ignoro cómo pudo tener en su poder unos volantes. Lo cierto es que tomaron preso a Sosa y le encontraron en el bolsillo esa propaganda. Los soplones le dijeron indignados:

—¡Ajá!, te estás metiendo en política! ¡Eres enemigo del gobierno, carajo!
¡Bueno negro de mierda, te vamos a fastidiar!

Sosa fue a parar como detenido político al Sexto.

—Papá, si no me traen pronto me muerdo de hambre en la calle, les dijo.

Hacía dos días que no comía nada.

Sosa resultó, pues, enemigo político del Gobierno.

Y entró cantando. Sosa entró cantando y bailando al Sexto. Esta fue la primera impresión que tuve de él y de su arribo a la prisión. Siempre fue así. Era un hombre alegre. No pasaba un momento sin que se oyera su voz cascada. A pesar de sus ojos tristes, Sosa era un hombre alegre.

Así lo vi entrar al Sexto.

Transcurrieron seis meses. Yo ya tenía un año preso. Sosa mientras tanto siguió cantando y bailando. Durante meses fue una distracción para todos. En las noches, cuando encerrados ya dentro de nuestras celdas y alumbrados por una vela de sebo, esperábamos el sueño, a veces tardo en venir, Sosa, desde su celda oscura del Segundo Piso y tirado sobre un poquito de paja, sin frazadas, sin abrigo de ninguna clase, ni aún en las noches más crudas de invierno, cantaba y cantaba. Cuanto más frío, más canto. La coca reemplazó en el pobre negro la frazada tibia y el colchón que nosotros teníamos. Pero también tosía y tosía. Sosa padecía de una tos que a veces lo ahogaba.

Al otro día, cuando íbamos al comedor, el político Sosa seguía la fila de treinta hombres. Su cara era la misma, flaca y negra; sus ojos eran también los mismos, grandes y desenchajados como de borracho. Y detrás de la pupila quizá se veía un fondo de tristeza.

¿Sosa tenía la actitud mental suficiente como para darse cuenta de su situación? ¿Sosa podía examinar su vida? ¿Tendría ansias, aspiraciones? ¿Era capaz de reaccionar este hombre que al pasar nos decía: "Deme un puchito, papá?" o "¿me pasa la sopa, patrón?"

Detrás de su pupila de negro vago, quizá había un algo de pensamiento, de reproche, de tristeza.

Pero él me dijo: "Si no me toman, me muero, papá".

La calle para Sosa era más dura que la prisión. Para muchos hombres, he visto, la calle y la libertad son más duras que la cárcel. Cuando el abandono llega a su expresión máxima, cuando no hay ni un vínculo, ni un amigo, ni un hermano; cuando el mundo pasa indiferente ante el hambre y la degradación de un hombre, más vale tal vez la prisión.

Sosa era así. ¿No había un afecto por ahí en la obscuridad? ¿Algún hijo? ¿Alguna mujer lo quiso a este negro de cincuenta años que pasa en medio del tráfico de los hombres, encorvado, tosiendo y cantando?

Yo he mirado a Sosa de frente. Lo he mirado porque sentía la necesidad de penetrar en el fondo de su alma. Me era necesario sentir el abandono y sufrirlo. Sosa me daba la emoción que falta siempre a los hombres:

sentir el dolor ajeno; ese dolor que es universal y, sin embargo, qué pocos lo conocen, cuando no es de ellos mismos. Me daba lo que es tan difícil conseguir a veces: capacidad humana, bondad humana. Y cuando lo veía buscando en la basura los residuos de coca que otros habían masticado ya, para él extraerles el último jugo, yo sentía el sabor de su coca, sin amargos ni dulzura, salobre, indefinido, como su vida.

Así iba aprendiendo a sentir. Como los niños a través de los relatos de la madre de Tcheng Cheng: sentaditos a su lado conocieron de sus labios los tormentos de sus pobrecitos pies, víctimas de la costumbre y las angustias y el dolor del pueblo chino. Los niños conocieron el dolor. Aprendieron a sentirlo y a sufrirlo en sus almas pequeñitas. Y ¡Cuánta ternura había en el corazón de esa madrecita china!

Así iba aprendiendo yo.

La vida se muestra trágica. Se sufren accidentes terribles. Se es feroz y son feroces los hombres con uno. La lucha ha sido tan violenta que sale de lo ordinario. Ha habido dinamismo y crueldad; pero violentamente. Se escuchan grandes ruidos; parece la catástrofe de todas las cosas. Los hombres se precipitan y mueren, como el sol, como el día; entonces se puede explicar la vida: es la fuerza, el ímpetu, el diario, la evolución vigorosa, cruel y de una gran hermosura... Pero cuando no se sabe nada de un hombre, cuando degenera y muere en silencio, a lo sumo cantando y tosiendo dentro de una celda, encima de un montón de paja, comiendo huesos y basura; cuando volteando los ojos sólo se encuentra el abandono; cuando un hombre llega a constatar en su carne la revelación desoladora: "¡estaban ignorantes de que yo vivía!", entonces deben surgir en su corazón los sentimientos más amargos y tristes. La impresión indefinida, ahueca el alma y no se explica nunca.

En la prisión conocí cómo era esto. No de nosotros; nosotros éramos privilegiados, nosotros teníamos dignidad y moral; de ellos, de los que no las tenían, que estaban olvidados, que no habían dejado ni una huella en su vida. Estas agonías sordas hacían pensar y sentir.

Así era Sosa. A él le faltaba dinero para comprar su coca, dejaba de comer para cambiar su plato por un paquete. Y tenía que comer los residuos de lo que masticaban los otros.

En la última mesa del comedor, en un extremo, para librarnos a nosotros de su contacto, Sosa se sentaba siempre. Olía mal, tenía piojos y la ropa mantecosa, hecha jirones. Su aspecto no era un buen espectáculo, no en el almuerzo ni en la comida. Por eso comía en la última mesa, en un extremo

del comedor.

—Sosa, pero tú dejas de comer para cambiar tu plato por coca. Y después lames los platos de los demás. No vamos a dejarte ya.

—No, papá; si yo no como coca. ¡Hace días que no la pruebo!

Después comenzaba a hablar sólo:

—Cuando estaba en la Isla. ¡Eso sí era bueno! ¡Comida bastante! Pero aquí...Yo por eso...Así le dije...En la isla...¡Eso si era bueno!...

Nadie le escuchaba. Pronto no se oía más que un montón de frases incoherentes:

—Cuando estaba en la Isla...¿Yo?...¡No, no, carajo!...

De vuelta entregaba su plato y le daban la coca. Al poco rato recorría los tres pisos buscando puchos, cantando y con su paquete en una mano.

—¡Papá, ¿no tiene un pucho? ¡Deme medio, papá!

—¡No hay, negro de mierda! ¡Qué te has creído! —le decían a veces.

Se quedaba mirando unos instantes con sus ojos cansados, después seguía por allí. No se le había dicho nada.

Estábamos en la celda de Juan haciendo nuestra clase de francés y se acercó:

—Buenas tardes, papá. Anoche soñé con usted. Lo vi que salía en libertad. ¡Igualito estaba usted! No lo engaño. ¡Le juro que lo he visto clarito por la calle!... ¡Deme medio, papá!

—¡Hola! ¡Muy bien! Ya sabía a dónde ibas a parar. Siempre andas soñando con todos nosotros, ¿no? No nos molestes ahora; déjanos, estamos ocupados.

—¡El puchito, pues, papacito!

—Toma este; vete; anda ya.

Segundos después oía a Sosa tocando la marcha de banderas:

—”Tu tuuuuuuu— Tu tuuuuu tu tuuu— tu tu ruuuuu”...

O si no la marcha de la caballería, para lo cual se buscaba una escoba y hacía el paso de los caballos.

—¡Toque de rancho, Sosa! le gritaban por allí— ¡Anda, pues!

“Saca la paila, saca la paila. Saca la paila, saca la paila”...

En los carnavales Sosa obtuvo un gran éxito en el Sexto. Los vagos organizaron una fiesta; y en el concurso de bailes que se realizó en el Primer Piso, sacó premio y se llevó muchos aplausos.

Lo hicieron zapatear en competencia con un negro que estaba preso por lesiones. Nosotros, encaramados en las barandas, presenciábamos la competencia. Había un jurado calificador que estaba en la “tribuna ofi-

cial". Primero bailó el otro negro y lo hizo bien. Zapateó con brío, llevando el compás de la música. Esto nos hizo dudar del éxito de Sosa. Pero nuestro amigo tomó un poco de coca, la mordió con indiferencia, se puso el paquete en el bolsillo y comenzó a bailar. Se había formado un gran círculo alrededor de los contendientes. Sosa zapateó estupendamente y no nos defraudó a nosotros que éramos sus partidarios decididos. Lo hizo con ritmo, con armonía. Al terminar hizo un gesto inclinándose un poco, golpeó el suelo mirando despreciativamente a su contendor y le volteó la espalda.

Aplaudimos todos entusiastamente. Nuestro favorito llevaba las de triunfar. Casi estábamos seguros que ganaría al negro.

Y siguió la competencia. Cada vez Sosa y el negro hacían nuevas formas de zapateo. Ellos tácitamente convinieron en que no se deberían repetir las formas que se habían hecho antes. Y en todas las veces Sosa lo hizo mejor y se conquistó los mayores aplausos. El negro también tenía su barra entre los vagos, que lo estimulaban con gritos y silbos. Una vez y una vez más bailaron en medio de la gritería de los vagos y del entusiasmo de todos nosotros. En los descansos, mientras el negro bailaba, Sosa, sacando su paquete del bolsillo, se metía unas cuantas hojas a la boca, como para estimularse y adquirir más brío. La última vez que le tocó a Sosa, lo hizo tan bien, que todos gritamos:

—¡Sosa! ¡Sosa! ¡Sosa ha ganado! ¡Que le den el premio a él!

Al terminar, Sosa golpeó el suelo con las manos varias veces, se enderezó rápido y miró con desprecio al negro que, picado lo medía con los ojos, tratando de sonreír. Sosa volvió a su sitio con aire de triunfo, sacó su paquete y comió más.

Le dieron el premio: dos reales de cigarros y una vela. Cogió todo y se fue por ahí despacio, masticando siempre. Un vago lo abrazaba con el objeto, sin duda, de robarle algún cigarro. El se alejó observando de todas maneras, a ver si por el suelo había algo que se pudiera recoger. Encontró una migaja de pan y se la llevó inmediatamente a la boca.

El triunfo no había envanecido a Sosa.

El invierno se hizo más fuerte en agosto. Sosa comenzó a parecernos menos alegre. A veces no se le encontraba en todo el día. Y en las noches tosía más fuerte. Se estaba ratos enteros tosiendo.

—Sosa está enfermo —decían los compañeros—. Sosa se va a morir.

Pero yo lo veía haciendo la "plancha". Se ponía horizontalmente en el suelo y con las dos manos apoyadas levantaba las piernas rectas, hasta muy

arriba. Aún le quedaban fuerzas a Sosa. Esa prueba no la habría hecho fácilmente uno de nosotros. Yo pensaba: "Sosa quiere probar su vitalidad haciendo esto".

Pasaron varios días así y una vez en el comedor vi que Sosa, sentado sobre un cajoncito en el extremo de la mesa, no hablaba nada, tiritaba a ratos y se ponía a murmurar algo ininteligible.

—¿Qué tienes, Sosa? ¿Estás enfermo?

—Boto sangre, papá. Boto bastante sangre.

—Este hombre está con disentería —manifestó un compañero—. Hace días que está así y no le dan nada. Son unos criminales aquí. El médico es un desgraciado. En la enfermería no hay remedios. No pide nada. Aquí se muere un hombre sin asistencia. Esto es lo último ya.

—¿Te han dado algo, Sosa?

—Nada, papá.

El médico lo vio al día siguiente. Lo quisieron sacar a la enfermería, pero no podía andar. Entonces no lo sacaron...En la noche tosió y se quejó hasta el amanecer.

Al fin hizo el doctor el informe. Se le diagnosticaron ocho enfermedades. El negro estaba tuberculoso, reumático, disintérico, tenía taquicardia, sífilis y quién sabe qué cosas más. El Capitán Comisario de el Sexto quiso ser generoso esta vez y le hizo llevar una tarima. Sosa durmió en tarima aquella noche. Pero sin frazadas. Tiritaba de frío.

Todavía en la mañana, reaccionando un poco, lo vi por el Primer Piso recogiendo residuos de coca. Quería dar su última chachada. En la noche se quejó mucho. Desde mi celda escuché sus quejidos. Yo tampoco dormía. Escuché hasta el amanecer. El frío había sido intenso esa noche de agosto. Por las rendijas de la puerta entraba el aire húmedo. Me acurrucaba en mi cama mientras Sosa seguía quejándose. Como nunca, esa noche los vagos no cantaron. Había un gran silencio en todo el Sexto. Un silencio negro como la noche. Un silencio sólo interrumpido por los quejidos de Sosa y por la tos que lo ahogaba.

A las 7 de la mañana me había adormilado un poco, cuando oí unos gritos:

—¡Ya murió Sosa! ¡Acaba de morir porque todavía no se ha enfriado!

Bajé precipitadamente al Segundo Piso. En la celda había un grupo de presos que comentaban. Entré. Allí estaba Sosa. Tenía las piernas encogidas y estaba sin pantalones y sin calzoncillos. Los vagos, sus compañeros, en la noche le habían robado los pantalones. Su único abrigo era una cami-

sa rota. Sosa había muerto de frío.

En silencio lo contemplé. La boca abierta como para aspirar las últimas bocanadas de aire. De este aire helado que lo había atormentado en su agonía. Los ojos estaban cerrados. Los ojos grandes en los que yo vi una vez la tristeza. La cara estaba hinchada, horrible.

Lo último que vi de Sosa fue su mano negra sobre el abdomen, sin movimiento, y su uña tiesa, como casco, crecida inmensamente.

Y Sosa entró cantando al Sexto, porque para él la calle y la libertad eran más duras que la prisión.

La muerte de un hombre no afecta al mundo. Las cosas siguen marchando. La armonía universal no se rompe. La sociedad no sufre ni demográficamente, tal vez. Pues la desaparición de un hombre es a veces clandestina, se ignora. La muerte de un hombre no altera la vida del mundo; no vale nada a veces. Es anónima, como la de un gusano. Es sorda como la de un animalito que se va sin más, sin saberlo, sin notarlo.

f. *Espectros*⁹⁸

En la celda 24 del Primer Piso había ocho o nueve hombres. Eran los más desarraigados y los más infelices. Había dos chinos, un cholo cojo a quienapestaba la cabeza; Gutiérrez, homosexual; Calderón, también homosexual; Corbacho, un idiota que comía basuras; un negro inválido, con las manos volteadas que también comía basuras; y dos más tan miserables como los otros.

Llamábamos nosotros a la celda que ocupaban "la celda de los espectros". Verdaderamente que eran espectros los que allí se escondían. No sé si

98 Este cuento, al lado de la pequeña novela *Simache* de José Ortiz Reyes, fue presentado al Concurso de Juegos Florales de la Universidad de San Marcos, en 1940. Ambos salieron ganadores. Fue luego publicado en el primer, y único, número del diario *Nuestra Voz*, siendo su director César Falcón. Posteriormente fue reproducido, con algunas alteraciones y en dos partes, en *El Comercio* del 23 y 24 de Setiembre de 1981.

Cuando Juan Ríos, en 1941, leyó este cuento, le escribió una nota hológrafa a su autor, diciendo lo siguiente:

"Nunca, fuera de algunos poemas de Vallejo, un peruano ha logrado emocionarme tan intensa y humanamente. Tienes una prosa evangélica.

Lo que cuentas es horrible, más que dantesco, parece mentira... Si algo no hubiera visto yo mismo creería que se trata de una ficción".

por propia iniciativa, o por mandato del "caporal", fueron a parar allí; pero lo cierto es, que los más inválidos, los más piojosos y sarnosos, aquellos que ya estaban para morir, ocupaban siempre la celda 24 del Primer Piso.

Era la última de la mano derecha. La más oscura. En el día no entraba ni un rayito de sol; en la noche, solo el aire frío cargado de humedad penetraba por la ventanita LLENA de barrotes y por la puerta, también LLENA de barrotes. El piso de la celda 24 constantemente estaba mojado y sucio. Allí se orinaban los espectros y también defecaban. De la celda se levantaba un olor insoportable. Olor de excrementos y orines, y olor de hombres sucios en positiva degeneración orgánica. Allí el chino hemotísico botó torrentes de sangre; allí vomitaban y orinaban todo el día. En las noches dormían en el mismo suelo sucio, sin cobijas, pegados unos a otros para darse calor, un calor que nunca conseguían dar a sus cuerpos exagües, monstruosamente flacos.

Los espectros no tenían frazadas, ni colchones, tampoco tenían ropas. Tres de ellos estaban completamente desnudos; los demás consiguieron algunos harapos.

En los días de sol, salían al patio, y al pié de los escusados se sentaban todos. Encogidos recibían un poco de sol. Allí se estaban un buen rato. Los piojos les paseaban por el cuerpo; la sarna había cundido por todos sus miembros. No hubiera habido dónde poner la punta de un alfiler en las manos de Calderón sin encontrar una llaga. Cuando el sol desaparecía, los espectros se levantaban, y encogidos siempre, marchaban a la celda 24. Nosotros llamábamos a esto: "el desfile de los espectros".

Como estaban todo el día en cuclillas para darse calor, las articulaciones de las rodillas no les funcionaban bien, de manera que estaban encogidos. Calderón y el chino eran los más flacos y los más encogidos. Ambos estaban completamente desnudos; pero habían conseguido de alguien un pedacito de crin de las dimensiones de una toalla, que les cubría los hombros, el otro chino potroso, andaba a rastras, con los pantalones orinados; este chino se orinaba sin sentir. El cojo se iba rengueando del brazo de otro miserable y Gutiérrez, con unos pantalones de "güairuno" iba tambaleante, con los ojos grandes, vagos, las barbas ralas, rojizas. Así se iban los espectros cuando el sol desaparecía.

En las noches siempre alguien se quejaba. O era el chino, o era Calderón, o era el otro chino. Los quejidos de los chinos eran distintos a los quejidos de los otros. El chino gemía: "¡Cabo, cabo, cabo!", toda la noche; en tanto Calderón y el negro gritaban: "¡Cabooo! ¡Caboooooooo!". Esta era la

única diferencia que había entre los quejidos de los unos y de los otros. Pero los sufrimientos eran los mismos: todos se morían de frío; todos eran devorados por los piojos, por la sarna y por el hambre.

Cuando entró Calderón, estaba bien. Noté en él cierto desequilibrio pero usaba un terno en buenas condiciones y no se hubiera pensado nada malo de él al verlo. Sólo observé que tocaba piano en la baranda de la Intendencia.

—¿Toca usted piano?— le pregunté.

—No; no toco— y me quedó mirando con una mirada de idiota.

Diminuto y delgado, tenía una cara regular, ojos grandes sin expresión y boca desdentada. Desde los primeros días que estuvo en la Intendencia trataron de volverlo homosexual. Lo persiguieron frecuentemente. Los vagos lo arrastraban a sus celdas, le ofrecían dinero, comida y algunas otras cosas. Al principio Calderón se resistió, pero terminó por acceder a los requerimientos de esa gente. Poco después me contaron que era la “mujer” de varios vagos. Pero no contentos con esto, se burlaban de él quitándole los pantalones y el saco, dejándolo en camisa. Varias veces vi a Calderón subir en camisa solamente y con el resto del cuerpo desnudo, a dar las quejas al cabo de guardia; en ese momento, y antes que el cabo abriera la puerta para investigar, le arrojaban los pantalones. Bajaba a su celda. Al poco rato se repetía la escena, y así todo el día.

Cuando vino “el negro” yo todavía estaba en la Intendencia. Estuvo por allí dos o tres días hasta que reparé en él. Me pareció horrible. Un día observé que en las escaleras de la Intendencia algunos vagos y él se encontraban entretenidos en esta faena: le daban al negro un cigarro con tal que mostraba el miembro...Se sabía que el negro tenía un miembro descomunal. Lo hizo así. Enseñó su miembro flácido, enorme y negro. Así se conseguía puchos este hombre. A veces conseguía comida también. Los vagos reían a carcajadas.

—Otra vez, negro; te doy este pucho.

—Primero el pucho.

Le daban. El negro enseñaba y reía. Nunca he visto una risa igual. Al cabo de un instante estaba fumando tranquilamente por un rincón de la Intendencia.

Gutiérrez vino también cuando todavía no me habían trasladado al Sexto. Entró un día a la Intendencia y según me informaron era un viejo parroquiano. Su aspecto era normal. Joven, gordo, de buenas facciones, con una patilla rala y dientes picados. El mismo día de su llegada vi que

Puertas lo estaba conquistando para acostarse con él. Le dio un plátano y un pan.

—¡He!, tú Gutiérrez, toma!

Ya el otro debería comprender de qué se trataba. Puertas era el matón de la Intendencia, tenía que acceder a su solicitud. Además, le daría muchas cosas, supliendo así la pésima comida de la prisión.

Cuando vimos esto nosotros anotamos:

—Puertas se está conquistando al nuevo preso...

Corbacho llegó una vez. Había un detenido político que lo conoció en la escuela. Fue una persona normal.

—¿Usted conoció a este hombre?

—Sí; y era un muchacho sano. Ahora no sé que tiene. Se ha idiotizado. Seguramente que es onanista.

Corbacho comía basuras. Muchos vagos hacen lo mismo. Pero Corbacho lo hacía constantemente. No había un momento que no estuviera buscando huesos, comiendo papeles mantecosos, cáscaras de naranja, de papas, mendrugos de pan. Le trajimos comida para que no recogiera suciedades pero al poco rato volvía a las andadas.

—Toma, Corbacho pero no comas basuras.

—No, señor.

Y nos quedaba mirando imbécilmente.

Un día un vago, no sé si por casualidad o exprofesamente, porque así sucede a menudo, se dio un golpe rompiéndose la cabeza. La sangre quedó derramada en el piso. Los coágulos estuvieron allí todo el día. En eso observamos que, sigilosamente se acercó Corbacho y se puso a comerlos. Nos horrorizamos.

—¡Oye sinvergüenza! ¿qué estás haciendo? ¿Te estás comiendo la sangre?.

Nos miró un instante:

—Es betarraga— nos dijo.

Corbacho también fue a parar a la celda 24.

La degeneración de Calderón y Gutiérrez comenzó en la Intendencia y terminó en el Sexto. Al mes de su traslado al Sexto, Calderón ya estaba sin zapatos y sólo con los pantalones, el dorso completamente desnudo. Cubría sus partes con un pedazo de crudo. Le llamaban "la francesa".

A los chinos los encontré en el Sexto. Lo mismo a los otros espectros de la celda 24. Los pobres chinos estaban mal. El uno tenía una potra inmensa. Vi que cuando estaba en el Water Closs, una bola enorme y negra le colgaba. Recuerdo que cuando miré esto pasaba a almorzar al comedor. Su

visión me descompuso el estómago.

El otro chino era “la señolita”. Los vagos lo habían convertido a la homosexualidad. Le daban un pan o un medio y él quedaba muy complacido... Cuando fui al Sexto ya estaba un poco “basureau”, sólo dormía con “el pato”, que, según afirmaban, era su “marido”.

Estos eran los hombres que habitaban en la celda 24 del Primer Piso.

Habían transcurrido algunos meses desde su ingreso a la prisión y el invierno, el hambre y la vida que llevaban los había puesto en un estado de absoluta descomposición. Eran los más miserables y los más sarnosos del Sexto. Se esperaba que murieran de un momento a otro en su celda.

—¿Ves ese ramillete tan hermoso?— me dijo un compañero.

Yo aguaité por las rejas de la celda. Estaban en un rinconcito. Casi uno encima del otro. La celda estaba llena de orines, de excremento y de esputos. Por las rejas salía un olor terrible. Ellos ni repararon en nosotros. Calderón tenía la cabeza metida en las rodillas. Alzó los ojos, nos miró un segundo y volvió a poner la cabeza entre las rodillas. La cara de señolita era UNA MISMA calavera. Más horrible quizás por que ésta tenía ojos brillantes, implorantes. Las calaveras no tienen ojos donde se refleje el dolor.

Al irme un vago me dijo:

—Esos cojudos se van a morir. Pero, mejor: ¿pa qué sirven ya?...Habría que darles un veneno pa que se larguen más pronto. ¿Nu es verdad, señor?

Masticaba su coca. Tenía los dientes verdes y hacía mil gestos al hablar. Me siguió un buen trecho.

—Más tarde le doy mi platito, señor. Me trae algo de comer. Me quedau “bajo”.

Un grupo de vagos jugaban pinta. Habían extendido una colcha en el suelo. Unas cuantas monedas pasaban de mano en mano. A veces ganaba “Cafringo”, a veces “la Rana”. “Cuarentas” y otros vagos miraban. Alguien gritó por allí:

—¿Se vende un calzoncillo! ¡En una peseta! ¿Quién lo quiere?...¡A ver esos políticos!...¡Un calzoncillo!

En el Tercer Piso encontré a varios compañeros que leían “El Comercio”:

“Anoche se realizó en el Country Club el banquete que los amigos del señor X le ofrecieron con motivo de su onomástico. Se vio muy concurrido por personas visibles de nuestro mundo social, de la banca y del comercio. Estuvieron presente el Ministro X y el Nuncio Apostólico... El salón donde se verificó el banquete estuvo convenientemente arre-

glado con luces y flores, presentando un aspecto sugestivo a los postres...”

Un médico es a veces un hombre que no sirve para nada. El del Sexto era un espécimen de esta naturaleza. Gordo, chiquito, de cara mofletuda. Este sujeto entraba todos los días al Sexto y recorría los tres pisos pasando revista a los enfermos. Los veía, se sonreía un poco y volteaba donde el enfermo:

—Apúntelo usted. Póngale unas ventosas.

—Doctor, me duelen los pulmones. Yo tuve una lesión tuberculosa y temo...

—Oiga!— interrumpió el médico— Póngale unas ventosas.

—Doctor; me duelen los riñones.

—¡Ah! si; apúntelo usted; necesita unas ventosas o un purgante de sulfato.

He ahí toda la labor del médico del Sexto. Nunca hizo nada en realidad por ningún detenido. Siempre sonreía y pasaba.

—¡No hay nada, no hay nada! ¡Aprensiones!...

Cuando se le molestaba demasiado en el Tercer Piso, enviaba a su ayudante, un médico joven que frecuentemente demostró mayor solicitud que su jefe.

El médico del Sexto entró a la celda de los Espectros. No sé qué dijo; si informó o si no lo hizo. Ellos continuaron allí, siempre durmiendo en el suelo, desnudos y sarnosos.

Así vivieron los últimos días de Julio. El frío era más fuerte en el Sexto. Nosotros nos defendíamos, teníamos ropa, mejor alimentación y cama regular. Pero la gente del Primer Piso, la vagancia, soportaba sin defensa todo el peso del invierno. Unos estaban peor que los otros. En la celda 24 la situación era muy difícil. Ocho o nueve hombres morían lentamente de frío y de abandono. Yo me decía: “Los hombres pueden morir de frío; los hombres pueden ser abandonados por todas las gentes”.

El médico los había examinado. No sé si les recetó ventosas o purgantes; pero estos hombres siguieron allí, siguieron por muchos días. ¡Con qué lentitud pasaba el tiempo para ellos! El chino potroso ya no se podía levantar. Se orinaba y zurraba echado. Corbacho tampoco caminaba ya. Los otros podían salir a tientas, dando traspiés, sosteniéndose, arrastrándose.

Un día que habían salido a tomar el sol al pie de los escusados, presentaban un aspecto tan miserable, que se formó una comisión de políticos. Había que poner en conocimiento del oficial de guardia esta situación. Hablamos con el cabo, que era una persona tratable.

—Oiga, usted cabo. Estos infelices hace días que se están muriendo. Esto es inhumano. Esto parece una fantasía. Sólo, en la novela y el cine se pueden

ver estas cosas. Mire usted como está esa gente; ese chino, Corbacho, los otros...Le pedimos, le suplicamos que haga algo por ellos. Cuando menos que se les dé algún abrigo.

El cabo atendió la solicitud.

—Es verdad —nos dijo— Pero ustedes comprenderán que yo soy un simple subalterno. Comprendo que esta gente se está muriendo pero ¿qué voy a hacer? Pasaré un informe al Comisario.

El cabo pasó el informe, pero los espectros siguieron desnudos en la celda 24. En las noches oíamos sus quejidos. El chino gemía: “¡Cabo, cabo, cabo!”; los otros decían: “¡Caboooooooo! ¡Caboooooooo!”. Nosotros en nuestras celdas sentíamos cómo estas gentes se iban muriendo. Algunas veces pensé yo: “Esta noche se morirá el chino; morirá Corbacho. Calderón, aún puede durar unos días”.

Así fue en los últimos días de Julio. Veníamos del comedor y estaban por allí encogidos. No sé de dónde sacó fuerzas el chino y se acercó a mí para que le diera té. Traía un poco de agua caliente con una yerba que tomaba en esos días. Le di. El chino la bebió desesperadamente. Estaba desnudo y todo el cuerpo le temblaba. Su cara era indescriptible. ¡Nunca he visto una cara más espantosa!

En la noche sentí constantemente: “¡Cabo, cabo, cabo!; ¡Cabo, cabo, cabo!” No pasaba un momento sin que oyera sus gemidos. Los otros estaban en silencio. El dolor más fuerte se imponía en esa celda.

Como a las seis de la mañana dejé de oír los quejidos del chino. A las ocho me dijeron que había muerto. Un vago gritaba. Oí esto:

—¡Señores políticos, les avisamos que ya murió el chino señolita! ¡Ya va uno! Cuando lo llevaban en la camilla, el cabo intervino:

—Que lo tapen con algo. ¿Cómo va ir así desnudo?

—Como ha estado, cabo, como ha muerto, nada más —le dijeron.

—Yo no pregunto eso —repuso con impaciencia el cabo— lo que digo es que lo tapen con algo. Pónganle un crudo siquiera.

Y le echaron encima un pedazo de crudo mugriento. El chino tenía los dientes apretados, como mordiendo algo. Una mueca de terror había en su cara.

A los pocos días murió el otro chino. Lo sacaron en la misma camilla. Después murió uno más y uno más.

Yo iba contando: “Uno, dos, tres...”

Las autoridades policiales no creyeron conveniente que la gente siguiera muriéndose en el Sexto. El frío era terrible; no había remedios, no

había nada. Y la gente iba a seguir así. Esto no estaba bien.

Un día sacaron a los espectros que quedaban en la celda 24. Los llevaron a una sección de la Prefectura. Nosotros contemplábamos esa conducción. Las gentes de la calle no podrían imaginarse nunca nada peor. A rastras iba Calderón, con su crudito tapándole los hombros. Corbacho, colgado de otro hombre, las patillas negras, crecidas, los ojos enormes; parecía un Cristo. El cholo cojo, rengueando, esparciendo la fetidez de su cabeza que le apestaba más y más. El negro de manos volteadas, con un temblor incesante en las piernas.

Un oficial de la Prefectura los revisó desde una azotea. De pronto comenzó a hablarles. "Este hombre ¿qué dirá?", decíamos nosotros. Los está arengando y seguramente les dice:

"Van a salir en libertad. Es necesario que sepan ustedes que hay que respetar las leyes. El Estado debe velar por la moral y el bien social. Se les ha traído al Sexto para que se reformen y si no lo hacen, ¡allá ustedes! Los hombres deben ser honrados y puros. La honradez es una gran virtud...¡Cabo, deles una peseta a cada uno de estos hombres!"

Los soltaron. A Calderón le tuvieron que poner unos pantalones viejos, porque no podía salir desnudo. A Gutiérrez, lo mismo. Al cholo cojo le dieron una camisa. A cada uno un trapo.

Así salieron los espectros de la prisión. Pero quedaron otros. Siempre quedan espectros en las prisiones y en el Sexto habían muchos. No ocupaban la celda 24, pero habían muchos, desparramados en todas las celdas. Salieron a la calle a morir. Dos, tres, más...La tuberculosis no perdona, la sarna devora la piel; la disentería hace derramar la sangre en los escusados. Siempre quedaron espectros en el Sexto.

Yo leía a Romain Rolland: "En un cementerio blanco, Modesta oraba todos los días en la tumba de Gotfield, el viejo buhonero. Había perdido la vista pero tenía una gran alegría de vivir. Llevaba siempre un ramito de flores, y sus ojos veían su belleza y el brillo del sol. El viejo Shults amando la música de Cristóbal apuraba el paso para caminar tan ligero como él. Y murió por el largo trajín. Mientras tanto Cristóbal amaba a Sabina con el amor más puro de su vida..."

Yo leía. Y la lectura de Rolland: Modesta, Gotfield. Shults, Cristóbal, estos grandes espíritus, esta gran lectura, me resarcían de la pena y el dolor de la prisión. Por un lado, lo más negro y miserable que hay entre los hombres. Por el otro, la belleza y la luz.

IV. Comentarios de José María Arguedas a las narraciones de José Ortiz Reyes

a. *Fragmento de una carta de José María Arguedas a Manuel Moreno Jimeno (noviembre de 1940)*

"Otro asunto"⁹⁹: leí en el Segundo Año el cuento de Pepe Ortiz. Esta es la mejor clase; y yo sabía lo que hacía. Desgraciadamente, la lectura comenzó faltando 20 minutos para que terminara la clase, y no se pudo terminar; pedí que la concluyeran en la siguiente hora, porque les tocaba estudio. Y yo no sé todavía cómo el Director se enteró; creo que por el Regente, de las palabras gruesas que hay en el cuento. Y me hizo un escándalo mayúsculo. Tuvimos una discusión que acabó por hacerse violenta. Estaba indignado. Pretendí hacerle entender el criterio con que yo escogía la lectura en clase. Fue imposible. Es un hombre bueno, pero de estrechísimo criterio. Dijo que era "monstruoso" que un escritor pusiera en boca de alguien un "ajo", ¡y todavía lo escribiera con todas sus letras!". La polémica duró como dos horas. Al fin logré coparlo, porque las razones que daba eran de una ingenuidad y de una cortedad extraordinaria. Perdió él, ante los alumnos y ante mí. Eso me dio mucha pena, porque es un buen hombre. Y acabé por abrazarle. Me emocioné bastante y él también. Todo terminó así. Ya te contaré esto con más detalles, le contaré también a Pepe. Por lo pronto adelántale la noticia, si lo ves."

99 Carta N° 20, mecanografiada. Sin fecha. Aproximadamente escrita, según el editor, el 11 de noviembre de 1941. En Forgues, Roland. *José María Arguedas. La letra inmortal. Correspondencia con Manuel Moreno Jimeno*. Ediciones de los Ríos Profundos. Lima 1993, p. 96. Piensa José Ortiz Reyes que el cuento suyo leído por Arguedas en esa oportunidad fue *Sosa*.

b. "Circunstancias de la novela Peruana", prólogo de César Falcón a la novela Simache, de Ortiz Reyes¹⁰⁰

1.— Quien estudie, andando el tiempo, el panorama literario de este país en los años 30, y particularmente en los últimos, obtendrá una impresión tan desoladora, tan deprimente y pavorosa como las de los cerros que trazan el cordón de sus costas.

100 Prólogo aparecido, con algunos recortes en el número 3 de la revista *Garcilaso*. El texto original que Falcón entregó a Ortiz, consta de cinco puntos. Sólo se publicaron los tres últimos.

A pesar que, al parecer, Arguedas sólo leyó la versión aparecida en la revista *Garcilaso* —que motivó la carta indignada a Moreno y la protesta pública—, aquí se reproduce el texto completo, el mismo texto que Falcón entregó a Ortiz. De esta manera se pueden apreciar más justamente intenciones del autor al escribirlo. Cabe recordar que en la revista *Garcilaso*, órgano de expresión de la A.N.E.A., participaban Arguedas y Ortiz, así como amigos comunes de ambos. Incluso en el segundo número se había publicado un relato corto de Ortiz Reyes, con ilustraciones de Aleja Rescaniere. Colaboraban intelectuales y artistas de avanzada, muchos de ellos relacionados al grupo de Bellas Artes. Alicia Bustamante aparece fotografiada en varios números.

César Falcón fue un prestigioso escritor nacido en Lima, en 1892. Se inició como periodista en *La Prensa*. Llegó a ser redactor de *La Nación* (1913) *El tiempo* (1916) y *La Crónica*. Fue de los primeros alumnos de la Universidad Católica (1917). En colaboración de José Carlos Mariátegui fundó y dirigió *Nuestra Época* (1918) y *La Razón* (1919). Suspendido este diario, tuvo que salir del país estableciéndose en España. Allí colaboró con *El liberal* y *El sol*, dirigió el semanario *Nosotros*. Al proclamarse la República fue diputado a Cortes por la provincia de Málaga y miembro de la delegación española acreditada ante la Sociedad de las Naciones. Durante la guerra civil (1936-39) editó en París un semanario republicano, *La voz de Madrid*. Cuando volvió al Perú (1940) tomó a su cargo la edición de la revista *Garcilaso*. En 1942 viajó a Nueva York como agregado de prensa del consulado peruano. Luego se trasladó a México. Autor de *Plantel de inválidos* (1927), *El pueblo sin Dios* (1928) y numerosos ensayos sobre política nacional y mundial.

Arguedas nunca simpatizó con él. Lo conocía y había leído artículos suyos. Meses antes que Falcón publicara el prólogo de *Simache*, Arguedas le confía a Manuel Moreno Jimeno su impresión sobre este personaje: "He visto el sumario del N° 10 de 'Romance', mándanos ese número Enmanuel, lo mismo que ese ejemplar de 'España Peregrina'. Dime en qué quedaron los proyectos del formidable César Falcón; desde un día, en que delante de un grupo numeroso de nosotros, dijo que el Perú era una porquería y que ni siquiera podía llamársele país, le perdí toda simpatía. Me dio la impresión de ser un hombre que se rendía ante el peso de su prestigio, de su inteligencia y de su gloria. No me gustan esta clase de gentes, me hizo recordar al imbécil de Jorge Icaza". (Carta mecanografiada N° 16. Sin fecha. Aproximadamente escrita, según el editor, en setiembre de 1940. En: Forgues, Roland. Op. cit p. 89).

—¿Cómo, se preguntará, asombrado, el Perú no ha tenido Inteligencia?

Sí; la ha tenido, la tiene, y muy brillante por cierto, sobre todo en sus manifestaciones juveniles. Pero soterrada, hundida en ella misma, haciendo dentro del cráneo la vida parsimoniosa e impotente de la tortuga.

Durante veinte años, poco más o menos, el ejercicio literario ha sido un ejercicio silencioso, solapado, cumplido a hurtadillas como un delito. La represión implacable de la palabra escrita reclusa a los escritores dentro de su propio pensamiento, en la pequeña bóveda de su mente, único sitio donde podían fijar sus ideas y sus descripciones de la realidad sin peligro de pagar en cárcel la osadía de decirle al mundo cómo es, qué anhela su abigarrado país.

La función de escribir reducíase, de este modo, a pensar y repensar, rumiando incansablemente las ideas, ascendrándose en las sensaciones adquiridas, dándole vueltas sin descanso al tema que nunca tenía posibilidades de salir a la luz, si el escritor no salía antes del ámbito territorial del despotismo. La circunstancia será estudiada más tarde para explicar dos características de la literatura peruana de este período: la madurez formal de los escritores que hoy, por fortuna, gracias a la presencia de una mente de primer rango en la cumbre del Gobierno, surgen de pronto en la superficie de la cultura americana y el virulento carácter de la protesta que contienen sus obras.

El fenómeno será muy interesante para el analizador; es, en cambio, al día de hoy, muy penoso para el Perú y para cuantos sentimos el drama de su dolorosa existencia.

Nadie, en efecto, que tenga sangre de hombre puede eludir al comprobarlo un sentimiento de vergüenza y, al mismo tiempo, de indignación. ¿Es posible, nos preguntamos ahora, anticipándonos a la pregunta venidera, que una colectividad civilizada haya podido vivir sin crítica, sin polémica, sin literatura, sin libros propios ni extraños? ¿Es posible que la actividad corrosiva de la represión haya ido destruyendo, no ésta ni la otra filiación del pensamiento, sino todas, absolutamente todas, hasta reducir la prensa a simples boletines de anuncio y las imprentas a nada más que talleres de facturas y tarjetas? ¿Y es posible, sobre todo, que el desastre se haya perpetrado con el gusto y contento de las gentes pretendidamente ilustradas, cuya vida puede, por lo visto, persistir y reproducirse en un clima de oscuro aislamiento espiritual?

Todo ello ha sido posible, sí; las juventudes que ahora tienen hasta 30 años están a ciegas, como los perros de ocho días, buscando la vida con el

olfato; no conocen el mundo, no han hablado nunca, no saben qué ideas, qué dramáticos conflictos estremecen las almas de los demás hombres. ¿Cómo puede conocer el mundo quien ha nacido y crecido entre alambradas, sin más lectura que los cablegramas tamizados de la *United Press* ni otro horizonte que el desolador panorama del periodismo indígena?

En la tierra ha habido luchas terribles, esperanzas y desesperanzas, momentos de luz y horas de tinieblas, de muerte; los libros y las prensas han contado todo, desde el germen de esas ideas formidables que movían a millones de seres hasta el detalle de los acontecimientos. El mundo ha vivido, en suma, y los escritores han dado cuenta puntual de su vida. ¿Qué han sabido de ellos los hombres del Perú? Casi nada, anécdotas, las referencia que traía, como en la época de la colonia, el viajero tardío y mal informado. Los papeles impresos no podían trasponer las aduanas. Los hombres que intuían las convulsiones del mundo, los que percibían los temblores lejanos y ansiaban conocer lo que pasaba sobre el ancho lomo del planeta e incluso los satisfechos, los que comían y nada más que comían, pagadas todas sus aspiraciones con el ejercicio de las mandíbulas, se han quedado aparte del estruendo vital, adormecidos o desesperados, según el temple de sus nervios.

Hoy asombra todavía al hombre libre la tenaz, la rijosa obstinación con que los que disfrutaron el silencio tenebroso de los últimos años, aunque ya no pueden tanto, se niegan a dejar que el aire lúcido de las ideas trasluzca el ambiente. Pero asombra mucho más la fuerza anímica de los pocos que han resistido sin doblegarse; su ansia de saber y de ver, de oír, de rasgar como sea el paño de la ignorancia que les envuelve.

Aquí hay, desde luego, un vasto asunto de novela y de los más hondos que puede dar nuestra masa social. Pero ahora vamos por otra ruta.

2.— Sólo se comprende bien el dolor de los demás cuando se participa de él. Los jóvenes escritores que en el ardoroso período de su iniciación, precisamente en el período en que mayor necesidad tiene el espíritu de decir, y de decir a gritos, tuvieron que callar y sumirse dentro de ellos mismos, taladraron hasta el fondo la tragedia de su pueblo. La represión pudo imponerles la mudez, pero no evitó que vieran, que desparramaran y hundiesen sus miradas en el conjunto de hechos que ellos mismos sufrían y que, en consecuencia, se identificaran hasta el tuétano con el sufrir callado también de sus gentes.

Así han vivido dos generaciones de escritores. El concurso literario de

la Universidad de San Marcos, en Septiembre de 1940, les ofreció la primera ocasión de formular su protesta. En los trabajos presentados había, naturalmente, distintas calidades, diferentes estilos e incluso pobreza artística; todos, sin embargo, absolutamente todos, de una manera o de otra, expresaban un sentimiento protestatario, la decisión contenida y rumiada tanto tiempo y que ahora se lanzaba a los vientos como un haz de flechas encendidas.

Tal vez los empresarios del silencio creyeron que la quietud forzada de las plumas iba a curar para siempre a las juventudes de la "funesta manía de pensar", como ha curado, es cierto, a algunos de los viejos. Pero la juventud ha sido más poderosa. Perú tiene hoy un plantel de escritores jóvenes, inéditos o casi inéditos, con muy escasas posibilidades de hacerse oír, cercado aún por los intereses enemigos, pero que, no obstante, comienza a decir lo que ha visto y pensado durante su enmudecida iniciación y nadie podrá evitar que el acervo de sus obras constituya muy pronto y para siempre el documento humano más henchido de dolor y de protesta, más lleno de realidades y más logrado de madurez literaria que nuestra América, la de nuestra habla, pueda ofrecer.

Será también, y aquí otro de sus beneficios, una acusación permanente.

3.— Ortiz Reyes¹⁰¹ está incluso en la fila de aquellos escritores. "Simache" tiene las características del ambiente de formación espiritual que he descrito. Pero no es ciertamente en uno de sus trabajos donde el escritor trasluce la integridad de su alma, sino en el conjunto de obras que abarca la labor de una época de su vida, de la época en que ha ido formándose y transformándose la mente, hasta llegar por fin a una actitud clara.

Las novelas, cuentos y narraciones que forman su producción inédita, varias de las cuales aparecieron en el concurso de la Universidad, describen perfectamente la línea de ascensión que ha regido el proceso que acusa "Simache". Por lo que yo conozco, todo ello es obra de tinte negro, áspero, purulento, construida con ejemplares teratológicos, pues sus materiales fueron adquiridos en la cárcel. Sólo en "Simache" hay un poco de luz, una sonrisa, las emociones iniciales de un niño, la tragedia bruñida por el sol,

101 Con este tercer punto, e incluso precedido del número tres, empieza el contenido del artículo que apareció en la revista *Garcilaso*.

algo, en fin, que no es sólo podredumbre oscura y agusanada degradación del hombre, aunque también contiene profundos lampos de dolor.

No creo, sin embargo, que deba valorisársele como el ejemplo más expresivo de su personalidad. Hay en él, para impedirlo, demasiadas transacciones. Es evidente en casi todas sus páginas que Ortiz Reyes ha ido eludiendo la realidad brutal y honda de la tragedia campesina, dejando sólo que se transparente por sugerencias, en las débiles e inciertas reacciones del niño. Incluso el lenguaje, tan exacto en sus otros trabajos, en "Simache" se disimula tanto que llega hasta la mojigatería de los puntos suspensivos.

Yo, naturalmente, no estoy de acuerdo, ni aún desde el punto de vista estrictamente literario, con esta sumisión oportunista a las circunstancias del medio. Queramos o no, nuestra literatura tiene su entronque y su ascendencia, muy ilustres por cierto, en la gran literatura española que, a su vez, —aparte otras consideraciones que nos obligan igualmente— llevó adelante la magnífica línea del realismo clásico, y el honor de provenir espiritualmente del Arcipreste, de Rojas, de Cervantes y Quevedo y ser hoy par en la consecuencia con ellos de don Ramón de Valle-Inclán nos impide someterlos a tan pueriles claudicaciones.

Pero aquí estoy obligado, más que a discutirlos, a explicarlos.

[Aquel atentado permanente contra el pensamiento que no logró dominar el espíritu de los escritores, consiguió, sí, en cambio, embotar la mente del lector medio.]¹⁰² Operando sobre mentalidades que no estaban totalmente formadas, de un nivel cultural sobremanera bajo, la actividad represiva ha conseguido¹⁰³ destruir grandes capas de lectores, precisamente en el momento que más falta hacía estimularlas y dirigir las para que terminaran de cuajar.

Este es hoy el obstáculo más serio que tiene la cultura en el Perú. El hombre que no pertenece a la escasa minoría de luchadores heroicos por el saber; es decir, la numerosa muchedumbre de las capas medias, y aún de las más altas, ha perdido, con el hábito de la lectura [y de la libertad]¹⁰⁴, la estimación de sus propias realidades. Es un hombre que, intelectualmente ha vuelto al período de las nociones mágicas, característico de los pueblos primitivos y también, en otro sentido, de las mentes infantiles.

102 El párrafo entre corchetes fue omitido en el artículo de la revista.

103 En el artículo dice "consiguió", en lugar de "ha conseguido".

104 El contenido entre corchetes fue omitido en el artículo de *Garcilaso*.

Un hombre así sólo puede apreciar la obra literaria, y, en general, toda obra artística, nada más que como obra de invención, en sus calidades fantásticas, en aquellas que Tolstoi reprobaba con justa cólera. Ante una novela o un cuadro no se pregunta como el lector de cualquier otro punto civilizado de la tierra:

—¿Es así nuestra realidad? ¿Ocurre de veras lo que describe este autor?

Su reacción es idéntica a la de un niño al que no le divierten las descripciones de la realidad circundante, que él, desde luego, no percibe ni comprende, sino la invención imaginativa.

Tal reacción se manifiesta con mayor claridad ante la exactitud del lenguaje, [punto que, como es comprensible, los empresarios de la reacción utilizan sin descanso y no sólo, por cierto, en el Perú]¹⁰⁵. El semiculto peruano tiene un lenguaje tartamudeante, apoyado en interjecciones. Su mente infantil, guarecida por el sensualismo del trópico, gusta y regusta la expresión obscena. Es lo que podría llamarse un perverso verbal.

Pero del mismo modo que fuera de la intimidad disimula su lascivia retórica con una cortesía engomada [y cursi]¹⁰⁶ al ver en libro los reflejos de su habla una crispación hipócrita le impulsa a la protesta:

—Ese lenguaje es indecente, grita, fingiéndose indignado. Yo no puedo permitir que mi señora ni mis hijas lean semejante porquería...

Se trata, claro es, de la misma señora y las mismas hijas habituadas a oír esas palabras en el recinto del hogar e incluso a utilizarlas con más variadas y pintorescas locuciones. Es posible que la protesta irrumpa de un movimiento subconsciente, del mismo resorte que mueve la cólera de ciertos salvajes al verse ante un espejo.

Pero los escritores que asumen la honrosa obligación de describir con exactitud las realidades de su pueblo tienen que hacerlo cara a este grave fenómeno. Pactar con él, someterse, no decir cómo es el hombre y el paisaje peruanos, cómo los ven hasta dentro los ojos del novelista o del pintor, sería meterse también, por estupidez o cobardía, en la cesta donde se almaciga la pavorosa ignorancia nacional.

Es dura la brega, sin duda, porque allí está el baluarte más fuerte, [contra la cultura y el progreso]¹⁰⁷, la trinchera más poderosa que se ha

105 Ibidid.

106 Ibidid.

107 Ibidid.

levantado contra el pensamiento [libre]¹⁰⁸. Todo ello, no implica, sin embargo, que los escritores deban entregar las armas, como se ha hecho en "Simache", sino que, por el contrario, deben endurecerlas más y hacerlas más agudas y más intransigentes.

4.— Desde otro concepto más general de la novelística, "Simache" adolece del primitivismo unánime de la novela peruana. Esta nueva afirmación sólo tiene una apariencia contradictoria con la que formulo en las primeras líneas. Sorprende, en efecto, la madurez literaria de los escritores jóvenes peruanos, como señalo al principio; pero esto no contradice la incipiente que en otros aspectos, y, desde luego, los más importantes, manifiestan.

¿En qué consiste aquella madurez?

Se expresa en dos modos igualmente notables: en el punto de vista temático y en la serenidad, la limpieza del estilo. Casi todos los novelistas de 30 años, o, por lo menos, los únicos que vale la pena recordar, buscan sus temas en las relaciones de producción entre las distintas clases sociales. Sus motivos dramáticos tratan siempre de la tragedia esencial de las diferentes capas de su pueblo, y esta sola actitud literaria constituye, por ella misma, un estado de conciencia artística que las grandes literaturas no han logrado sino a través de un largo proceso de evolución. Es evidente que Cervantes, Balzac y Dickens aportan hoy a la formación de los novelistas americanos enseñanzas que nadie les proporcionaría¹⁰⁹ a ellos con tanta exactitud. Pero también es evidente que para recogerlas y aplicarlas es preciso haber conseguido un punto bastante elevado de clarividencia literaria, muy difícil de obtener en un país de tan mínimo¹¹⁰ ejercicio de la cultura y donde la crítica, por ejemplo, no existe [en absoluto]¹¹¹.

Pero el segundo problema es de distinto carácter. ¿Hasta dónde ven esos ojos autodidactas?

Analicemos "Simache", documento que sirve de base a mis observaciones. En "Simache" hay una lucha irremediable¹¹² entre el hacendado y los peones, entre los mozos y los capataces; hay, además, con mayor claridad, una lucha violenta y rijosa entre la Poicina y Márquez y un conflicto

108 Ibidid.

109 "Proporcionó", en *Garcilaso*.

110 "parco", en *Garcilaso*.

111 Esta última frase fue omitida en *Garcilaso*.

112 "irremisible", en lugar de "irremediable", en *Garcilaso*.

callado, diluido, entre la mujer y el hombre. Todo esto es profundamente humano, vital, con la vitalidad cierta y honda de la lucha, esencia de la vida.

Pero Ortiz Reyes se limita a decirnos que todo eso existe, que los peones sufren robo, intemperie, hambre, violaciones; que la mujer suda y se destroza en los algodones tanto como el hombre y por un jornal menor, que incluye, además, el derecho de pernada; que los patronos se enriquecen y despojan de sus tierras a los campesinos. Todo es cierto, y, en realidad, lo sabemos de antes, de mucho antes que nos lo dijera "Simache", porque nos basta para saberlo con tener una noción clara del estado social del Perú.

Lo que no sabemos y queremos saber y necesita saber el mundo es cómo son aquellos hombres, cómo reaccionan, cómo luchan, cómo interpretan su vida, qué ideas, qué pasiones estremecen sus almas, qué esperanza, por último, le da sentido humano a su dolor, más elevado¹¹³, por esto, que el¹¹⁴ de las bestias. "Simache" no responde a nuestras exigencias sino de una manera muy superficial, tan vagamente que casi puede decirse que no responde a ninguna de ellas.

¿Por qué se ha quedado tan lejos del verdadero problema?

Porque su ocupación más emocionada ha sido el paisaje. Nos describe el camino, las sierras, los algodones, el pueblo, las faenas, los hechos. Pero no describe a los hombres, no los enseña por dentro, no descubre los profundos dobleces de sus espíritus. Los hombres no son más que elementos físicos del paisaje, motivos de color. Pasan y viven tan secundariamente que con frecuencia no se les distingue y a veces no existen, como le ocurre al patrón. Esta figura aparece, como es su deber, en las primeras estribaciones del libro. Al encontrarse con ella, uno advierte que ha entrado en el conflicto por el ángulo cierto, por donde el conflicto comienza de veras. Pero muy pocas líneas adelante, hombre y conflicto se pierden y uno encuéntrase de pronto colgado de las nubes. ¿Por dónde va la novela? No lo sabemos. Perdido el vértice central, toda la demás geometría de la obra desvanece sus líneas y desde aquel momento, que es el momento mismo en que nos iniciábamos en la presencia humana, no hay más que sombras apenas entrevistas, nombres de personajes en lugar de personajes verdaderos. El propio niño, que se presenta, en parte, como el prisma de las múltiples emociones del conflicto, muy pronto se convierte en una figura convenida, clave del artificio, sin vida suficiente.

113 "distinto," en lugar de "más elevado", en *Garcilaso*.

114 "al", en lugar de "que el", en *Garcilaso*.

¿Ocurre entonces que Ortiz Reyes ha fracasado en el intento de trasmutar al libro la humanidad de Simache?

No.

Ocurre que no lo ha intentado. Como todos los escritores jóvenes, este novelista está en cierto modo sometido a la tendencia general de su generación y tanto sus defectos como sus excelencias tienen un acento de escuela. En los demás adviértese idéntico desvío. La nueva novelística peruana está llena de problemas, de paisajes, de asuntos colectivos, de temas, en fin, que la novela, desde luego, admite, pero que no son sus elementos esenciales ni mucho menos.

Después de la primera generación de escritores que comenzó a ver de cerca la efectiva realidad de su país, los nuevos están todavía asombrados ante la inmensidad de los campos, la grandeza de las sierras, los ríos, las selvas, los desiertos, la tragedia de los aborígenes, la brutalidad primitiva de la existencia humana. Todo ello es, en efecto, gigantesco y terrible y estremece el ánimo mejor templado. Pero Sierra Morena es también un paisaje fabuloso y, sin embargo, Cervantes no pierde un minuto en describirlo, de igual modo que tampoco se entretiene en dibujar las imponentes llanuras de La Mancha. Quevedo procede de idéntico modo: atraviesa el Guadarrama, la mole tremenda que guarda el flanco norte de Madrid, y, sin embargo, no dice una palabra de ella. ¿Es acaso creíble que no viesen la deslumbradora belleza del paisaje, su originalidad e incluso que no se emocionasen? No; sería estúpido creerlo. Lo cierto es que estaban muy ocupados en un trabajo de mucha mayor importancia y trascendencia para dedicarse al paisajismo, función que, después de todo, corresponde a los pintores. Son estos quienes deben decir al mundo cómo es su tierra; lo que Cervantes y Quevedo callan, lo dicen el Greco y Velázquez. Cervantes, en cambio, nos describe la rara y numerosa población del Quijote con trazos que no se borrarán jamás y le basta el sucinto episodio de Juan Halnudo para transmitir al mundo la espantosa esclavitud del campesino manchego.

Esa preocupación de los novelistas peruanos por el paisaje, por el hecho mismo, por lo externo de su mundo es una actitud demasiado primaria, de hombres que comienzan a ver y todavía no tienen la mirada suficientemente experta ni aguda para hundirla hasta el núcleo vital de su pueblo, hasta el alma singular de sus gentes. De aquí proviene otro concepto que ha logrado una significación directiva: el de la novela panorámica, novela que pretende exponer el carácter íntegro de un grupo social, de una clase, de un gremio, del indio, del zambo o cholo, de la costa o de la sierra, nada

más que por el método descriptivo del ambiente. Es indudable que cada una de estas capas sociales o raciales tiene un matiz psicológico peculiar, determinado por el medio y por las formas de su existencia, pero lo que tengan de propio y distinto no puede fijarse sino a través del análisis a fondo de las individualidades características. Son los hombres, su conducta, la manera de portarse ante la vida, lo único que puede trazar exactamente el rasgo colectivo.

Pero las figuras de la novela peruana no meditan, no sufren, no luchan, no viven, por último. Son meras imágenes que si alguna vez hablan no es sino para dar una nota pintoresca o transmitir una disertación de autor. De este modo la novela se convierte en crónica, género literario que es su inmediato antecedente, su etapa primitiva.

5.— [Alguno de los críticos amaestrados que el ímpetu destructivo de la reacción ha dejado en el país y que medran allí, al margen de la cultura, como los excrementos al borde del cauce que ha barrido el torrente,]¹¹⁵ habla siempre, con engoladura académica, de la “técnica novelística”. ¿Qué quiere decir este sonoro disparate? Nada, en realidad. Pero dicho así, con énfasis canónico, puede, quizás, perturbar la mente de los escritores poco avisados.

¿En qué consiste ese fabuloso talismán que llaman la “Técnica novelística”? ¿Quién la dicta y dónde se aprende? Hasta ahora nadie ha intentado decirlo, mucho menos, claro es, el pobre sapo¹¹⁶ que apunta al margen de los libros, como solemne y olímpica aportación de sabiduría, que la novela de este o el otro “carece de técnica” o expone una “técnica perfecta”.

La única técnica verdadera y eterna es la que ahonda en al alma humana y da a conocer los hombres los unos a los otros, y esto es unánime en Cervantes, en Goethe, en Balzac, en Tolstoi, en Proust, quienes por otra parte son tan distintos.

Pero si bien no hay, en realidad, más que una técnica, hay, en cambio, diferentes estilos. Cada una de las grandes literaturas tiene su estilo propio. ¿No se ve acaso una línea común entre Rabelais, Balzac, Anatole France y Proust, a pesar de lo que a cada uno de ellos distingue? Si, en efecto. El estilo de Francia, o, mejor dicho, el aire de Francia pesa a través del tiempo

115 El contenido entre los corchetes no aparece en el artículo de la revista *Garcilaso*. Empieza el párrafo con “Algunos hablan siempre...”

116 “crítico”, en lugar de “sapo”, en *Garcilaso*.

en la manera de sus grandes hombres e incluso en los de menor cuantía.

Nosotros también tenemos el distintivo de nuestra estirpe literaria y seguimos su ruta histórica.

Los nuevos novelistas del Perú tienen la excelencia de recoger el dejo esencial de su origen. En el estilo de "Simache", en la manera misma de su confección, se advierte un antecedente implícito que es, desde luego, su mejor timbre.

Pero el aire de familia no borra la fisonomía de la época. Cada cual, si vive, vive su tiempo, y los hombres nuevos que han asumido la gloriosa tarea de novelar a su pueblo tienen una vitalidad tan poderosa que ninguna fuerza negativa ha podido ni podrá nunca destruir. "Qui n'a pas l'esprit du temps, de la vie il n'a rien", dijo Voltaire, y aquellos escritores, por exigencias de su propio vitalismo, han buscado y encontrado el espíritu de su tiempo. Ortiz Reyes, como los pocos que forman con él la nueva brigada, no es un contemporáneo de los contemporáneos de Cervantes, sino un hombre de hoy, de este preciso momento, del 1941, aunque proviene de aquellos.

Esta es la más noble sustancia de su prosa. Se ve a simple vista que su pluma no se ha propuesto nada, que ha estudiado muy poco y que afortunadamente está tan lejos de la Academia como la vida misma. Todo su estilo no es más que un hacer espontáneo, algo que podría llamarse biología literaria, naturaleza de escritor nato. Por esto precisamente, sin otro afán que el de escribir, sigue adelante el hilo tradicional, de idéntico modo que el hombre de abolengo, con sólo nacer y crecer, diseña el perfil de su raza.

Sangre pura e ilustre calienta al hombre de hoy, y en el ser y parecer de hoy, de su hora y con las dolencias y torturas de ésta, demuestra el sello de su ascendencia. Porque lo característico nuestro, de nuestra gran literatura, es el realismo vital, pegado a la tierra y nutrido por ella; la manera invariable de verse y sentirse su gente, y no emplear la pluma sino en describirla y revelarla al mundo. La gloriosa estirpe de la picaresca cuya más alta cumbre es el Quijote.

Un escritor de esta casta, con rostro de nuestros días, tiene que florecer necesaria y felizmente lejos de la retórica. Así es, por suerte, en "Simache". Admirad, al leerlo, su estilo roto, humano, lleno de repeticiones verbales, tan ingenuo a veces que es la propia voz la que, libre de la pluma hace el relato.

No hay en tal sentido, como es lógico, artificio ninguno y acaso tampoco ninguna belleza de museo. Pero hay el nervio de nuestra época, su

precisión expresiva, lo escueto del habla de nuestros días, la rapidez, y si no resulta demasiado osado, la furia de la mente actual.

Que esto no sea una virtud exclusiva de Ortiz Reyes, sino compartida con otros que forman su rango, no disminuye la sobresaliente categoría de "Simache". Por el contrario: la dignifica más, la yergue en el escalafón de la novelística peruana de ahora como el signo del conjunto al cual pertenece.

Es muy buena gloria la de poder fijar en el tiempo el dato de los días que se han vivido.

César Falcón

c. *Fragmento de una carta de José María Arguedas a Manuel Moreno Jimeno (mayo de 1941?)*

"Querido Enmanuel¹¹⁷:

No he podido resistir mi indignación al leer el Prólogo de Falcón al relato de Pepe Ortiz. La insolencia y la estupidez de este imbécil ha llegado a un punto intolerable en ese inmundado artículo que publica. Por eso te envío la carta que he escrito, refuntándolo. Este batracio está engreído e insolente porque tiene la convicción de que en el Perú todos los demás somos unos ignorantes, y que todo se lo hemos de aguantar, todo lo que él diga, porque se lo aceptamos sin reflexionar. Te envío unas líneas para Ferreyros, pues creo que el único periódico que puede publicar la carta en "La Noche". No sé si eres amigo de Ferreyros, pero él se las da de periodista amplio que admite publicar incluso documentos con los que no está de acuerdo, siempre que tengan interés; te ruego pues entrégale lo más inmediatamente que te sea posible, la carta a Falcón y las líneas que le pongo. Le preguntarás naturalmente si está dispuesto a publicarlo, sino lo quiere hacer creo que no habrá ningún otro periódico que lo quiera hacer; había pensado para ese caso en "La Prensa", y ese caso te ruego entregarle la carta a Armando Camino, encargándole que pregunte si "La Prensa" sería capaz de publicar la carta, aunque creo que "La Noche" lo publicará. Si lo publica me envías el recorte por aéreo".

117 Carta N° 29, mecanografiada. Sin fecha. Aproximadamente escrita, según el editor, en mayo de 1941. En: Forgues, Roland. Op. Cit., p. 110.

d. Carta-protesta de José María Arguedas a César Falcón

Señor César Falcón ¹¹⁸:

Después de una serie de consideraciones en las que demuestra usted su erudición acerca de la novela española, inglesa y aún francesa, analiza usted con mucho acierto el ensayo de novela de José Ortiz Reyes, "Simache". Uno por uno va usted señalando los defectos y las virtudes de este pequeño relato; desmenuza usted la obra con la minuciosidad que sólo saben tener los "críticos" de experiencia; y entre otras cosas dice usted casi al final: "¿Por dónde va la novela? No lo sabemos. Perdido el vértice central toda la demás geometría de la obra desvanece sus líneas y desde aquel momento, que es el momento mismo en que nos iniciábamos en la presencia humana, no hay más que sombras apenas entrevistas, nombres de personajes en lugar de personajes verdaderos". Y después de algunas líneas, sigue usted diciendo: "¿Ocurre entonces que Ortiz Reyes ha fracasado en el intento de trasmutar al libro la humanidad de "Simache"?". "No". "Ocurre que no lo ha intentado. Como todos los escritores jóvenes este novelista está en cierto modo sometido a la tendencia general de su generación y tanto sus defectos como sus cualidades tienen un acento de escuela. En los demás adviértese idéntico destino..."

Y después de negarles a los novelistas la necesidad de describir el paisaje, porque según usted esa función corresponde a los pintores, afirma usted que "la preocupación de los novelistas peruanos por el paisaje, por lo externo de su mundo ES UNA ACTITUD DEMASIADO PRIMARIA, de hombres que comienzan a ver y todavía no tienen la mirada suficientemente experta ni aguda para hundirla hasta el núcleo vital de su pueblo, hasta el alma

118 Esta carta fue publicada, casi simultáneamente, en: *La Noche*, el 28 de mayo de 1941; y en *La Verdad*, de Sicuani, el 1 de junio de 1941. El contenido es el mismo en ambas publicaciones; sólo varía el título.

En: *La Noche* figura:

"De José María Arguedas a César Falcón. Carta abierta que el novelista José María Arguedas dirige al escritor César Falcón a propósito de las consideraciones que éste hace sobre la novela peruana en los fragmentos de su prólogo a "Simache", la obra de Ortiz Reyes que fuera premiada en los Juegos Florales Universitarios."

En *La Verdad*, el título es:

"CONTROVERSIA SOBRE LA NOVELA PERUANA. Carta al señor César Falcón a propósito de las consideraciones que hace sobre la novela peruana en los fragmentos de su prólogo a "Simache" que publica la revista "Garcilaso".

singular de sus gentes”.

Pero todavía llega usted a decir algo mucho más serio y grave aún: “Las figuras de la novela peruana no meditan, no sufren, no luchan, no viven, por último. Son meras imágenes que si alguna vez hablan no es sino para dar una nota pintoresca o transmitir una disertación del autor”.

Ahora, a propósito de todo esto deseo preguntarle: ¿a qué novelistas peruanos y a qué novelas peruanas aplica usted todas esas desgracias del relato “Simache” de Ortiz Reyes? Que yo sepa y que sepamos los peruanos, sólo dos novelas han aparecido hasta la fecha, las dos de Ciro Alegría. No hay en el Perú ningún otro novelista joven, porque a ellos es que, con una seguridad sentenciosa y rotunda, les aplica usted todos los males y los bienes de “Simache”. ¿Ha leído Usted “La Serpiente de Oro” y “Perros Hambrientos”? ¿Por qué dice usted “la novela peruana” y “los novelistas peruanos”? Cualquier lector, que no tenga ni la milésima parte de la cultura que usted tiene, apreciaría inmediatamente la inmensa diferencia que hay entre “Simache” y “La Serpiente de Oro”. Porque sencillamente, como usted lo ha demostrado muy bien, “Simache” no es, ni mucho menos, novela; y “La Serpiente de Oro” sí es novela.

Usted demuestra primero que “Simache” no puede llamarse novela, que no es aún una novela. Y en seguida dice usted que todas las novelas peruanas de autores jóvenes son iguales a ésta, y que todos estos autores padecen de los mismos defectos que Ortiz Reyes, autor de “Simache”. Lo que quiere decir que en el Perú no se ha llegado aún a escribir ninguna novela. En cuyo caso es inútil hablar de la novela peruana, y mucho más inútil comentarla, ni hacer ninguna consideración acerca de ella. Pues no es posible hablar de novela cuando todos los personajes de las obras que se han publicado como tales, “no meditan, no sufren, no luchan, no viven”, es decir, no son.

Pero también está usted profundamente equivocado al juzgar a Ortiz Reyes. Es falso y bárbaro, decir que los personajes que Ortiz Reyes ha creado y descrito “no meditan, no sufren, ni luchan, ni viven”. Sólo un sordomudo puede decir esto después de haber leído a Ortiz Reyes. Yo he vivido junto a Ortiz en unos días en que juntos vimos, a los hombres que más luchan, que más sufren y que más piensan en el Perú. Y él ha descrito a los que más sufren y luchan, y los ha descrito tan bien, que un grupo de jóvenes con quienes leí su relato “Sosa”, me confesaron que nunca habían leído nada que los conmoviera más. Y la presencia de personajes que no luchan, que no sufren, ni viven, como usted sabe, no emociona a nadie.

"Simache" no es la obra principal de Ortiz, y al hablar de Ortiz, no hay que hablar, por eso de "Simache". Una tarde hablando con el propio Ortiz, durante muchas horas, yo recuerdo que él mismo se puso de acuerdo conmigo en esto. "Simache" es un relato hecho un poco a la fuerza; no tiene la pureza de nacimiento de sus relatos anteriores; muchas, muchísimas páginas de "Simache" han sido llenadas con "Literatura" porque el autor no tenía nada verdadero que decir; por eso "Simache" tiene todos los defectos que usted, con tanta rotundidad señala. Pero lo que no entiendo es, cómo usted, después de haber sentido la enorme distancia que hay entre este relato, lleno de "literatura", y los relatos anteriores de Ortiz, tan profundamente verdaderos, tan humanos, en que cada personaje es un ser real, un personaje que tanto sufre, que tanto lucha, que su dolor contagia y hiere con terrible fuerza a todo lector sensible y normal, ha podido usted detenerse, con tal insistencia, en los defectos de este "Simache" que es un relato falso en su mayoría, para aplicar en seguida sus defectos a "la novela y a los novelistas peruanos".

Yo le he oído hablar a usted muchas veces de muchos aspectos del Perú con la misma ignorancia y con el mismo menosprecio altanero con que ahora habla usted de la novela peruana. Y eso no es justo, señor Falcón, en un escritor de tanta experiencia como usted y tan ligado, según hemos sabido, a la defensa de causas en la que han militado los hombres más dignos, los más inteligentes y los más puros de España y del Perú.

José María Arguedas

e. *Fragmentos de dos cartas de José María Arguedas a Manuel Moreno Jimeno (¿mayo de 1941?)*

"Voy ¹¹⁹ a escribir a "Garcilaso" pidiendo que quiten mi nombre de los "colaboradores". En la revista se nota toda la viveza de Falcón; adulan a Prado con "altura y dignidad" para que quede mejor."

119 Carta N° 28. Sin fecha. Aproximadamente escrita, según el editor, en mayo de 1941. En: Forgues, Roland. Op. Cit., p. 108. Cabe mencionar aquí que en el segundo número de la revista *Garcilaso* aparece una gran foto del presidente Manuel Prado, señalándose su calidad de socio honorario de la A.N.E.A.. En líneas generales, puede decirse que la revista ofrece varios editoriales y artículos alabando la gestión del gobernante.